

Nov. 21/66.

RECUERDOS DE ASTURIAS,

POR

EVARISTO ESCALERA,

REDACTOR DE LA IBERIA.



MADRID.

IMPRENTA DE ROJAS Y COMPAÑIA,

Valverde, 46, bajo.

1866.

3942

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT

5712 S. UNIVERSITY AVE.

CHICAGO, ILL.

L479571

28-7° (bis)

RECUERDOS

DE ASTÚRIAS,

POR

EVARISTO ESCALERA.

Evaristo Escalera



MADRID.

IMPRESA DE LA IBERIA, A CARGO DE JOSÉ DE ROJAS,
calle de Valverde, 46 y 48, bajo.

1865.

RECORDOS

DE ASTURIAS

EVARISTO ESCOBERA

Evaresto Escobera

MADRID

IMPRESA DE LA HEREDIA, A CARGO DE JOSE DE ROSA
Calle de Valverde, 10 y 12

1865

A MI HERMANO ANTONIO.

Separado por la inmensidad del Océano de la tierra querida de los recuerdos de tu infancia, he pensado dedicarte estas pobres páginas que evocarán en tu mente los puros placeres de otros días. Si ellas te arrancan un latido de amor hacia nuestra provincia; si despiertan en tu imaginación las dulces memorias de tu niñez, habré yo conseguido cuanto de tí apetezco.

3942

GLORIAS ASTURIANAS.

I.

No vamos á escribir un artículo erudito; no vamos á registrar antiguas crónicas y á desentrañar hechos sepultados con los viejos pergaminos que los consignan: grande y curiosa empresa sería la que se propusiera dar cohexion, reunir en un solo cuerpo, depurándolos convenientemente, todos los sucesos que en el largo curso de la historia han ilustrado á ese país, riquísimo en gloriosas tradiciones. Pero para esa empresa se necesitarian dotes de que carezco, y contar con horas de calma, en vez de los fugitivos instantes de que yo puedo disponer para un trabajo de esta índole.

Entro, pues, con harta desconfianza en un terreno de que otros podrian sacar tan buen fruto, porque quizá, á no advertirlo, defraudaria las esperanzas, sobre todo en

aquellos de mis paisanos que, engañados por el epígrafe de este artículo, le leyeran creyendo que respondía fielmente al título.

II.

Un pueblo que ama su independencia y su libertad, y que se distingue en la historia por estas dos generosas y nobles aspiraciones, que llegan á formar su carácter distintivo, tiene que ser un pueblo de grandes y provechosas virtudes. Los pueblos, segun un eminente filósofo, no tienen honor cuando no lo sacrifican todo á su independencia; no tienen dignidad cuando, si han perdido su libertad, no aspiran á recuperarla.

Nada más grosero y denigrante, en efecto, que la servidumbre. Si se registra la historia, no se encontrará uno solo de esos pueblos que se habituaron á las cadenas, en donde no se hayan relajado los vínculos morales, en donde una corrupcion sin medida no haya gangrenado el cuerpo social, como si en el momento en que deja de llevar el alma esa aspiracion sublime, miasmas impuros envenenáran el espacio, y solo la putrefaccion constituyera la atmósfera que se respirase.

En la antigüedad se personifican todas las virtudes en Esparta, el gran pueblo que tan severo y entusiasta culto rendia á estos sagrados objetos de libertad é independencia; al mismo tiempo que la Persia representaba los vicios y la degradacion.

El primer timbre de todo pueblo es haber conservado su existencia propia; y siempre valdrá más la espada mu-grienta y rota que represente el arma de combate del oprimido contra el opresor, que el monumento artístico de un

pueblo que vive tranquilamente uncido al carro de un tirano.

Y es que los pueblos, filosóficamente hablando, no existen cuando viven á merced del primero que les impone su yugo; y para manifestarse en la vida artística y científica, necesitan ante todo *existir*.

Bajo este punto de vista, Asturias toda, más propiamente hablando, la Cantábrica toda, en el certámen que celebrasen los pueblos europeos para esponer sus méritos al reconocimiento de los siglos, podría presentarse segura de disputar el premio hasta á la Suiza, ese país hermano suyo por la naturaleza y por el clima, por las costumbres y las tradiciones.

Remontáos si no más allá de su historia, y la tradicion, cuando el pergamino no se habia prestado á mencionar sus hechos, os señalará vagamente un pueblo primitivo, tan dócil al trabajo como fiero á la servidumbre.

El cántabro de los primeros siglos ofrece ya el tipo característico de lo que ha sido despues.

Amante de sus montañas, sóbrio, dulce, resignado, no abandona nunca la guarida en que levanta su cabaña y los ganados que apacienta, sino cuando una mano hostil viene á provocarle. Entonces, con la agilidad y la fuerza de que le dotaron los ejercicios á que se dedica, la misma sobriedad en que vive y su organizacion privilegiada por la salubridad del clima, por la atmósfera pura que respira, por la honestidad de sus costumbres, le hacen fortísimo; y sin otra arma que el leño que desgaja de la encina ó del roble, vierte el pavor entre sus enemigos, los desaloja de sus posiciones, y cuando los ha hecho descender al llano ó correr á través de las gargantas de sus montes, vuelve á subir sus empinadas crestas para reparar sus fuerzas, acostándose sobre un lecho de pieles, despues de

haber asado sobre el encendido tronco de haya el pedazo de carne del jabalí que antes matára entre los añosos castaños.

La soledad fortifica su espíritu. Su patria la representa en todos los objetos exteriores, en medio de los cuales vive. Disputadle la soberanía de sus montañas, y el cántabro creería que atacábais algo de su propia existencia.

En efecto, los habitantes de las montañas aman á su país con el amor que el adolescente consagra al objeto de su corazón. No parte de sus laderas sin que una lágrima ruede por sus mejillas, sin que su alma se sienta apoderada de una intensísima tristeza. A la manera que grabamos en la imaginación las facciones de la mujer querida, el montañés graba en su mente el más vago de los contornos de la cordillera que cruza sus valles. Solamente él muere melancólicamente, sin otra enfermedad que su honda tristeza, cuando en país lejano no le alumbra el sol que veía lucir todas las mañanas por detrás de la cortina inmensa de árboles que coronan la cresta de sus queridos montes. ¿Hay algo más tierno y más poético que esas dolencias del alma, originadas por el amor más puro, desinteresado é inmaterial?

III.

En tanto que el cartaginés triunfaba por la astucia, principalmente en nuestras provincias meridionales, los cántabros vivían independientes. Con menos relación con la vida mercantil ó industrial, de que nada necesitaban, porque su principal ocupación era la caza, los extranjeros tenían difícil acceso á sus guaridas, suspendidas como nidos de águila en los cerros más elevados. Además los

borrascosos mares de la Cantábrica eran un antemural poderoso para que las naves de aquellos tiempos llegaran á arribar á sus costas.

La dominacion cartaginesa no llegó, pues, á sentirse entre aquella sociedad de Nemrods, ni entre las pobres barracas estendidas en el estenso litoral de sus costas.

Pero aquellos mercaderes que habian invadido la Bética, no tardaron en ser espulsados por sus eternos enemigos, los dominadores del mundo.

El soldado romano puso el pié en nuestra patria; y en tanto que las legiones de César se abrian paso por medio del hierro y del fuego á través de la bella Península ibérica, el astur, ajeno á aquel torrente de guerreros que habian domado á Cartago y estendido los confines de su imperio, desde las islas Británicas hasta el Tigris, desde el Danubio hasta el Atlas, cazaban en sus bosques el jabalí y el oso ó perseguian al robezo y el ciervo, haciéndolos caer heridos en su rápida carrera por su certero venablo.

Un dia en que el cielo se mostraba limpio de nubes y en que la brisa matinal habia disipado la densa niebla que á manera de velo misterioso flotaba sobre las floridas faldas de las montañas, el astur percibió con su mirada de águila resplandecer á lo lejos un objeto semejante á la superficie de un lago herido por los oblicuos rayos del sol. Aquel fenómeno llamó su atencion y avivó su curiosidad. Desde la puerta de su cabaña, tapizada con las pieles de las fieras muertas á sus manos, rodeado de sus hijos, que seguian con la vista la direccion de sus miradas, el montañés esperó tranquilo ver aclarado aquel misterio. Los resplandores herian con más fulgor á cada momento la pupila de los observadores. El inmenso disco que miraban avanzaba como un globo luminoso. Pero bien pronto pu-

dieron apreciar lo que aquello significaba. Cuando sus ojos se separaron de aquellos focos de luz, fué para fijarse en los hombres que los llevaban sobre su cabeza y sobre su pecho; y entonces vieron que aquellos hombres llevaban armas, que aquellos hombres entraban en son de guerra. Ni el casco, ni la armadura, en que tan brillantemente se reflejaba el sol, pudieron retenerlos en una pueril curiosidad. Al clarin de guerra que atronaba las concavidades de la montaña, perdiéndose á lo largo de sus gargantas, respondió el tosco cuerno con que los montañeses se citaban en los bosques. El astur abrazó sus hijos, y encaramándose en la copa de la encina, hizo salir de sus lábios un grito agudo, el grito de alarma, como si los lobos invadiesen la comarca, enfurecidos por el hambre. Y ese grito resonó de cabaña en cabaña, y un momento despues los cántabros descendian á interponerse al paso del invasor, pidiéndole una tumba ó su independencía.

Los valles resonaron con el fragor del combate. Los disciplinados ejércitos de la soberbia Roma á duras penas podían resistir al ímpetu de los valientes que descendían de los montes.

Acostumbrados á humillar y vencer en una batalla á pueblos enteros, las legiones del César peleaban enfurecidas contra un puñado de astures que les disputaban el paso, diseminados por los flancos de la angosta vereda por donde caminaban los conquistadores. La admiración y la rábía de los soldados del imperio crecía á medida que veían de cerca á sus enemigos, cuyo robusto cuerpo apenas cubrían las pieles, en tanto que ellos iban preservados por sus anchas corazas y bruñidos cascos.

La primer batalla fué espantosa. Un número increíble de cadáveres tapizó el verde musgo de las laderas, y algunos días despues el graznido del cuervo, meciéndose en

el aire sobre su presa, anunciaba al montañés el sitio en donde yacian las víctimas de su heroicidad.

Desde este día, de fatal pero gloriosa recordacion, un estremecimiento magnético puso en conmocion á todos los habitantes de las montañas circunvecinas, y los cultivadores de los valles marchaban en el silencio de la noche á reunirse á sus compatriotas, despues de haber aplicado la tea incendiaria á sus mieses y á su rústica vivienda, para que el enemigo comun no encontrára á su paso más que ruinas y desolacion.

El peligro comun reunió aquellos miembros de una misma familia, dispersos por los cerros, los valles y las breñas, y formaron diferentes grupos, para asaltar aquí y allá al enemigo, persiguiéndole eternamente.

El soldado romano se vió, pues, colocado enfrente de unos hombres que no tenian semejanza en la manera de combatir con ninguno de aquellos con quienes habia medido sus armas.

A semejanza de la roca que se desprende de lo alto de la montaña y que rompe y destroza cuantos obstáculos se oponen á su paso, los astures caian de improviso sobre las huestes conquistadoras: y cuando estas, apenas repuestas de lo imprevisto del ataque, querian defenderse y atacar, no encontraban enemigos, respondiendo solo á sus gritos de rábía, el canto de victoria, entonado por los agresores desde los vericuetos, á donde habian subido despues de atacar, con la agilidad de la cabra montés.

Los mejores capitanes de la altiva Roma fueron vencidos por aquellas hordas de montañeses, á quienes el hábito de combatir hacía cada dia más audaces, ya que no más fuertes.

Pero á la ciudad de los Césares le parecia una humillacion la tardanza en la conquista de un rincon de terreno,

cuando sus legiones paseaban sus armas por todo el mundo.

A la noticia de los primeros desastres, nuevos escuadrones franquearon la cordillera de montañas que forma sus límites naturales con las provincias castellanas, y la lucha empezó de nuevo; pero ni el número infinito de los enemigos, ni su renombre de valientes, hizo que desmayáran los asturianos.

En vano acudió al terror: en aquellos hombres el sentimiento de la independencia embotaba todos los demás sentimientos.

Los mismos soldados romanos afirmaban que las montañas de Asturias eran una *madriguera de fieras*, dando así á entender el desesperado arrojo de sus habitantes.

Sucedía que en los diarios encuentros que invadidos é invasores solían tener, frecuentemente el cántabro era hecho prisionero de guerra; pero no había ejemplo de que demandase gracia ni perdón, pues él mismo se inmolaba por su propia mano, antes que recibir la vida de un extranjero á quien aborrecía con todo el calor de su alma.

Estas luchas duraron muchos años; ¿pero lograron los romanos imponer el yugo á los cántabros? Los historiadores no están de acuerdo sobre este punto; pues en tanto que unos aseguran que Asturias fué la única provincia de España que no estuvo sujeta á aquella dominación, afirman otros que solo al cabo de doscientos años consiguieron subyugarla.

Los romanos colonizaron, sin embargo, los llanos, fundando poblaciones que desaparecieron dejando solamente algunos dudosos vestigios y otras que sobrevivieron á la catástrofe de los tiempos.

Pero los conquistadores, si dejaron impresa su huella, fué dejando sus huesos insepultos en los valles ó con una tosca inscripción sepulcral entre las rocas.

IV.

La gran catástrofe del mundo romano se acercaba. El brazo iracundo de Dios iba á demoler, sirviéndose del brazo implacable de los bárbaros, aquel imperio corrompido, estendido por toda la faz del mundo antiguo.

En tanto que Alarico llegaba hasta las puertas de Roma, para hacer la guerra en su propio seno á *aquellos contra quienes Dios estaba irritado*, como un torrente que cae de lo alto de una montaña, los vándalos y los godos, que habian penetrado en las Galias, llegaron arrasándolo todo á través de la cordillera que forma los Pirineos hasta el centro de Asturias.

El ángel de destruccion no se cierne tan fatídicamente como ellos sobre las poblaciones en que ponian su planta.

Los soldados romanos temblaron solamente al aspecto de unos hombres que parecian no tener nada de comun con la figura humana.

Los cántabros casi puede decirse que no tuvieron otra noticia del paso de tales guerreros, más que por las poblaciones incendiadas, cuyas llamas subian hasta sus cabañas con un resplandor rojizo, ó por el estruendo de las armas, que llegaba hasta ellos, perdiéndose en la selva.

¿Qué mano los vengaba de la profanacion de sus invasores? Hé aquí lo que fué un misterio para ellos.

Los cántabros fueron en estas luchas mudos espectadores.

Pero los bárbaros no fijaban sus tiendas, como los romanos, en el lugar de la victoria, para fundar allí mismo una colonia. Demolian y triunfaban y pasaban como un torbellino sobre los escombros y sobre los cadáveres de

sus enemigos. Su grito de guerra se perdía como el alerta de una cadena de centinelas colocados de colina en colina.

Los guerreros de Roma que no caían heridos por la flecha arrojadiza de dos ganchos de los escandinavos, por su hacha corva de dos filos ó por su pesada maza, corrían en tropel con sus mujeres é hijos.

Entonces se reprodujeron escenas de una ternura imponderable.

El montañés, que dormía en su lecho de pieles, solía percibir tristísimos quejidos á la puerta de su cabaña. Hospitalario é hidalgo, no tardaba en ponerse en pié para franquear la puerta de su rústica morada. A favor de la retama seca á que prendía fuego en el hogar, descubría el rostro flaco y demacrado y las destrozadas vestiduras de un hombre que temblaba de piés á cabeza, como el reo en presencia de su juez. Era algun soldado romano estrañado en el monte.

Y el montañés, sin recordar acaso que su mujer, que su hijo, que su padre habia espirado quizá en el tormento á que le habia condenado el invasor, secaba el frio sudor del enemigo que llamaba á su puerta, cubría sus miembros con sus mejores pieles, preparándole tambien su mejor alimento.

Así se vengaban aquellos hombres, tan terribles en el momento de la lucha, pero tan compasivos y afables el dia en que sus adversarios se vieron vencidos y humillados por otros extranjeros.

En nada se vé tan bien el dedo de Dios como á través de las páginas de la historia. Raras veces, nunca, el crimen deja de estar seguido de una terrible expiacion.

Las grandes iniquidades de Roma recibieron su castigo.

Los bárbaros fueron á todas partes á donde las legiones romanas habian llevado sus armas victoriosas.

V.

No inspirando ya recelos á los asturianos la poca poblacion romana que habia quedado despues de esta catástrofe, empezaron desde entonces á poblar los llanos, á dedicarse con más asiduidad al cultivo y á la ganadería, perfeccionando estos dos ramos de riqueza con los adelantos de sus invasores.

La tregua histórica de la dominacion goda, que no llegaron á sentir en la acepcion gráfica de la palabra, hasta la irrupcion sarracena, fué para ellos de paz y de progreso.

Pero la nueva invasion debia inmortalizarlos en la historia y ceñir á sus sienes el mayor lauro que haya conquistado pueblo alguno.

Abiertas las puertas del Estrecho por un traidor insigne, la morisca se desparramó por la Península, como antes se habian desparramado los godos y los vándalos. Nadie ignora cómo cayó el trono á orillas del Guadalete.

Algunos miembros dispersos de la dinastía goda corrieron á las montañas de la Cantábría, y únicamente cuando hicieron suya la causa del país lograron que los astures accediesen á repetir su grito de venganza.

Pelayo exhortó á los asturianos á defender su independencia amenazada; y ellos, siempre orgullosos de haberlo sacrificado todo á tan elevado y patriótico sentimiento, siguiéronle de breña en breña, buscando en los cerros más elevados, una fortaleza natural en que resguardarse contra sus nuevos enemigos.

No lejos del valle de *Canicas*, un pastor que descendía de la montaña vió un grupo de guerreros godos que no dejaron de inspirarle ciertos recelos, tanto por sus armas, cuanto por su traje y arreos, unos y otros desconocidos para él.

Inspirado por esta desconfianza, quizá se hubiera ocultado entre la maleza, á no percibir, no lejos del grupo de que recelára, otro grupo más numeroso y despues otro y otro...

Y era que en estos grupos reconocia á sus compatriotas. La curiosidad le mantuvo inmóvil.

¿Qué significaba aquella aglomeracion de hombres?

Cuando el pastor supo que toda aquella muchedumbre habia abandonado sus hogares para ponerse á cubierto de la saña de unos enemigos feroces, y que se hallaba dispuesta á perecer antes que sufrir el yugo, valerosamente indignado con el relato de sus hermanos, esgrimió en el aire su nudoso garrote, que produjo un silbido agudo y penetrante.

—Yo conozco en la montaña, dijo á la generosa comitiva, una gruta inexpugnable abierta en la roca que puede cobijarnos á todos. Desde ella podemos hacer frente á numerosos enemigos. Venid y juzgad por vosotros mismos.

Y poniéndose á la cabeza de aquellos informes pelotones, los guió de vericuelo en vericuelo, hasta conducirlos á la gruta. Para llegar hasta su boca era preciso tener la agilidad del gato montés, porque muchos de aquellos toscos guerreros, á pesar de su costumbre de trepar por los riscos, no consiguieron subir hasta la cueva sino merced á grandes esfuerzos.

Una vez dentro de ella, la encontraron tan adecuada á sus propósitos, que Pelayo lanzó un grito á la inde-

pendencia que fué secundado por todos sus compañeros.

Instalados definitivamente en aquel baluarte que la naturaleza les habia deparado para dar comienzo á la gigantesca obra de la emancipacion, todos los dias fueron llegando á la gruta nuevos montañeses, ufanos de pelear y de morir por la causa santa de la patria.

Pelayo y Cueva-longa fué la consigna que corrió de montaña en montaña, y que traia á cada instante nuevos afiliados á la gruta.

Pelayo, más conocedor que ninguno del arte de la guerra, erigióse á sí mismo en jefe de aquellos rudos campesinos, para organizarlos y marchar con ellos al encuentro de un enemigo cuya manera de combatir habia estudiado el duque de Cantábría.

Desde entonces las gargantas que conducen á Covadonga resonaron con los gritos de guerra que se escapaban de aquellos pechos esforzados.

Entre tanto Muza, sabedor de los intentos de los cántabros, salia de Gijón á la cabeza de su ejército, para ir á combatirlos en su propia guarida.

Desde que el ejército musulmán se puso en marcha, numerosos grupos llegaban á cada momento á engrosar las filas mandadas por el caudillo godo. Estos grupos se componian de hombres tanto más decididos, cuanto que todos tenian alguna injuria grave que vengar. Allí iba aquel cuya hermana habia sido deshonrada por la soldadesca moruna, el sacerdote que habia visto profanada el ara santa del altar, el marido ultrajado, el amante herido por la torpeza del africano en sus más caras ilusiones, y hasta alguna mujer, olvidando su rueca, pedia plaza entre los guerreros, para pelear al lado de su hijo ó de su esposo contra los enemigos de su Dios y de su patria, esas dos creencias, esos dos sentimientos tan profundos y ar-

raigados en el corazon de la mujer, que hasta parecen trastornar en ellas las leyes de la organizacion.

Pelayo, en tanto que los enemigos avanzaban, no se estaba ocioso. Instruia en el manejo del hacha y de la maza á sus huestes, y en la puntería de las flechas arrojadizas.

Una tarde los vigías colocados en la cúspide de las montañas vinieron á anunciarle que resplandecian á lo lejos los alfanjes y las lanzas morunas.

Pelayo llamó á algunos de sus segundos y les comunicó algunas órdenes en secreto.

Poco despues partieron diferentes grupos á través de las veredas que les marcaban los vigías.

A su vez Pelayo no tardó en partir.

Entre tanto la noche avanzaba, envolviendo en sus densas tinieblas hasta los últimos picos de los montes.

Los árabes disponian sus tiendas en un angosto valle, distribuyendo sus centinelas por las colinas inmediatas.

Abdelaziz, el valiente hijo de Muza, que habia subyugado la Lusitania y la Cartaginense, entregando al hierro y al fuego las ciudades del Norte que le habian opuesto la ménor resistencia, acampaba allí.

Iba á provocar con su ejército victorioso las huestes del por entonces único campeón de la independenciam. Ardia en deseos de acabar con aquel puñado de bravos que tremolaban el estandarte de la cruz y que invocaban el nombre de la patria.

De pronto un rumor confuso, que se fué haciendo por instantes más perceptible, levantóse en los reales de Abdelaziz, y aún se oyeron las voces de ¡traicion! ¡traicion!

Y era que unos cuantos guerreros enemigos habian penetrado en el campamento de los árabes, burlando la vi-

gilancia de los centinelas, para verter el esterminio y la muerte entre aquellos soldados, que se habian entregado confiadamente al reposo.

Cuando, repuestos de la sorpresa, se aprestaban á luchar, no tuvieron otro indicio del enemigo que el rastro de sangre y de cadáveres que habia dejado en pos de sí.

La rabia de Abdelaziz, no encontrando con quién desfogarse, se desfogó con los suyos propios, y el mismo hierro de los jefes musulmanes aumentó el número de víctimas que habian causado las dagas de los soldados de Pelayo.

En la misma hora en que el emir reconocia inflamado de cólera sus reales, viendo el destrozo que los cristianos habian causado en su ejército, unos cuantos ginetes llegaban por diversas veredas al pié de la cueva de Covadonga. Sus dagas todavía goteaban sangre y sus mazas parecian llevar en sus bordes los cabellos adheridos al magullar los cráneos de los soldados de Abdelaziz.

Cuando aquellos guerreros estuvieron dentro de la cueva, jadeantes aún, cayeron de rodillas enfrente de una tosca imágen de la Virgen colocada en uno de los huecos de la roca, y una tierna oracion, pronunciada por aquellos rudos lábios, resonó en las cavidades de la gruta.

Aquella oracion era un himno á la independenciam.

Un año habria trascurrido despues de la batalla de Crissus, cuando los ejércitos de Abdelaziz iban estrechando la guarida de los cántabros y godos.

Una mañana Pelayo salió con los suyos en busca de enemigo.

Presentóle batalla, y á poco sus parciales se retiraron casi en desórden.

Los árabes creyeron segura la victoria y los persiguieron. Pero de pronto sus enemigos desaparecieron ante su vista, como si se hubieran refugiado en los abismos.

La ilusión de los enemigos de la cruz les costó torrentes de sangre.

Pelayo no había hecho otra cosa que atraerlos al lugar en donde la naturaleza le prestara su eficaz auxilio, para derrotar aquellos ejércitos numerosos como las *arenas del mar*.

Efectivamente; los guerreros de Abdelaziz marchaban por un sendero encerrado entre los flancos de dos montañas. A una señal convenida, las eminencias de estos montes se poblaron de cántabros, que no hacían más que empujar los fragmentos de las rocas, que descendían arrollándolo todo sobre los árabes, como una lluvia de piedra. Los moros eran impotentes para resistir, y poblaban con gritos de furor los aires. Al mismo tiempo Pelayo con los suyos, desde la famosa cueva, hacía una mortandad horrible en las filas de los agarenos. Aturdidos estos por lo brusco de la acometida y porque la naturaleza del terreno apenas les dejaba una vereda por donde escapar, redoblaron sus desesperados esfuerzos.

Pero las montañas parecían derrumbarse sobre ellos, y, más que víctimas de una batalla, se creían víctimas de un cataclismo.

Cuando la noche vino á calmar el furor de los combatientes, un solo gemido fué lo que resonó del uno al otro extremo de los montes. Eran los millares de moribundos que espiraban medio enterrados entre los escombros que los cántabros habían empujado sobre ellos.

A la mañana siguiente, diezmados los ejércitos de Abdelaziz por los terribles estragos que habían hecho en ellos los montañeses, Pelayo descendió con los suyos desde lo alto de la gruta, para pelear en campo abierto con los enemigos de su religión y de su patria. Aunque todavía mucho más numerosas las huestes de sus contrarios que

las suyas, queria aprovecharse del ascendiente moral de aquel gran triunfo para arrojarlos hasta los últimos límites de Canicas.

Sus luchas sucesivas fueron ya otras tantas victorias; y los asturianos, prendados del arrojo de su caudillo, colocaron sobre sus sienes una corona de rey, ungiendo al primer soberano que debian acatar.

.

VI.

No entra en nuestro propósito recorrer el período histórico de la monarquía asturiana. Durante ella los asturianos hicieron esfuerzos de valor y no cesaron hasta arrojar de su suelo á los infieles, sacrificándolo todo á este pensamiento patriótico, tan sublimemente iniciado en los montes de Covadonga.

Queremos fijarnos en otra época histórica; en aquella en que el feudalismo habia perdido ó empezaba á perder las condiciones de utilidad que habian presidido á su organizacion; esto es, cuando por la presencia de un enemigo formidable, los pueblos debian existir á la manera de campamento, prontos á abandonar sus hogares, obedeciendo á la voz de su señor, que los acaudillaba, guiándolos al combate.

El feudalismo habia ido poco á poco degenerando hasta convertirse en un irritante despotismo del señor contra el siervo. Instrumento de ambicion y de venganzas personales, cuando ya no tuvo necesidad de dirigir sus mesnadas contra el enemigo comun, tornólas unas contra otras, disputándose tales ó cuales privilegios en encarnizada lucha;

llegando en ocasiones á querer imponerse á la autoridad real.

La ascension al Trono de Castilla de Pedro I, el *Cruel*, puso en un conflicto el predominio absoluto de los señores feudales. El nuevo monarca, como Luis XI de Francia, queria concentrar el poder soberano en sus manos y romper todos los pequeños cetros de los que solo en el nombre eran sus vasallos: pero el Rey don Pedro acometia una revolucion que no estaba suficientemente preparada, adelantándose á su tiempo, por lo cual sucumbió víctima del reto que habia lanzado al omnimodo privilegio de los nobles.

Enrique II, su competidor, á pesar de haber heredado de don Rodrigo de las Asturias los señoríos de Gijon y de Noreña, los más fuertes y de más feudos del principado, no tuvo en la guerra con que disputó á su hermano la corona los partidarios que el Rey don Pedro.

La ciudad de Oviedo, en vez de seguir las sugerencias de don Enrique, rechazó enérgicamente sus proposiciones, y no halló en el país otro resguardo que el de sus propias fortalezas.

Los asturianos en su mayoría no vacilaron en ponerse al lado del monarca que queria abatir la soberbia arrogancia de los señores feudales, y un elocuente documento histórico nos ha trasmitido los nombres de los caballeros asturianos que de todos los ámbitos de la provincia acudieron al convento de la Vega á jurar lealtad al soberano de Castilla.

Una escena sublime tuvo por entonces lugar en aquel antiguo monasterio.

Poco menos que perdida la causa de don Pedro, los caballeros asturianos se habian citado allí para correr en su socorro.

Todos aquellos caballeros iban á jurar, como juraron en efecto, seguir la causa del Rey y no tornar á sus hogares hasta no haber castigado severamente la audácia de los parciales de don Enrique.

En el mismo templo donde se encontraban reunidos y enfrente del altar mayor ardía una hoguera, cuyos resplandores se reflejaban en las resplandecientes armaduras de los caballeros. Los más la miraban con estrañeza, no comprendiendo el objeto de aquella fogata en la nave mayor del templo. Pero la sorpresa debía desaparecer bien pronto.

Uno de los caballeros, conocido por su gran adhesion al Rey, adelantándose hácia la hoguera, pronunció en tono solemne estas palabras, que fueron escuchadas en medio de un religioso silencio:

«La rebelion del bastardo don Enrique contra su natural Rey y señor nos ha reunido en este sitio.

»Bien sabia yo que ninguno de nosotros dejaria de responder al llamamiento de la lealtad.

»Hemos jurado sobre los santos Evangelios no volver á nuestras moradas hasta no castigar la soberbia de los traidores. Juremos ahora, añadió desenvainando su espada y arrancando violentamente el tahalí de que pendía la vaina, traer desnudos nuestros aceros hasta que el Rey no esté en tranquila posesion de su corona.»

Acabado de pronunciar esta pequeña arenga, el caballero asturiano arrojó la vaina de su espada en la hoguera, y los demás caballeros imitaron su accion.

Tal era el espíritu de los asturianos en presencia de la lucha que terminó en Montiel. Fieles á sus juramentos y á sus sentimientos de libertad, desdeñaron las ofertas del príncipe que llevó despues el sobrenombre de *Dadivoso*, poniendo sus espadas de parte de aquel que venia á

realizar un progreso, intentando desmoronar el poder feudal, que tan absoluto imperio tenia en la constitucion del Estado.

No fué este solo el rasgo que distinguió á los asturianos contra la absorcion del poder feudal. Sus páginas están llenas de hechos parciales que demuestran su apego á la libertad, como antes habian mostrado su apego á la independencia.

VII.

Pero si la concentracion del poder real fué un progreso sobre el feudalismo, el poder absoluto abusó á su vez de sus facultades, y esto fué tambien en más de una ocasion objeto de las protestas de los asturianos. Preciso sería recorrer todas las páginas de su historia para convencerse bien de que las aspiraciones de ese pueblo han girado perpétuamente en la órbita de la libertad y de la independencia; pero nosotros vamos á examinarle ahora en otra de sus evoluciones, siguiendo el precipitado plan que nos hemos trazado, cerrando con ella el cuadro que estamos bosquejando tan imperfectamente. El epílogo será por lo menos digno de las primeras páginas que nos legaron aquellos cántabros no domados por las armas de la soberbia Roma.

El gran tirano de la Europa habia posado su planta en nuestro territorio; pero antes de saberse que los mártires del Dos de Mayo hubiesen lanzado el grito de la independencia, los asturianos se habian acordado de que descendian de una raza de héroes, y protestaban tumultuosamente en la plaza de Oviedo contra la perfidia de los invasores.

En efecto, la audiencia y la autoridad militar, hechura de Godoy, habían determinado proclamar el bando remitido por Murat; pero las patrullas tuvieron que retirarse ante la imponente actitud del pueblo.

Los estudiantes de la universidad habían invadido la plaza. En sus fisonomías se leía la indignación y el entusiasmo: la indignación hacía los opresores; el entusiasmo hacía la santa causa de la independencia.

En medio de aquella agitación popular, tuvo lugar una dramática escena.

Refugiada la muchedumbre bajo los arcos de la plaza, por el agua que caía á torrentes, un jóven alto, que tremolaba en la punta de un baston un pañuelo encarnado, llamó la atención de los circunstantes, saliendo hasta el centro de la plaza, donde pronunció en alta voz la palabra *Bomba*, dando á entender que iba á improvisar alguna copla.

Un religioso silencio apagó todos los clamores. Todos presentían que iban á escuchar un acento de patriotismo.

El jóven pronunció entonces con enérgica voz estos cuatro versos:

Siempre obediente á la ley
que le dictó el soberano,
esclama el pueblo asturiano:
¡ Muera el traidor!

— ¡ Viva el rey!

gritaron á su vez instintivamente los circunstantes, adelantándose á terminar la cuarteta.

Desde aquel día el espíritu de rebelion cundió por toda la provincia.

Los paisanos armados que entraron en Oviedo á la señal convenida de antemano con los patriotas más enérgicos de la ciudad, hicieron que la junta creada declarase la

guerra á Napoleon, al coloso del siglo, y que se apoderasen de la ciudad antes que lo ejecutára el general mandado por Murat con este objeto. Nunca pueblo alguno dió un espectáculo más edificante de amor á la independencia. Nadie rehusaba empuñar un arma en defensa de la patria.

De lo alto de las montañas, de los valles, acudian los campesinos, armados con hoces y con palos, á ponerse á disposicion del primero que quisiera conducirlos al combate.

Los gloriosos dias de Pelayo parecia reproducirse. Nadie media ni las huestes ni el poderío del gigante que se proponian combatir.

En medio de aquel santo entusiasmo, dos jóvenes, no menos ilustres por su patriotismo que por su talento, abandonaban el amenazado rincon donde habian nacido, para dirigirse á la costa. Embárcanse allí en un pequeño buque que despliega sus velas con rumbo hácia Falmouth, y de allí parten inmediatamente para Lóndres, acompañados de un oficial de la marina inglesa.

Conducidos á la presencia de Mr. Canning, ministro de Negocios extranjeros, aquellos dos jóvenes le manifiestan con energía que Asturias ha declarado la guerra á Napoleon. Cuando el ministro inglés quiso cerciorarse en el mapa de la importancia de este hecho, acaso al ver el espacio limitadísimo de esta provincia, hubiera soltado una carcajada, á no comprender que el fuego de la independencia cunde instantáneamente en los pueblos que la ven amagada. El *Foreign Office* colmó de aplausos la resolucion de los asturianos y de atenciones á los diputados, ofreciéndoles ayuda en su noble empresa.

La Cámara inglesa por su parte se asoció con ruidoso entusiasmo á las palabras que el célebre hombre político

y autor dramático Sheridan pronunció con motivo de la mision de los diputados asturianos. «El denodado ánimo de los españoles—decia—¿no tomará mayor aliento cuando sepa que su causa no ha sido abrazada por los ministros aisladamente, sino tambien por el Parlamento y por el pueblo de Inglaterra? Si hay en España una predisposicion para sentir los insultos y agravios que sus habitantes han recibido del tirano de la tierra, que son sobrado enormes para poder espresarlos con palabras, ¿aquella predisposicion no se elevará al más sublime punto con la certeza de que sus esfuerzos han de ser cordialmente sostenidos por una grande y poderosa nacion? Preciso es reconocer que se presenta una importante crisis. Jamás hubo cosa tan valiente, tan generosa, tan noble, como la conducta de los asturianos.»

El pueblo inglés pensaba igualmente que la Cámara, pues el entusiasmo de los espectadores del teatro de la Opera fué causa de que se suspendiese la representacion en el momento de entrar en aquel local los enviados de Asturias.

¿Quereis saber cómo se condujo Asturias en la guerra santa de la independecia? No necesitamos decíroslo. En los pueblos de España donde no existen las guerreras tradiciones que en aquel pueblo, se lidió esforzadamente, sin tregua ni descanso. Nadie contó el número de los que sucumbian; á ninguno le pareció pesada la espada de la libertad.

Las hazañas del *Marquesito* y las de la *partida de Fombella* todavía pueden ser contadas por los venerables testigos oculares de aquella lucha formidable, sin ejemplo en la historia.

Todavía, si asistís á las faenas de los labradores del uno ó del otro extremo de la provincia, podeis escuchar

esta copla tosca pero significativa, cantada con esa música melancólica del país:

Cuando el general Bonet
puso su planta en Astúrias,
como era tuerto de un ojo
no reparó en las alturas.

VIII.

Tras este período glorioso aparece una época triste, funesta: la guerra civil. Y Asturias, en esa época en que el hermano fué acérrimo enemigo del hermano, presenta acaso más que ninguno el espíritu de concordia, porque dominaba en ella el espíritu liberal.

¡Sin embargo, las calles de la capital se cubrieron de sangre guerrera, y hoy se conmemora la desgraciada suerte de los que sucumbieron allí, víctimas de la libertad que habían jurado defender!

¿Pero á qué cansarnos? Si en vez de arrojar una mirada sintética sobre las evoluciones históricas que marcan el carácter libre é independiente de los asturianos, hubiéramos recurrido á analizar uno por uno los rasgos de su historia, hubiéramos presentado un cuadro elocuentísimo, en el cual se destacarían esos dos sentimientos que tanto enaltecen á los pueblos.

Nosotros, que en tanto aprecio los tenemos, que les hemos levantado un altar en nuestra conciencia, gloriémosnos de que la Providencia haya colocado nuestra cuna en la falda de esas montañas inexpugnables donde perecieron las tres grandes razas de conquistadores que han avasallado la tierra y que no han avasallado ese rincón: los romanos,—los árabes,—los franceses.

UNA ESCURSION AL LAGO DE NOL.

I.

Salida de Cangas.—La herradura del caballo de don Pelayo.—Un obelisco.—Reflexiones que despierta.—La Cueva.—El meson de Covadonga.—El episodio de las cintas.—Una idea luminosa.—La Providencia en figura de canónigo.—De la hospitalidad en Covadonga.—Almuerzo.—El jardin de un canónigo.—Panorama.—Consejos que no se han admitido.—El guia.—Una sonrisa enigmática.—Partimos.

En la madrugada del 15 de julio de uno de estos últimos años, un amigo y paisano mio, á quien además de antiguos vínculos, me unian lazos de compañerismo en las faenas políticas y literarias de LA IBERIA, el Sr. Gonzalez Llana y yo, salíamos de la villa de Cangas de Onís, montados prosáicamente en dos rocines de alquiler, en direccion á Covadonga.

La mañana estaba apacible: flotaban en el espacio algunas nubes blancas, y de estraña y pintoresca forma; y el sol que despuntaba en el horizonte, dorando la cumbre de los montes, amenazaba hacer bien poco amables sus dorados rayos. Por fortuna la brisa de la mañana, suave y perfumada, atravesando por entre las florestas que bordan un buen trecho del camino de Covadonga, debía

templar el calor sofocante que hubiéramos empezado á sentir sin su soplo benéfico.

El camino que desde la antigua córte de Favila conduce á Covadonga, es pintoresco y agradable. Está sembrado de árboles en su mayor parte, y el terreno es llano, si bien se halla circundado de elevadas montañas. En este trayecto las tradiciones abundan; pero tradiciones que de puro sencillas adquieren cierto sello ridículo.

A un lado del camino, cuando á la vejetacion arbórea y al valle frondoso sucede la roca y la montaña caliza, los campesinos enseñan una piedra en la cual se halla grabada una herradura del caballo que montaba don Pelayo; una navaja, no sabemos si de Albacete, que se le ha caído del bolsillo, y una moneda. Escusamos decir, para no ofender el criterio del lector, que lo que los campesinos enseñan grabado en la roca, puede serlo todo menos una herradura, una navaja y una moneda. Cuantos hayan hecho una escursion á Covadonga conocen esta tradicion, que hace asomar la risa á los lábios de los viajeros y que es objeto de algunos chistes.

Despues de las tradiciones profanas é históricas, empiezan las tradiciones religiosas. Pero es preciso confesar que si el exceso de credulidad ha dado asenso á las más groseras patrañas, en cambio nos ha trasmitido fantásticas y poéticas leyendas, en las cuales el espíritu sencillo, en vez de profanarlas, las ha purificado, elevándolas á los espacios diáfanos de una poesía delicada. No es nuestro propósito dar hoy una idea de esas tradiciones caballerescas y religiosas. Acaso algun dia que gocemos del reposo que nos falta ahora, consagremos algunas humildes tareas literarias á este objeto.

El primer anuncio que advierte al viajero la proximidad de la famosa cueva, es una pirámide que se levanta

á la izquierda del camino á guisa de guarda-canton ó leuario antiguo. Este mezquino monumento levantado en el mismo sitio en donde asigna la tradición que fué proclamado Rey de Asturias don Pelayo, alzándole sobre el pavés segun la usanza de los godos, ostenta en un fróntis del pedestal, una inscripcion que conmemora aquel suceso y dá cuenta al viajero de que su ereccion se debe á la munificencia del señor duque de Montpensier. Confesamos que la lectura de esta inscripcion nos hizo bajar tristemente los ojos, sumiéndonos en una série de reflexiones amargas.

¿No es en efecto una amarga censura que avisa á todos los viajeros, que si ha habido un recuerdo para aquel gran acto, origen de la patria independendencia, ese recuerdo ha partido de un príncipe extranjero? La provincia de Oviedo no debió dejar que se le arrebatase una de sus mejores iniciativas, la de perpetuar un suceso altamente glorioso; y al lado de la mezquina pirámide donde se lee: «El *Duque de Montpensier*, á la memoria del caudillo de la independendencia,» debería leerse: «La provincia asturiana, al héroe de Covadonga.»

Pero seríamos injustos si no elogiáramos aquí la conducta de ese príncipe que tan espontáneamente paga tributo á las glorias nacionales, donde quiera que aparezcan como huérfanas y olvidadas.

El sitio augusto, la *madriguera de fieras* de que habló Abdelaziz, no tarda en aparecer. Saludámosla una vez más con esa emocion muda, pero elocuente, que inspira el teatro de las grandes y maravillosas hazañas, siquiera recuerden una gran catástrofe como Villalar, ó una imprecadera victoria como Covadonga.

Nuestras cabalgaduras sacaron el trote que nos habian negado constantemente cuando se lo habíamos exijido,

apelando á la espuela. Olfateaban el antiguo meson de Covadonga, y con él el descanso que apetecian sus asendereados huesos.

Un niño corrió hácia nosotros, y condujo los caballos á la cuadra en tanto que la mesonera nos precedia para dejarnos instalados en la sala de la posada.

El movimiento y la conversacion nos habian abierto el apetito. Estábamos en la situacion del soldado de infantería que ha hecho una etapa en su jornada.

Ibamos ya á ordenar que se nos preparase alguna cosa, cuando la mesonera penetró en la sala trayendo un cesto, cubierto con una servilleta.

—¡Magnífico!—esclamamos á duo mi compañero y yo:—hé aquí una mujer previsora.

Y nuestras miradas se clavaron sobre la servilleta, como si á través de ella quisiéramos recrear la vista con las provisiones que nos imaginábamos que tapaba pudorosamente.

¡Ah! Si Vd. no recuerda, amigo mio, el desencanto, será porque ha salido Vd. de aquellas críticas circunstancias.

Teníamos hambre, y cuando la mesonera tiró de la servilleta vimos, en vez de lo que ambicionaba nuestro estómago, una porcion de cintas y relicarios de colores; todo ello, muy bonito y muy santo, pero poco suculento en nuestra situacion. La posadera, sin apercibirse de nuestro gesto de mal humor y de contrariedad, nos instó á que tomáramos aquellos objetos, pagándolos, por supuesto; pero opinamos por mayoría absoluta que antes debíamos *tomar algo más sólido*.

En el meson, tan rico en cintas y escapularios, acontece que no hay nada que comer. ¡Tormento terrible y que hace pasar al viajero por las amargas del desven-

turado Tántalo! En efecto: sucede que en tanto que la mesonera os presenta un dilema aterrador, estomacalmente hablando, llegan á la nariz del viajero las *esencias* de los más ricos guisos. La cocina de los canónigos funciona mucho, y bien, como se sabe; y en Covadonga reside todo el canonicato de la colegiata.

Una idea luminosa cruzó por mi imaginacion. Llevaba en mi bolsillo una carta para uno de aquellos señores que me habia sido entregada en la Pola de Siero, suplicándome la pusiese en las propias manos de la persona á quien iba dirigida. Asocié esta idea á la de la carencia de provisiones del meson, y partimos.

En el camino, mi compañero y yo no cruzamos una palabra.

De mí sé decir que iba formulando un discurso cuya síntesis era esta: «Señor don X..., por favor, dénos usted de almorzar.»

La fama de hospitalarios que gozan los canónigos nos alentaba, y en verdad que nos toca confirmarla aquí. Antes de que pronunciáramos nuestro discurso, estábamos ya invitados á la mesa del canónigo señor X... Su falta de afición al parlamentarismo nos ahorró mucho camino. La despensa del señor X... está provista de todo, verdad es que sin esto se vería espuesto á abstinencias forzadas; pero provista á la manera que lo hacian los antiguos buques de carrera de América. Es necesario tener en cuenta las contingencias, y los canónigos lo tienen provisto todo, y hacen bien. En su mayor parte son gentes amables y obsequiosas, y no perdonan medio de complacer á los viajeros ó peregrinos que llaman á su puerta.

El señor X..., de carácter franco y jovial, no solo nos dió un banquete espléndido, á pesar de ser improvisado, sino que amenizó el almuerzo con una conversacion en la

cual, sin hacer alarde, daba constantes pruebas de buen juicio é ilustracion. A los postres parecia ya, por la franqueza que reinaba, que nos conocíamos toda la vida.

No faltó despues del almuerzo el café, ni despues del café su correspondiente veguero.

Un momento despues, aquel apreciable sacerdote nos condujo á *su jardin*. ¡Un jardin en Covadonga donde la desigualdad y lo pedregoso del terreno salta á la vista! El señor X... comprendió nuestra estrañeza. Enseñónos entonces sonriendo las palmas de las manos, surcadas de callos. En efecto, solo la asiduidad del cultivo podia hacer que brotasen en un peñascal las rosas más delicadas, los claveles de más variado color, los heliótropos de la más perfumada esencia, la modesta flor de reseda, el jazmin y los aterciopelados pensamientos que esparcian un aroma delicioso y encantaban la vista. El jardin estaba limitado por una série de troncos de árboles, detrás de los cuales se veia un inmenso derrumbadero á cuya falda se estendia un espacioso valle. Era un soberbio mirador, desde el cual se espaciaba la vista á lo largo de una cañada agrestemente pintoresca.

Pero ansiábamos subir al lago de Nol, tan conocido y celebrado por cuantos han tenido el arrojo de subir á verle. No nos habia llevado otro objeto á Covadonga. Hora era, pues, de que despreciando las dulzuras de Cápua, emprendiéramos la marcha. Nuestro huésped levantó la vista, miró las nubes y meneó la cabeza de una manera significativa.

—No es hoy el dia más á propósito para ir al lago. ¿Ven Vds. aquella niebla que parece elevarse como una pequeña columna de humo sobre aquel pico? Pues esa niebla cundirá hasta envolver toda la montaña.

Nos habló de los peligros que correríamos, sobre todo

si la lluvia nos sorprendía en el camino. Pero ¿habíamos ido hasta allí para renunciar al objeto principal de la excursión? De ningún modo. Los peligros y las peripecias en perspectiva nos animaban. El señor X... respetó nuestra decisión y aun nos ofreció dos escopetas, presentándonos un nuevo atractivo, pues nos manifestó que tendríamos ocasión de emplear aquellas armas contra los corzos y los robegos que abundan en los elevados parajes que íbamos á recorrer.

Pero teníamos necesidad de un guía y hasta esta atención debimos al señor X... Un hombre flaco, de regular estatura, vestido con un pantalon de un blanco súcio, y que llevaba los piés descalzos, fué el encargado de conducirnos por entre las montañas tendidas en anfiteatros, hasta el famoso lago.

Al despedirnos del señor X... para verificar la ascension, una sonrisa entre burlona y sarcástica apareció en sus lábios. ¿Que significaba? Despues lo supimos; por el momento solo pensamos en el guía que ya marchaba delante de nosotros y en seguir sus pasos.

Nuestros semblantes resplandecian de animacion y de alegría.

II.

En marcha.—Ascension.—Ünos pulmones incansables.—El oasis.
—Sofisma poético.—Nos dormimos.—El despertar.—Sustos y sobresaltos.—Un recuerdo lúgubre.—Se descifra el enigma.—
Un corzo.—Otra vez en marcha.—El ánade mensajero.—
¡Eureka!

En el momento en que salíamos de Covadonga, el relój señalaba las doce. La temperatura se habia vuelto un tanto sofocante; los pájaros retozaban en el césped, á la

sombra de los árboles, y el ardiente disco del sol desaparecía de vez en cuando bajo alguna de las flotantes nubes esparcidas en el espacio.

La ascension empieza desde el mismo Covadonga; la primera colina que hay que subir, aunque ya bastante pendiente, es de pequeña elevacion. La senda está marcada por una especie de gradas que el pié humano ha construido por sí mismo á fuerza de pisar en una misma direccion. Es curioso ver desde alguna distancia descender á los pastores y á los que conducen mineral á Covadonga, sobre todo cuando forman una gran hilera y el camino describe algunas curvas, porque entonces ofrecen el mismo golpe de vista que ofrecería una serpiente monstruosa que descendiese por la montaña.

No tardamos en dejar á Covadonga á nuestros piés. Nos volvimos entonces para contemplar el augusto teatro de nuestra antigua grandeza. Todavía llegaba hasta nosotros el ruido que produce el agua que se precipita entre las peñas, saliendo por entre las grandes hendiduras de aquella roca inmortal. El rumor se fué estinguendo poco á poco, hasta parecer un sordo eco subterráneo; un instante despues, no percibíamos ya el espumoso choque de sus aguas.

Bien pronto comprendimos toda la dificultad de nuestra empresa; apenas habíamos ascendido una centésima parte de lo que se necesita para llegar al lago, y nuestros pulmones respiraban ya fatigosamente y con dificultad. El guia volvía con frecuencia la cabeza y se sonreía como diciendo para sí: ¡Esas tenemos?

Confesamos que la mirada de aquel hombre nos avergonzaba, y más que su mirada, su tranquila y reposada respiracion.

La subida se hace, como ya hemos dicho, de montaña

en montaña. A medida que el viajero se va elevando, se presentan nuevos y variados horizontes, pintorescas lontananzas envueltas entre la bruma. Algunas veces, al traspasar un monte aparece una fértil vega, en que la naturaleza derrama todos sus encantos. Hé aquí el oasis. El viajero cae exánime en la verde alfombra que ofrece; las flores silvestres aromatizan la atmósfera; el arroyo cristalino de aguas límpidas, ofrece sus transparentes raudales á los lábios secos del viajero que improvisa con las hojas del castaño un vaso para apagar cómodamente la sed. En estos parajes deliciosos se recuperan pronto las fuerzas.

Cuando nosotros llegamos á este sitio, la fatiga nos abrumaba, los músculos de nuestras piernas parecían haber perdido su elasticidad; faltábanos aire para respirar; nos ahogábamos, ni más ni menos que si estuviéramos en el fondo del Océano.

Veíamos con asombro la agilidad de Antonio, nuestro guía, que con una locuacidad indiferente, nos iba diciendo el nombre de los lugares que atravesábamos.

Jamás habíamos experimentado tanto cansancio físico. Y sin embargo, lo resistíamos sin quejarnos.

Aprovechamos el primer oasis que encontramos. Antonio seguía imperturbable su camino.

Le dijimos que se detuviera, porque queríamos contemplar á nuestro sabor *aquel espléndido cuadro de la naturaleza*.

—¡Ah! Están Vds. cansados,—dijo contestándonos. Se conoce que había comprendido nuestra intencion, á pesar de la figura poética con que la habíamos querido encubrir.

Más que admirar la vega aquella, queríamos quizá que nos admirase y contemplase la misma vega.

Antonio se sentó cerca de nosotros, y se puso á fumar tranquilamente un cigarro.

Entretanto nosotros habíamos colocado nuestras carabinas al lado, y escogiendo la postura más cómoda para entregarnos á la dulzura del descanso.

Lo único para que habíamos desplegado los labios había sido para preguntar á Antonio por la centésima vez acerca de la distancia que nos separaba del lago de Nol.

—Está á la vuelta de esa montaña.

Las vueltas á que Antonio aludía eran más terribles que las de un torniquete homicida.

La postracion terrible que nos embargaba, cerró suavemente nuestros párpados.

De pronto interrumpió nuestro sueño una gran detonacion.

Gonzalez Llana y yo nos pusimos de pronto en pié. Instintivamente, mi compañero de escursion tomó su carabina; yo quise tomar la mia, pero habia desaparecido.

¿Dónde estaba el guia? No le veíamos. ¿Nos habia abandonado? Imposible; Antonio era un campesino de la confianza del canónigo.

Si entonces no nos creimos víctimas de una asechanza de bandidos, juzgamos por lo menos que íbamos á ser pasto de alguna fiera.

El grito del instinto hizo que me colocase entre mi compañero y el tronco de una encina.

Llana, con la escopeta montada, y yo aparapetado, nos atrevimos á llamar á Antonio. El blando susurro de las hojas era lo único que oíamos, escuchando atentamente.

De pronto percibimos pasos sobre nuestra izquierda. Algunos arbustos y plantas de helecho se cimbreaban en aquella direccion.

Hubo un momento en que el pánico nos petrificó. En aquel instante, dudo mucho que los dedos de mi amigo hubieran estado bastante ductiles para apretar el gatillo.

Esperábamos ver aparecer por el lado donde veíamos agitarse las ramas de los arbustos, algun oso terrible ó un feroz jabalí. ¡Quién sabe si estábamos en el mismo paraje en que muchos siglos antes el Rey Favila habia sido devorado por un oso! Este recuerdo histórico aumentó el terror de que nos sentíamos poseidos. De entre aquellas malezas iba á salir tal vez el mónstruo; nuestra horrible ansiedad crecia por momentos.

El ruido se acercaba: las ondulaciones y los chasquidos de las cañas se sentian ya de más cerca.

—Ahora... ya está ahí,—grité á Llana parapetándome más y más entre él y el tronco de la encina. Mi amigo se echó la escopeta á la cara.

—No dispare Vd. hasta el último instante, porque si se yerra el tiro estamos irremisiblemente perdidos,—le dije.

El ruido de los pasos, se sentia muy cerca de la esplanada.

En vez del oso ó del jabalí que esperábamos, con los cabellos erizados, se presentó Antonio ante nuestra vista que venia dando saltos por entre los jarales. Le veíamos y no lo creíamos. Llana seguia con la escopeta echada á la cara, y yo convenientemente aparapetado.

Antonio lanzó una carcajada y avanzó hácia nosotros, trayendo mi carabina en la mano y mis arreos de caza.

Ante su carcajada comprendimos todo lo ridículo de nuestra actitud y salimos á su encuentro.

—Creí encontrar á Vds. profundamente dormidos,—nos dijo Antonio.

—¿Por qué te has separado de nosotros?—le preguntamos en tono de censura.—¿Por qué te has permitido tomar una de nuestras carabinas?

—Perdónenme Vds., señoritos,—respondió con humil-

dad.—Vds. se habian dormido; yo iba á aburrirme. Me acordé entonces que cerca de aquí podria cazar algun corzo, y he tomado la carabina con esa intencion.

—En efecto, hemos oido un tiro.

—Le he disparado yo, cerca de aqui.

Antonio habia muerto, efectivamente, un magnífico corzo que tuvimos lugar de ver por nosotros mismos al emprender nuevamente la marcha. Ante aquella pieza de caza, sentimos un vivo deseo de sobornar á Antonio, lo cual hubiera sido bastante fácil, para atribuirnos la muerte del corzo y entrar triunfantes con él en Covadonga. Si no lo hicimos no fué ciertamente por virtud, sino porque calculamos el ningun provecho que sacaria de ello nuestra vanidad en un país donde no es nada rara esta caza y donde los cazadores no yerran un tiro.

—Pero bien,—le preguntamos á Antonio,—¿y qué vas á hacer con ese corzo? Tendrás que abandonarle.

—¿Abandonarle? En efecto.

Y diciendo estas palabras se arrodilló, colocó convenientemente aquel hermoso animal, sacó un cuchillo é hizo con él una incision en el vientre del corzo. Un momento bastó para que le desollase dejando intacta la cabeza que separó del tronco.

—¡Magnífico, Antonio! Te compramos esa soberbia piel y la cabeza,—qué á decir verdad, tenia unas astas enormes.

—Todo es de Vds., señoritos.

—En fin, ya nos arreglaremos.

Antonio ató la cabeza del corzo, arrolló su magnífica piel y se lo colocó todo á la espalda.

En seguida emprendimos de nuevo el camino.

Repuestos de nuestras fatigas redoblamos el paso con objeto de desquitarnos del tiempo perdido. Subíamos ani-

mosamente, admirando los bellísimos panoramas que se ofrecían á nuestra vista.

Tendiendo las miradas hácia abajo percibíamos tres ó cuatro espaciosos valles, separados por un doble cinturón de montañas.

Algunas barracas de pastores sembradas aquí, las vacas paciendo y sonando sus cencerros, el canto monótono del cuclillo, el mugido del buey, el ruido de los arroyos que se precipitan desde lo alto de los montes, las pastoras con sus cánticos vibrantes y prolongados, todo contribuye á derramar en aquellas soledades una melancolía indecible.

De vez en cuando encontrábamos algunos pastores en nuestro camino, que descendían con sus odres llenos de leche. Nos saludaban con naturalidad y nos ofrecían con que apagar la sed.

Pero ¿cuándo llegaríamos al lago?

—¿Existía ó era solamente un mito?

Preguntar á Antonio por la distancia era escusado. Sabíamos de antemano su contestación.

—Está ahí,—respondía siempre.

Y subíamos y bajábamos y volvíamos á subir y atravesábamos llanos, y el lago no aparecía nunca.

El cansancio volvía á apoderarse de nosotros con más alarmantes síntomas. Nuestras piernas se negaban ya á subir.

Colon no esperó tanta alegría al ver los pájaros que le anunciaban la proximidad de la tierra, como la que nosotros experimentamos al ver un ánade. Indudablemente el lago estaba cerca.

Tan cerca, que no tardamos en descubrirle, lanzando un grito de admiración y de alegría, el *Eureka* de Arquímedes al descubrir el peso específico de los cuerpos.

III.

El lago.—Tempestad.—Retirada á paso de carga.—Peligros.—Naufragio de los sombreros.—El puerto de refugio.—Hospitalidad pastoril.—Reparacion de las averías.—Cena frugal.—Una victima de la nostalgia.—Desayuno.—Otra vez en marcha.—Llegada á Covadonga.—Los pantalones del canónigo.

Estamos ya delante del objeto de nuestra peregrinacion. Tenemos debajo de nuestras miradas el lago de Nol. ¡Gracias á Dios!

Figurese el lector una cuenca formada por unas graciosas montañas de verdes cumbres y floridas faldas, donde crecen la madreselva y la margarita. Estiéndase en un circuito de media legua y de falda á falda una tela de color de cielo, y se habrá formado la idea principal de este lago cuya tersa superficie refleja el azul del firmamento. Todo es allí pintoresco; todo halaga á la fantasía; el poeta espera ver salir de aquellas aguas diáfanas, ó de aquellas enramadas sombrías, algunas de las creaciones que la mitología ha colocado en el fondo de las aguas ó en la espesura de la selva. Hay algo de triste en todas las contemplaciones de la naturaleza; en presencia de estos sitios tan variados, en que la vista encuentra nuevos encantos y nuevos atractivos, á medida que va recorriendo los objetos el alma se siente impregnada de una dulce melancolía y parece ponerse en contacto con aquellos objetos, identificarse con ellos, abandonarnos, en fin, para flotar sobre las aguas, para internarse en las inexploradas selvas, para traer á nuestra imaginacion mil ideas vagas, como el susurro de las hojas.

El lago de Nol ofrece una pintoresca perspectiva; sobre

sus aguas flotaban de trecho en trecho algunas vaporosas nubes formadas por la niebla.

La ilusion hacía aparecer estas nieblas como las blancas velas de algun esquife que surcase el lago.

Los ánades y otras aves acuáticas revoloteaban á lo lejos, como si presintiesen la proximidad de una tormenta. El lago se poblaba de niebla. Algunos relámpagos intensos y continuados rasgaron las nubes.

Indudablemente teníamos encima la tormenta.

¿Pero era cosa de separarnos de aquellos sitios cuando apenas habíamos tenido tiempo de arrojar sobre ellos una rápida mirada?

Antonio nos dijo:

—Es necesario bajar; la tormenta se echa encima.

Y en aquel instante un trueno sordo retumbó en el espacio.

Mi compañero y yo nos miramos como interrogándonos mutuamente.

A medida que la tempestad avanzaba, el espectáculo que se desplegaba ante nuestros ojos tenía nuevos atractivos. A las emociones melancólicas empezaban á suceder otras de índole diversa. Hubiéramos querido marchar, y una fuerza superior nos retenia. Los relámpagos, al reflejarse en el lago, mantenian algunos instantes más su resplandor de fuego. Entonces las nieblas flotantes parecian las velas de un buque incendiado; el trueno, retumbando de monte en monte y de cavidad en cavidad, hacía el vaporoso efecto de una terrible mole que desde lo alto de las nubes fuera á precipitarse en el abismo.

Antonio esperaba impaciente nuestra determinacion.

Se admiraba de nuestra impasibilidad.

La solemnidad de aquel espectáculo aumentaba á cada instante.

¿Pero íbamos á volver en medio de aquella tormenta á Covadonga?

Antonio nos sacó del ensimismamiento.

—Es necesario que aprovechemos el tiempo, aunque no sea mas que para refugiarnos en la cabaña de un pastor.

Un trueno espantoso nos amedrentó poniéndonos en fuga.

El cielo se encapotaba por instantes; soplabá un viento cálido, como si saliese de un volcan.

Algunas gruesas gotas de agua empezaron á desprenderse de la atmósfera.

Los relámpagos se hicieron más intensos y cárdenos. La oscuridad aumentaba por grados. La detonacion del trueno se aproximaba; el ruido que producía era ya estridente. La lluvia se convirtió en una verdadera catarata. Los surcos del camino servían de cáuce al agua que descendía por ellos en impetuosa corriente. Las exhalaciones herían las cimas de las rocas y se sentía retemblar el terreno con las avalanchas que rodaban por el flanco de los montes.

Nosotros bajábamos la montaña agarrándonos á las yerbas y á los arbustos. Algunas veces la yerba ó el arbusto á que nos agarrábamos se rompía, y en este caso rodábamos un buen trecho hasta que Antonio corría en nuestro auxilio.

Nuestros sombreros de paja naufragaron: teníamos las manos desgarradas, el rostro renegrido y los vestidos hechos girones.

Si el instinto de la vida no ejerciera tan irresistible dictadura, hubiéramos preferido despeñarnos nosotros mismos con intencion deliberada.

Anduvimos un trecho sin conciencia de lo que ha-

cíamos, siguiendo al guía como la aguja sigue al iman.

Cuando salimos de aquel terrible trance nos encontramos en una cabaña, rodeados de algunos pastores que nos contemplaban con profunda lástima.

Inmediatamente, con objeto de que nos despojáramos de nuestras ropas, que chorreaban agua, nos dieron unas mantas, en las cuales nos envolvimos, acostándonos en una tarima hecha de tablas, que era el lecho de los pastores. Entre tanto se secaba á la lumbre nuestra ropa.

Antonio, menos aprensivo que nosotros, se sentó delante del fuego colocándose ora de espalda, ora de costado, para que sus vestidos se secasen por igual.

Como estábamos magullados, y el lecho no era nada blando, esperábamos con impaciencia que el estado de la ropa nos permitiera vestirnos.

Los pastores llevaron su amabilidad hasta el punto de coser algunos girones de nuestros pantalones, para que no lastimáramos, sin duda, á la mañana siguiente el pudor de los timoratos habitantes de Covadonga.

Antonio nos preguntaba de vez en cuando por nuestro estado, y nosotros hacíamos de tripas corazón para contestarle que solo teníamos cansancio. Cuando ya pudimos vestirnos, tomamos asiento en unas banquetas al amor del fuego. Empezaba á preocuparnos el canónigo y á venir á nuestra imaginacion las más dulces y *sabrosas* memorias. En suma, teníamos hambre, cosa que sin duda habian comprendido los pastores, porque los veíamos bullir á nuestro alrededor. Antonio nos guiñó significativamente un ojo.

Al poco rato los pastores, despues de mil escusas humildes, nos ofrecieron leche, natas, queso, en fin, cuanto tenian. Lo aceptamos de buena voluntad y empezamos el banquete.

Sirviéronnos la leche en unos vasos de madera tallados por ellos mismos, que indudablemente daban á entender que no desconocian por completo el sentimiento artístico.

Despues de este banquete primitivo entablamos con ellos una conversacion, que era más bien una série de preguntas y respuestas.

Hablamos del lago de Nol.

El lago, segun nos contaron, hacía pocos dias que habia sido teatro de una catástrofe

Sobre sus tranquilas aguas se habia visto flotar un cuerpo humano, el de una pobre mujer que fué reconocido por el de la madre de un mozo á quien le habia tocado la suerte de soldado.

El mismo dia que su hijo iba á entrar en caja, subió al lago y se arrojó en sus aguas. Aquella pobre madre no podia soportar la ausencia de su hijo querido.

—¡Pobre Luis!—dijo uno de los pastores, enjugándose una lágrima con el dorso de la mano.—Cuando sepa la muerte de su madre, se morirá de seguro.

Por lo que oimos, Luis era un mozo simpático. Todos hablaban de él en la cabaña con el acento de un verdadero cariño.

Al saber que pensábamos regresar aquel mismo verano á Madrid, se apresuraron á recomendárnosle para que *hiciéramos algo por él*, porque Luis estaba destinado á uno de los regimientos de guarnicion en la córte.

Algunos meses despues hemos procurado ver á este jóven, rubio, alto, de ojos azules, que llevaba en la mejilla una gran cicatriz que habia recibido un dia luchando cuerpo á cuerpo con un oso. Tenia la mirada apagada, y un sello de melancolía en todo su semblante, tristes síntomas que nos dejaron ver de una manera clara la enfermedad que habia de conducirle al sepulcro.

Le hablamos de su país natal, de sus montañas, y á medida que enumerábamos la hermosura de aquella agreste naturaleza, sus ojos adquirían brillo y sus facciones se animaban. ¡Pobre Luis!

Faltábanle sus montañas, faltábanle las cañadas de aquellos montes, faltábanle la brisa, el árbol, el arroyo, el manantial escondido en el bosque, las nubes de su cielo, el techo rústico de su cabaña.

Luis, que lo hubiera soportado todo, que había sobrevivido á la catástrofe de su anciana madre, no pudo soportar el dolor de verse alejado de los lugares queridos, en donde se había deslizado su infancia y una parte de su juventud, pues sucumbió víctima de esa terrible enfermedad del ánimo que se llama nostalgia.

Como habíamos de pernoctar en la cabaña, y como había tenido ya lugar la cena y una larga y variada conversación de sobremesa, nuestros asendereados cuerpos nos exigieron el reposo.

La tarima que ya nos había servido de lecho, se forró con yerba seca, se improvisaron unos almohadones, despues de lo cual nos colocamos de la mejor manera posible en aquel primitivo lecho, que nos pareció tan blando y cómodo como si estuviera formado de colchones de pluma.

No recordamos haber dormido nunca sueño más profundo.

Habíamos ordenado á Antonio que nos despertase al rayar el alba, órden que le costó trabajo cumplir, porque lo que únicamente alcanzaba con sus gritos, era que entreabriésemos los ojos para volverlos á cerrar.

Pero al fin nos pusimos en pié. Ya teníamos preparado el desayuno que, como la cena, consistía en algunos vasos de leche con mendrugos de pan.

Al despedirnos de aquella hospitalaria barraca no sabíamos cómo pagar las atenciones de que habíamos sido objeto por parte de los pastores. Su conducta había sido tan deferente, que nos encontrábamos embarazados al escojitar el medio de manifestarles nuestro reconocimiento. ¿Debíamos recompensarlos con dinero? No había otro medio; nos costaba trabajo decidirnos á poner en las manos de aquellos muchachos algunas monedas en pago de la hospitalidad que nos habían dispensado. A ser nuestras las escopetas se las hubiéramos dejado como un recuerdo de nuestra gratitud.

Y que habíamos comprendido la sencillez de aquellos pastores, nos lo probó la escena de despedida.

Solamente despues de una porfiada insistencia, se decidieron á recibir las monedas que les suplicábamos admitiesen, comola prueba de nuestro reconocimiento.

Cuando salimos de la cabaña, ya era mañana clara.

El cielo estaba diáfano y sereno; soplabá una brisa fresca y un tanto húmeda, y las colinas ostentaban sus crestas con un verde resplandeciente. Las ramas de los árboles, heridas por los rayos del sol, estaban deslumbradoras, como si tuvieran cuajadas de brillantes sus copas. ¡Tal resplandecian las gotas de agua entre sus trémulas hojas! El camino estaba tan resbaladizo, que todavía experimentamos algunas caídas. Pero el recuerdo de las de la tarde anterior, les quitaba toda importancia.

Nada hay semejante á la alegría que experimentamos al oír el alegre timbre de las campanas de la colegiata de Covadonga. Aunque tocáran á muerto, para nosotros tocaban á gloria.

Como habíamos perdido los sombreros, llevábamos los pañuelos atados á la cabeza á la manera que lo hacen los valencianos; pero como los pañuelos eran blancos, y

nuestras ya de suyo flacas y pálidas fisonomías estaban tan deterioradas, nos daban cierto carácter de heridos ó convalecientes.

El canónigo, que nos esperaba la víspera, se había levantado muy de madrugada, juzgando que no deberíamos tardar en llegar.

El buen señor nos confesó, que á no ser por Antonio no nos hubiera reconocido.

Se hacía cruces delante de nosotros al vernos tan lamentablemente derrotados. Comparaba nuestro extraño aspecto al que en la historia del Perú se dice que ofrecían los que regresaron con Gonzalo Pizarro de su expedición de los Andes.

El señor X... nos esperaba, no solo con la mesa puesta, sino con una muda de ropa para cada uno.

La metamórfosis que sufrimos fué la más estraña y original.

Los pantalones del señor X... nos daban unacuarto por encima de los tobillos, pero si eran en extremo cortos, para que hasta en esto quisiera patentizarse la ley de las compensaciones, eran en extremo anchos, hasta el punto de que para poder abrocharlos sin que se cayesen, habia necesidad de colocar una almohada que supliese el abdómen del señor canónigo.

La hilaridad y la risa que se apoderaba de nosotros al contemplarnos recíprocamente, no tenían límites: parecíamos dos payasos antiguos representando una estraña y grotesca pantomima.

Cuando nos llamaron á la mesa, suplicamos al señor X... permitiera sentarse á nuestro lado al imperterbable Antonio, á quien queríamos pagar con esta deferencia los elogios que hizo de nuestra puntería, atribuyéndonos espontáneamente la muerte del corzo.

IV.

El ama *comme il faut*.—El canónigo nos acompaña.—Variamos de dirección.—Una visita á un alemán.—De como el haber tomado café no impide que se vuelva á tomar.—Las comparaciones no son siempre odiosas.—Deslealtad de Antonio.—Recuerdos importunos.—Despedida.

Indudablemente el ama del respetable canónigo, señor X... conocía el libro de Brillat-Savarin que lleva por título *Meditations de gastronomie transcendante*. Los platos que nos presentó para el almuerzo *hicieron furor*. Honramos á aquella célebre cocinera no dejando ni rastro ni reliquia de los suculentos platos que se nos sirvieron.

Antonio devoraba, y Llana y yo dejábamos atrás á los Heliogábalos y á los Vitelios.

El señor X... nos instaba á que nos quedásemos en Covadonga unos cuantos dias. Sentia sinceramente nuestra partida, acaso porque nuestra presencia alteraba un tanto la monotonía con que se deslizaban sus dias en aquel apartado y solitario rincón de Astúrias.

De buena gana le hubiéramos complacido retardando nuestra marcha una semana. Pero teníamos asuntos perentorios que nos impedían tomar esta resolución.

Con gran contentamiento nuestro mandó que le dispusiesen un caballo, en tanto que se aparejaban los nuestros. Quería acompañarnos hasta Cangas y nosotros aceptamos gustosos aquella última prueba de su cortesía y amabilidad.

A las dos de la tarde de aquel mismo dia tomamos el camino de la antigua *Canicas*.

—¿Tienen ustedes precision,—nos preguntó el señor X...—de marchar via recta hácia Cangas?

—De ningún modo,—le respondimos.

—Pues bien; entonces tiraremos á la derecha dentro de un rato, y tendré el gusto de presentar á ustedes á un caballero alemán que ha fijado cerca de aquí su residencia, y que es una persona ilustradísima y que posee una profunda y verdadera erudición.

Estas palabras hicieron brotar en nosotros un recuerdo. Habíamos oído hablar repetidas veces de este alemán no solo en varios puntos de Asturias, sino en el mismo Madrid. Sabíamos que la comisión de *Monumentos y Antigüedades* que ha recorrido varias provincias de España, se ha servido de los conocimientos especiales de este sábio extranjero, no menos erudito en la ciencia arqueológica que en los demás diversos ramos del saber.

No tardamos en abandonar la carretera que conduce á Cangas, para internarnos en un bosque de castaños que nos prestaban una agradable sombra.

Después de media hora de camino, constantemente cobijados bajo la sombra de aquellos árboles, nos detuvimos en un pueblecito compuesto de una docena de casas, desparramadas en un valle de aspecto risueño y pintoresco,

Detuvimosnos ante un porton que daba entrada á una huerta y echamos pié á tierra.

Estábamos á las puertas de la morada que el extranjero había escogido para su residencia.

El señor X... levantó el aldabon, empujó la puerta y nosotros marchamos en su seguimiento.

Nos encontramos dentro de un reducido pero excelente jardín, donde se respiraba una atmósfera embalsamada.

Un criado fué á anunciar nuestra visita al alemán y entretanto aguardamos. El mismo salió á recibirnos, dispensándonos una benévola acogida. Como la casa estaba

en construccion, ó reparándose al menos, nos hizo subir á la espaciosa solana, donde pasamos un rato delicioso conversando de artes, de botánica, de literatura, de historia y de política.

Mr. S... ha alcanzado, en los pocos años que lleva de establecido en la comarca, un respeto y una superioridad que hacen el mejor elogio de las cualidades que le adornan.

Amante de las ciencias y de las artes, su estudio ha sido el constante objeto de su predileccion. Inflamado por el espíritu investigador de la sábia Alemania, se propone hacer más sólida su instruccion por medio de los viajes. Merced á una residencia de algunos años en los diferentes países de Europa, que le proporcionaba el conocimiento práctico de la lengua de la nacion donde se instalaba, podia hacer un estudio sério de las costumbres y de la civilizacion de cada pueblo.

Su residencia en el rincon de Asturias, ¿es definitiva ó constituye solamente una de las etapas, uno de los altos que ha venido haciendo en otras naciones?

Lo ignoramos, pues aunque Mr. S... se ha convertido en un *pequeño* propietario, hermoseando las tierras y reedificando la casa, ¿no puede ser esto una nueva forma que el viajero dá á la tienda para hacerla más segura y más cómoda?

Mr. S... honrará de seguro el país que elija por su segunda patria y nosotros nos felicitáramos de que Asturias detuviera su planta y le encadenára á sus montañas por medio de sus costumbres sencillas y sus grandes recuerdos históricos.

Mr. S... se empeñaba en obsequiarnos.

—Van ustedes á almorzar;—nos dijo.

—Hemos almorzado.

—Entonces tomarán ustedes café.

—Hemos tomado café.

—Sin embargo,—repuso el señor X... volviéndose hácia nosotros,—mi café es bueno; pero no el de Mr. S....

—¡Ah! ¿con que no es tan bueno? Pues entonces aceptamos desde luego la invitacion. Comparemos café con café.

No se nos ocultaba que las comparaciones son odiosas, á pesar de que no damos á este apotegma una autoridad absoluta.

Las comparaciones son odiosas cuando la supremacía está al lado de la cosa remota con que comparamos la cosa próxima.

Es odioso comparar la tagarnina que fumamos hoy con la breva que hemos fumado ayer; los bolsillos vacíos de hoy con los bolsillos repletos de ayer, las canas prematuras con el cabello blondo, los 20 años con los (véase nuestra fé de bautismo).

¡Pero odiosas las comparaciones de lo mejor á lo peor!...

La del café de Mr. S... con la del señor X... pertenecía sin duda á esta categoría. Era un moka excelente, como no se sirve en el afamado café de Tortoni. Un café capaz de hacer soñar y de enardecer la imaginacion de un misántropo, un café que poblaba el espacio de visiones, que rejuvenecía los sentimientos, un café bajo cuya influencia se mueven ocultas y luminosas ideas en la mente y que convierte en poeta, en soldado, en trovador, en genio, dotando por un rápido instante de una intuicion que se desvanece y se escapa en el momento en que se la quiere hacer práctica. Las alas que entonces adquiere la fantasía sirven solo para vagar en el espacio: cuando se pretende cruzar con ellas hácia un objeto dado, Icaro descendiendo al abismo.

Segun la costumbre alemana, Mr. S... nos ofreció sus pipas.

Entre las azules bocanadas de humo y los sorbos de café y de Jumel, la conversacion tomó un giro original.

Los nombres de Descartes y Napoleon, Tirso de Avilés y Pelayo, Toreno y Quintana, pasaron en enroscadas espirales como las que describía el humo de las pipas.

Mr. S. no solo conoce la España de la antigüedad y de la tradicion, sino que está familiarizado hasta con nuestros poetas y escritores modernos.

Ayala y Breton, Ruiz Aguilera y Carolina Coronado, Castelar y Antonio Flores, Trueba y Florentino Sanz, Larra y Cárlos Rubio le son igualmente conocidos. Su libreria es una biblioteca escojidísima.

Pero la tarde avanzaba.

Los últimos instantes que pasamos en la agradable compañía de Mr. S... se parecieron mucho á un *fin de fiesta*.

El canónigo con su fina ironia refirió nuestra famosa espedicion al lago, inclusa la escena de la vision del oso. Antonio, no solo nos habia vendido, sino que nos habia calumniado.

El aleman rió grandemente á costa nuestra, sobre todo con el episodio de los pantalones.

Aunque el señor X... queria acompañarnos hasta Cangas, no lo consentimos. Despedímonos á un tiempo de aquel hidalgo y hospitalario sacerdote y de aquel modesto é ilustrado estranjero que nos habia hecho pasar un rato tan delicioso.

Tomamos pues el camino de Cangas, algo pesarosos de habernos separado de dos personas hácia quienes sentíamos una viva y afectuosa simpatía.

Ellos quizás habrán olvidado nuestros humildes nombres: nosotros los conservaremos siempre como un recuerdo unido á una fecha y á una espedicion que llevaremos por mucho tiempo en la memoria.

UNAS VAGACIONES.

I.

LENA 29 de julio.

Querido Leon: Dispensa que no te haya escrito en tantos dias: estoy completamente absorbido por la caza, por esa distraccion que borra tan bien los grandes pesares y que sabe apartar de mi imaginacion los nombres fatídicos de mis acreedores que no consigo ahuyentar de ella sino cuando echo al hombro la escopeta y me pierdo entre los poéticos jarales que circundan estos alrededores. Tú, en calidad de *chico estudioso*, me preguntarás qué hice de aquellas solemnes promesas de entregarme en cuerpo y alma al estudio, de pasar las tardes enteras á la sombra de los árboles hojeando los autores de testo; pero yo, querido amigo, te responderé que las he relegado al olvido; que no vivo mas que para la *naturaleza*, y que por apéndice he resuelto creer en la Providencia, en esa divinidad de los malos estudiantes, de los malos políticos y de los jugadores de loteria. Es preciso creer, amigo mio; y si la fê, como nos la enseña el Evangelio, remueve las montañas, malo será que por tibia que sea la mia no tenga bastante fuerza para *removerme* de este segundo año de medicina en que me han dejado suspenso. Y luego,

¿la inspiracion no vale nada? ¿Los grandes artistas, han estudiado en algun libro sus grandes concepciones? ¿Por qué no he de creer, pues, en esa inspiracion sublime del momento que inflama en nuestro cerebro una musa desconocida? *Creer y esperar*: son las dos palabras más bellas que hay en el diccionario de la lengua: el estudiante *estudioso* es el peor de los ateos.

¡Ah! Estoy aquí divinamente. Mi padre es un buen señor que no cuida mas que de sus rentas y de sus gallinas, y que está creído que tiene en su hijo un chico tan sábio como pródigo. Vivo á mi albedrio, sin cortapisa, autónómicamente, distribuyendo el tiempo del mejor modo posible entre los placeres que me son más agradables. Con todo, no vayas á figurarte un solo momento, que me he convertido una sola vez en pescador de caña.

Querido mio, basta ya. No quiero abusar de la superioridad que sobre tí me dá la ventajosa posicion en que me encuentro. Sin quererlo establecerias comparaciones, y las comparaciones son siempre odiosas.

Tu amigo de corazon

MIGUEL.

II.

LENA 12 de agosto.

Querido Leon: ¡Oh! ¿Por qué no estamos en los felices tiempos de las Amaralis, época dichosa en que bailaban las zagalas al son del tamboril? ¿Por qué no estamos en el que las pastoras adornaban sus dorados cabellos con las frescas y odoríferas rosas cojidas en los valles cuando la máno pródiga del alba depositaba sobre sus

corolas las perlas que destila? Hé aquí la interrogacion que hice en mi mente al tiempo que me servia un jarro de agua una muchacha que debia ser muy linda, y que vive en uno de los pintorescos valles que con más frecuencia recorro. Y digo que *debía ser* muy linda, porque lo era á pesar de sus cabellos desgreñados, de sus manos tostadas por el sol y de ese traje tan poco á propósito para ilusionar que visten las aldeanas de aquí.

La pobrecita tembló para darme el jarro de agua, bajó sus ojos azules, y en seguida se fué sin decirme una palabra. Al retirarme, lo confieso ingénuamente, parecíame que me habia quedado algo en casa de la campesina. Fumé un cigarro, cargué mi escopeta, y ¡oh fortuna! Cuando yo estaba pensando en volverme á beber otro jarro de agua, hé aquí que pasa á mi lado esa aldeana.

—¡ Eh, muchacha! —le dije cariñosamente.

—¿Qué se le ofrece á Vd.? —respondió deteniéndose y mirándome con estrañeza.

—Toma, y dispénsame por haberme ido sin darte las gracias por la amabilidad con que has apagado mi sed.

Y la puse en la mano un napoleon.

La aldeana se quedó mirando la moneda sin atreverse á guardarla ni rehusarla.

—Guárdatele, —la dije viendo su indecision. —Yo cazo mucho en este valle y en adelante beberé de esa agua riquísima que me has servido.

—¿Me le dá Vd. de veras? Yo no lo creo, —balbuceó. —Mi abuela y yo trabajamos ocho días para ganar esa moneda.

—Tanto mejor... eso consiste en que recompensan muy mal vuestro trabajo.

—Pues bien, le guardo. ¡Voy á comprarme tantas cosas con él! ¡Adios, adios!

Y echó á correr como una loca cantando, con su cántaro debajo del brazo.

Yo me quedé contemplándola, lleno de esperanzas.

¿No te parece que debo visitar á esa aldeana que, segun mis noticias, vive con su abuela medio ciega? ¿Que debo *cazar* mucho sus alrededores y decirla que es bonita y regalarla napoleones, en vez de componerla algunas églogas?

La ocasion la pintan calva: además, yo quiero tener unos amores agrestes; por malos que sean, nunca serán tan *amargos* como los cortesanos; en fin, amar una aldeana, mitad mujer, mitad no sé qué. En fin, amigo mio, es necesario que agote todos los placeres que se me ofrecen...

¡Qué bella tarde he pasado ayer con Ambrosio! Los dos hubiéramos dado cualquier cosa porque tú estuvieras á nuestro lado, mezclándote en nuestra conversacion, respirando la atmósfera más pura, contemplando el paisaje ameno de nuestras montañas, de nuestros bosques, de esta naturaleza, en fin, tan rica, tan animada, tan *deleitosa*, como diria un poeta bucólico. Muy triste nos ha sido pensar que tú estarias encerrado entre cuatro tabiques, mirando desde la ventana las negras paredes del patio, oyendo en vez del gorgo de las aves ese maldito canto de las Maritornes, que tantas veces hemos maldecido juntos.

No quiero, no debo contestar á tus heréticos razonamientos. Ni por un momento has conseguido hacer vacilar mi fé. Sí, te lo digo muy alto: Cruveilhier y Muller nunca me inspirarán otra cosa que lástima... En esta parte no hago más que obedecer los impulsos de la conciencia...

Desengáñate: es una tontería, pero una tontería de á

fólio consagrarse al estudio para tener uno que cantar al fin de su jornada la palinodia, como el sábio aquel que dijo, interrogado acerca de su sabiduría *solo sé que no sé nada*.

Tu amigo de corazon

MIGUEL.

III.

LENA 21 de agosto.

Querido Leon: Me hacen gracia tus moralejas y sobre todo el tono grave con que las escribes. Quieres que desista de ver esa aldeanita, que no la persiga, que la deje en paz... ¡Y cuándo me lo dices! ¡Cuando es una necesidad que yo la vea á todas horas; en el momento en que mi corazon siente *algo* por ella! Eres un niño; eres un viejo, mejor dicho, que no comprendes el corazon humano, más que en la sala de diseccion, con el escalpelo y las pinzas en la mano.

La aldeana en cuestion se llama María; es huérfana; tiene 18 años, la tez fresca y sonrosada como las rosas que nacen en su huerto.

Dime tú ahora si hay camino para retroceder.

En la parte moral, es una jóven que *parece* cándida. ¡Suponte que me ha devuelto los 19 reales diciéndome que su abuela le habia prohibido admitirlos! Pero en cambio, y esto es lo que la abuela no sabe, ha admitido otras monedas más peligrosas. Me ama y no ha podido disimularlo: no la amo en el sentido que comprendo el verdadero amor, y la he hecho creer que la idolatro. Sin embargo, hasta aquí no he querido abusar de mi posicion. ¿Abu-

saré mañana de ella? La casualidad puede darme el láuro de la virtud.

No puedes formarte una idea del sentimiento que se apodera de mí al contemplar cómo van pasando estos días hermosos de vacaciones. Te aseguro que si pudiera vencer á mi buen papá que la medicina, que todas las carreras son un disparate, inventado por la vanidad y el nécio orgullo de los hombres, no volveria á pisar los cláustros que maldigo con todo el ódio de mi corazón.

Adios: voy á ver á María, porque esto me parece preferible á proseguir esta carta estrafalaria.

Tu verdadero amigo,

MIGUEL.

IV.

LENA 17 de setiembre.

Esta vez, querido Leon, no has contestado á la mia, ¿por qué? lo ignoro: no quisiera que la causa de ello fuera motivada por algun incidente desagradable.

Empiezo á escribirte bajo dos impresiones dolorosísimas. Hasta que el Calendario, ese libro terrible, ese reloj de arena no me dijo la fecha en que nos encontramos, no supe siquiera que ya no me restan mas que cuatro dias para abandonar estos bellos lugares. Y lo peor no es esto sino que siento que aquella fé de que te hablé en mis cartas, se desvanece; que mis locas creencias se disipan. En mi desesperacion evoco los autores de testo, que me responden con una carcajada homérica.

Añade á esto que María está loca, que me ama con ese delirio de las mujeres vírgenes, y que aquel *algo* que te

dije experimentar por ella, se ha evaporado completamente, y tendrás una idea formada de mi situación. ¡Luego, esa niña es tan imprudente, que temo que mi familia vaya á enterarse de unos amores que no me perdonarán jamás!...

¡Pobre niña! He despreciado tus consejos con una insensatez que ahora me abrumba.

Adios, adios, y no me contestes, porque uno de estos dias te abrazará

MIGUEL.

V.

Era una mañana de noviembre, y los estudiantes de medicina salian en tropel de la cátedra de anatomía para dirigirse á la sala de diseccion.

Entre los últimos venia Miguel, el autor de las cartas que acabamos de trascribir, que no sabemos si empezaba, por la tercera ó cuarta vez, los estudios del segundo año de la facultad de medicina.

—¡Magnífico dia, —decia á uno de sus compañeros, — para enterrar las manos en el vientre de un cadáver! Dígase lo que se quiera, paréceme una solemne bestialidad destroz ar esos cuerpos ateridos.... ¡Pobre ciencia humana, que tienes que encarnizarte, como los buitres, contra los despojos de los muertos, para engalanarte con un miserable descubrimiento!

—Vamos, no disparates, —le contestó su condiscípulo. — Es necesario que abandones una filosofía que de otro modo te va á eternizar en el segundo año.

—Tienes razon, —contestó Miguel con la volubilidad de carácter que le distinguia... á raj ar, á cortar... allons.

Y en el mismo momento, ya en la sala de diseccion, Miguel tiró de la sábana que encubria el primer cadáver que encontró...

—¡Oh! magnífico; una jóven.. En estos cadáveres, dá gusto trabajar... Estas carnes tersas y frescas...

Y Miguel se reclinó para operar sobre el pecho de la jóven que parecia una de esas estátuas de mármol blanco acostadas sobre un sepulcro, segun la costumbre de la Edad media. En esta actitud, semejábase el estudiante más á un escultor que á lo que en realidad era. Pero de pronto dió un grito y se balanceó para no caer.

—¿Qué es eso? —le dijo un condiscipulo asiéndole del brazo:—¿te has cortado?

Miguel no pudo responder; pasó maquinalmente la mano sobre su frente pálida y balbuceó unas palabras que nadie pudo comprender.

—¡Oh! dejadme marchar,—dijo ya á sus condiscipulos que le rodeaban, un poco calmado, volviendo con tenacidad el rostro en direccion opuesta del cadáver;—dejadme marchar.

Sus compañeros le desasieron, y Miguel se lanzó como un loco fuera de la sala de diseccion.

EPILOGO.

El cadáver era el de María, que habia abandonado su escondida aldea para buscar á su amante en la córte.

Pobre y sin recursos, la habia recojido un sereno en una de esas heladas noches de invierno, medio exámine, acurrucada en una calle, y dos dias despues moria víctima de una pulmonia fulminante en el hospital general. Por una fatalidad, dos *caprichos* la habian elegido dos veces para ensangrentar su corazon.

GIJON EN LA TEMPORADA DE BAÑOS.

Anverso y reverso.—Aspecto del muelle.—¡Pobre *Juliana!*—Antes y ahora.—Begoña.—Contrariedades femeninas.—La cucaña.—Los toros.—Un monumento *contra* Jovellanos.—Paseos.—El café Suizo.—Dispersion.

Gijon tiene dos fisonomías diferentes. Una, la que presenta en los dias de invierno; otra, la que ofrece por el verano. La primera es triste, casi adusta; la segunda, se ostenta risueña y placentera. La primera carece de encantos; la segunda, se halla poseida de una alegría parecida á la que experimenta la niña de quince años en medio de las fiestas. La primera es, en fin, *Jean qui pleur*; la segunda, *Jean qui rit*.

Examinémosle, pues, por su mejor aspecto; dispemos las negras nubes que entoldan su cielo; poblemos sus calles de alegres bañistas; sus paseos de graciosas niñas; calmemos las irritadas olas del Océano; hagamos aparecer en los arenales las blancas casitas que asemejan otras tantas gaviotas diseminadas por la playa; coloquemos á Gijon en plena temporada de baños.

La villa ilustre que sirvió de cuna á Jovellanos, está situada al pié de una elevada colina. Sus calles son generalmente espaciosas, y sus principales edificios, de

construcción moderna; la población en su conjunto no deja de ser bella y agradable.

La parte antigua, conocida por *Cima de Villa*, que se escalona ya en la misma colina, es de pobre aspecto, y en ella tiene su vivienda la gente de mar.

El muelle, aunque de acceso difícil, profanamente considerado, hace muy buen efecto, especialmente cuando la marea pone á flote los buques, porque entonces parece aquello un bosque movible cuando la brisa del otoño ha despoblado á los árboles de su follaje.

El aspecto del muelle es doblemente pintoresco en los días de fiesta: los buques se hallan entonces empavesados y dan al viento sus banderas, oriflamas y gallardetes.

Siempre que desde lo alto del paredón he contemplado este espectáculo panorámico, vienen á mi memoria antiguos recuerdos de la niñez; aun se me figura ver á la *Juliana* atracada al muelle de descarga, luciendo su casco gentil y su arrogante aparejo. ¡Pobre corbeta! Ya hace años que los vigías no la anuncian; ya hace años que no aparece en el horizonte; ya hace años que no se dice: «¡Ahí está la *Juliana*! ¡Mañana saldrá la *Juliana*!»

La *Juliana* era el buque predilecto de Gijón; su Benjamin, si me es permitido decirlo así. La *Juliana* se gallardeaba en el muelle como la sultana en el haren: había nacido gentil y robaba todas las miradas, atraía todas las simpatías. Esta corbeta tuvo la fortuna de encontrar un capitán digno de ella, que la amó con entusiasmo, que no la abandonó nunca, que descendió con ella al fondo del irritable Océano.

¿Quién no recuerda en Gijón el nombre del capitán Otero, de ese intrépido piloto de la marina mercante? Todo Gijón lloró su muerte, acaecida en el mismo instante que el de la *Juliana*. De la espantosa tragedia ocur-

rida á bordo de este buque en el último dia de su existencia, ha llegado hasta nosotros un terrible relato por los dos únicos individuos que se salvaron de aquella catástrofe, en la cual pereció un número considerable de personas. Pero hagamos punto en estas tristes memorias.

Antiguamente,—y decimos antiguamente remontándonos nada más que á nuestros recuerdos,—era muy pequeño el aumento de poblacion que recibia esta villa durante la temporada de baños. Las personas que acudian con este fin, eran en su mayor parte de los pueblos circunvecinos, del interior ó del corazon de la provincia. Entonces no habia más comunicacion que la carretera de Oviedo; y los que procedian de otros puntos, se veian en la necesidad de hacer el viaje á caballo, que apenas esto permitia la naturaleza de las comunicaciones. A medida que Gijon fué gozando de vias más espeditas, la afluencia de forasteros ha ido creciendo hasta el punto de verse como sucede en la actualidad, invadido por una muchedumbre de bañistas que acuden de todas partes, huyendo de los calores, ó mejor dicho, de la nota infamante, que á manera de estigma, se atreve ya á marcar hasta la clase media en la frente de los que no salen á veranear.

El mes de agosto es el más animado de la temporada: las niñas de Oviedo y las de otros muchos pueblos aplazan para este mes su visita á Gijon. De un tiro matan dos pájaros: es decir, se bañan y asisten á las fiestas de la Virgen de Begoña.

¡La Virgen de Begoña! ¡Qué animacion, qué algazara se apodera de Gijon durante este dia! Desde muy temprano las calles están llenas de gente del pueblo y de aldeanos y aldeanas de los alrededores: las avenidas del muelle y los paredones se hallan atestados de espectadores que esperan solazarse con el juego de la cucaña. Va-

rias bandas de música, seguidas de catervas de chiquillos, pasean las calles tocando alegres sonatas.

Algunos balcones se entreabren tímidamente, y vése aparecer en ellos alguna niña que asoma su artística cabeza para arrojar una mirada impaciente por la tardanza de la modista que debe traerle el traje de mañana que ha de estrenar en el muelle. Después se retira cerrando brusca-mente el balcon. ¡Ah! ¡Infame modista! ¡Ah, pérfida! Elisa vá á deslustrar sus hermosos ojos con el llanto que la rabia le hace derramar. ¡Pero, silencio! Han llamado. Elisa corre anhelante envuelta en su blanco peinador.—¿Es ella? ¿Es la modista?

Entran en tropel Inés, Laura, Juana y Blanca con sus respectivas mamás, todas alegres y bulliciosas, resplandecientes de hermosura....

—¿Cómo,— esclaman al ver á su amiga tan atrasada en la *toilette*,—aún estás por vestir?

Elisa quiere articular una contestacion y la rabia la ahoga. Le acaban de poner el dedo en la lлага y

El volcan de sus iras estalló.

Pero aunque tarde, logra al fin lanzarse á la calle con sus amigas que tienen la rara virtud de esperarla, de consolarla y de fortalecerla.

El novio de Laura las espera en un cortado esquife, para presenciar el espectáculo de la cucaña desde el muelle.

Mil lanchas discurren en todas direcciones *abarrotadas* de niñas que se defienden del sol con sus sombrillas de colores.

La cucaña consiste en un palo ensebado que sale horizontalmente de una de las bocas del muelle; al extremo de este palo se halla sujeto el premio reservado al más

hábil. Los espectadores aplauden á cada nuevo paso que los *cucañistas* avanzan por el palo ensebado. Pero allí está la imágen de la dicha humana; al ir á alcanzarla se desvanece. El marinero cae al agua en el instante en que alarga el brazo para cojer el fruto de su ambicion. Entonces acaso el público aplaude. Tambien el mundo celebra las caidas, con más sinceridad que el triunfo.

Ya se sabe cómo terminan estos espectáculos.

Aquella inmensa muchedumbre se deshace como un copo de espuma; las cubiertas de los buques y los esquifes quedan desiertos.

Ha llegado la hora plena del calor, y las bellas desfilan seguidas de una turba de pollos.

Ahora cuenta Gijon durante tres dias con un espectáculo exótico, con corridas de toros, y se ha improvisado una plaza de madera con este objeto. Jovellanos ha debido pasar un mal rato en su humilde sarcófago. ¡Pobre Jovellanos! ¡Calla y conténtate con la lápida que te han dedicado tus hijos!

Consuélate con que la plaza de madera es interina y que se reemplazará con una de piedra el dia menos pensado.

¡Y bien! ¡Gijon se divierte! Los forasteros acuden á él ávidos de emociones, y es necesario no defraudar sus esperanzas. Y entretanto, *Jovino* vé olvidado el Instituto asturiano creado por él y la yerba creciendo en sus claustros. ¡Pan y toros!

¡Toros en Gijon! El autor de este artículo no puede acostumbrarse á esta idea, porque representa para él una cosa estraña como una danza prima entonada en corro por un centenar de chulos, como una muñeira bailada por una tanda de gitanos.

¡Magnífico espectáculo!

Todavía esperamos que la profanacion ha de llegar hasta el punto de que los maestros, trapo y espada en mano, brinden por Jovellanos al ir á matar el bicho.

¿Pero qué es esto? ¿A dónde voy á parar?

Gijon, diviértete á tu gusto, y te suplico que no te ofendan mis palabras. Mejor que nadie sabes tú hasta dónde van y á quiénes alcanzan. No te acusaré yo á tí, en abstracto, de no haber erijido un monumento á Jovellanos y de haberle erijido *contra* Jovellanos al construir una plaza de toros.

El teatro de Gijon se vé concurridísimo en esta época del año, y se pasan en él ratos muy deliciosos, más por el espectáculo de telon afuera, que por el de telon adentro; es un coliseo de elegante construccion y no se ha perdonado gasto alguno para hacerlo digno templo del arte.

El paseo más concurrido es el de San Lorenzo, que aunque de pequeñas dimensiones, no deja de ser agradable. Con frecuencia el viento desaloja de allí á los paseantes que suelen trasladarse al muelle. Estos paseos están animados. Las conversaciones se siguen á media voz, y versan por lo general sobre algún punto chismográfico.

Encuétranse en ellos aristócratas de ambos sexos que se pavonean con aire triunfal, á quienes á menudo se oye que se los saluda con títulos que no se han oido, ni leído siquiera en las novelas.

—¿Quién es ese?—preguntaba yo familiarmente á un pobre chico del pueblo que paseaba una tarde conmigo.

El personaje objeto de mi interrogacion era un hombre seco, alto, de grandes chuletas á la inglesa, de maneras exageradas y que hablaba con énfasis; todo un ente repulsivo y antipático.

—¡Cómo! ¿No conoce Vd.—me replicó ingénuamente mi acompañante,—al vizconde de Canto-dorado?

Ante semejante título, sacado sin duda de una caja de papel de cartas con *canto dorado*, me eché á reir.

Al año siguiente me encontré á Canto-Dorado en esta córte y en el café del Gato. Ignoro si iba á estudiar costumbres, ó como yo á tomar chocolate por el módico precio de diez cuartos.

¿Y qué diré de otras aristocracias? ¿Hablaré de la *general*, de la orgullosa generala y de sus pimpollos?... ¿Hablaré?... Nó; pasemos de largo.

El *rendez vous*, despues del paseo, es en el café Suizo. Allí se hacen los comentarios de todo el dia.

Entonces tienen lugar estas ó parecidas escenas:

Alfredo (á su prima).—¿Sabes que es bonita la Adela?

Rosario (á su primo).—¿Sí? Pues si la vieras salir del baño....

Alfredo (contemplando á Adela).—Hermosos dientes...

Rosario.—¡Si fueran suyos!...

Alfredo.—Hermosos cabellos...

Rosario.—Como que han sido hechos de encargo. Du-guet puede afirmarlo.

En fin, allí se pasa revista á todo, y se murmura de todo: pero ¿qué diablo? con algo se ha de matar el tiempo: la humanidad, cuando no come, muere.

Como Gijon tiene lindísimos alrededores, y como en ellos abundan las romerías; los forasteros, que no desperdician la ocasion de divertirse, forman alegres giras, y conducidos por el bullicio, se dejan ir á donde los arrastra la animacion y la novedad.

Las *páreas felices* suelen encaminarse á Santa Catalina para discurrir por allí libremente y contemplar el mar, surcado por ligeras lanchas y alguna que otra vela que blanquea en el horizonte.

En los últimos dias de agosto, Gijon empieza á reco-

brar su fisonomía habitual: los bañistas tocan apresuradamente retirada, y los que vienen atraídos por las fiestas, no prolongan un día más su estancia despues que aquellos se terminan. En los primeros dias de setiembre puede decirse que ya no quedan en la antigua residencia de Munuza más que las migajas del festin.

Los mismos trenes que llegaban antes atestados, parten entonces arrebatando á Gijon á centenares las adorables jóvenes, las diligencias, los ómnibus, los carruajes particulares ruedan á todas horas sin compasion, dejando la ilustre villa en la más triste soledad.

Quince dias despues, Gijon es ya el tronco adusto y sin follaje que el otoño ha dejado sin hojas.

Su cielo se cubre de nubes; desaparecen de la playa las blancas casitas de los bañeros. Los paseos están desiertos. Si veis alguno que pasa corriendo, no es que persiga á una niña de cuyo talle se ha prendado; es que anda á su *negocio*.

SOBRE LA PLAYA.

I.

No es una novela, es una historia lo que voy á narrar.
Una historia impregnada de melancolía que empieza por un idilio y termina con una catástrofe.

He conocido á los protagonistas de esta historia, los he tratado con una amistad íntima y leal, lloré amargamente su muerte y he visitado sus tumbas para colocar sobre ellas la flor que significa el recuerdo imperecedero: *la siempre viva*.

II.

No lejos de Gijón hay una aldea lindísima por su risueño y poético aspecto. Por entre el verde ramaje de los manzanos se ven unas cuantas casitas blancas como la nieve. La vid trepa gallardamente por sus paredes y va tejiendo una guirnalda por debajo de los aleros de los tejados. No lejos del lugarcillo que forman estas casitas diseminadas en una colina, rica en luz, en vegetación y en colores, aparece un edificio cuyo mirador, pintado de

verde se destaca sobre los árboles. Al lado de las modestas viviendas que le circundan, este edificio pudiéramos calificarle de suntuoso. El sol se refleja vivamente en sus anchas galerías de cristales y visto desde alguna distancia parece un globo de fuego.

Este edificio está rodeado por una elegante verja de hierro, á través de esa verja, en la cual los rosales enredan sus ramas cubiertas de rosas, aparece un jardín, que perfuma el ambiente con el aroma de las mil flores que en él crecen. Las alas de la mariposa no son tan variadas y ricas en matices como el conjunto que ofrece á la vista aquel rico jardín.

Esta casa ha sido construida por un *indiano* en el mismo sitio en que se había levantado la pobre choza que había nacido. A su regreso de América, don Jáime compró todos los terrenos que sus padres llevaban en arrendamiento, dedicándose á embellecer la mansion que destinaba para la residencia de toda su vida.

Al lado de la casa construyó una capilla, con un gusto y una riqueza admirables, bajo la advocacion de Nuestra Señora del Recuerdo.

En efecto; D. Jáime profesaba una especie de culto á las memorias de su infancia. Habíase casado con la niña que había llevado en sus brazos antes de su emigracion á América y de aquel matrimonio tuvo una hija que se llamó como su madre; Cármen.

Cármen frisaba en los 15 años. No era estremadamente bella; pero tenia unos grandes ojos azules de una expresion imposible de describir y una cabellera rubia y abundante. Habia llegado ya á su completo desarrollo, como fácilmente se advertia por la morbidez de sus formas. Educada en la soledad, era tímida como una gacela. Preferia la vida del campo á ninguna otra, y las tempora-

das que pasaba en Gijón apenas salía. Cármen era poco expansiva. Hablaba pocas veces, y casi nunca sonreía.

Si hubiera poseído la coquetería peculiar á su sexo, jamás retiraría la sonrisa de sus labios, porque solo los ángeles podrían sonreír como ella.

El *indiano*, pues así llamaban los aldeanos á D. Jáime, se había esmerado mucho en la educación de su hija.

Cármen tocaba admirablemente el piano. Le arrancaba melodias dulcísimas, porque sabia sentir, porque si el profesor de música le había enseñado el mecanismo de recorrer las teclas con sus dedos para producir sonidos armónicos, el sentimiento innato de lo bello le había enseñado á espresarlos con *ese no sé qué* que viene á ser el *quid divinum* que el artista ha recibido de la naturaleza.

Cármen era, en fin, como la margarita. Vejetaba olvidada. Se complacia en aquella existencia tranquila. Entre sus flores, sus pájaros, sus libros, su labor y su piano, repartía las horas del día. La sociedad la fatigaba. No tenia amigas, porque las que podían serlo tenian otras inclinaciones, les gustaban los paseos, los bailes, las diversiones y los espectáculos.

III.

D. Jáime, acostumbrado á la vida activa del comercio en la cual habia hecho su fortuna, no pudo acostumbrarse á una vida de completa inacción. Hizose armador. Mientras que sus buques se construían pasaba la mayor parte del tiempo en Gijón con objeto de inspeccionar los trabajos. Tenia ya en la mar dos corbetas y un bergantín. Una de las corbetas llamábase *La Concordia*, nom-

bre del establecimiento comercial que le habia enriquecido, y la otra en conmemoracion del dia en que habia pisado la tierra natal *trece de enero*; en cuanto al bergantin se habia construido en comandita y fué bautizado por uno de los socios.

Un dia en que Cármen desde lo alto del mirador de su casa de campo contemplaba el dilatado horizonte que desde allí se descubre, admirando la riqueza de tintas que el sol en su ocaso vertia sobre las caprichosas nubes, suspendidas entre el cielo y el mar, apareció D. Jáime con un papel enrollado en la mano.

—Ven;—dijo á su hija besándola dulcemente en la frente.

Despues se acercó á un velador que habia en el mirador, separó un gran antejo colocado sobre él y estendió el papel que traia enrollado.

Cármen se puso á mirar.

Era el diseño de una goleta, corta como un esquite y graciosamente aparejada. Tenia escrito al costado y sobre la empavesada en letras doradas *Cármen*.

—¿Es decir,—preguntó Cármen,—que vas á construir otro buque?

—Justamente. ¿Pero... no me dices nada?

—¿Y qué quieres que te diga?—repuso la niña dulcemente.

—¿No me dás siquiera las gracias?

—¿De qué, papá?

—Lee aquí,—dijo D. Jáime señalando con la punta del dedo el rótulo.

—¡Ah! se llamará Cármen.

—Sí, llevará tu nombre, porque ese buque es para tí y se botará al agua el mismo dia de tu santo.

—¡Qué bueno eres, papá!

Y Carmen estampó un cariñoso beso en la ya arrugada mano de su padre.

IV.

Desde que se construyen buques en Gijón es imposible que haya salido de aquel astillero un casco más gracioso que el casco de la goleta *Cármén*. D. Jáime había dicho á su niña estrechándole la flexible cintura: *será esbelta como tú*.

Y no la había engañado, porque la goleta resaltaba entre los buques del puerto, como Carmen entre las mujeres más bellas de Gijón.

V.

El día que se botó al agua fué un día de júbilo y de fiesta para la familia de Carmen. Hubo muchísimos convidados, porque se trataba nada menos que de un bautizo.

D. Jáime dió un banquete suntuoso en su casa de la calle Corrida, al que asistieron muchas personas de ambos sexos. Las señoritas de las primeras familias de Gijón se hallaban en aquella fiesta. La mesa estaba espléndidamente servida y decorada con fragantes macetas de flores colocadas en vistosos jarrones de china.

Carmen, con el calor, con la agitación, con el rubor que le producía el ser objeto de tantas miradas, aparecía más bella que nunca.

Su vestido de gró azul hacía resaltar de una manera deslumbradora su tez blanca y pálida como la azucena.

Al fijarse en su figura de ángel, todos los comensales de D. Jáime parecían experimentar una misma sensación; la del asombro.

¿Cómo no habían reparado en aquella niña hasta entonces? Hé ahí lo que se preguntaban.

Al llegar á los postres, la cordialidad y la confianza entre los convidados había llegado á su colmo. El ruido de las botellas de Champagne que se desconchaban, el ruido de las copas al chocarse, los golpes dados sobre las torres de dulce, convirtiéndose el cuchillo en piqueta, los brindis, las agudezas de sociedad, todo contribuía á la expansion y á la alegría.

Terminado el festin, los jóvenes de ambos sexos pasaron del comedor al salon.

Cármén estaba menos melancólica que otras veces. Encargada de hacer los honores de la casa quizá contrariaba su carácter para no aparecer displicente.

Los jóvenes que habia en el salon manifestaron deseos de que *tocara algo* en el piano y no se hizo de rogar.

V.

¿Qué tocó?

Una cosa muy sencilla, un wals.

Un wals de Straus, pero con un arte, con tal sentimiento que no podian escucharse aquellas espresivas notas sin sentirse poseido de una dulce melancolia, de un vago desear.

Quando terminó, todos aplaudieron, todos corrieron á felicitarla.

¿Todos?—No.

Tan solo uno habia permanecido en su asiento, en lo más escondido del salon. Tenia la frente reclinada en su tostada mano; pues se habia quitado el guante, y permanecia en una actitud que revelaba cierto ensimismamiento.

Despues levantó la cabeza, y sus ojos grandes y negros brillaron con una mirada de tristeza.

VI.

Este jóven formaba cierto contraste con los demás que discurrían por el salon. Vestía con cierta negligencia natural. Era alto, moreno, de ojos pardos, de negros y rizados cabellos y de sedoso bigote. Llamábase Mário.

Cuando Cármen tocó las primeras notas del wals de Straus levantó la cabeza; y despues la reclinó sobre el dorso de su mano y se conservó en esta posicion todo el tiempo que duró el wals.

VII.

Mário iba á ser el capitan de la goleta *Cármen*.

Tenia 25 años y se habia conquistado una brillante reputacion como marino.

Acababa de llegar de Valparaíso y habia servido de piloto en una fragata de la matrícula de Santander.

Sus antecedentes y las prendas de probidad y de valor que le adornaban decidieron á D. Jáime á nombrarle capitan de la goleta *Cármen*.

Mário no conoció á la hija del armador hasta el dia en que se botó al agua el buque que llevaba el nombre de aquella niña.

Pero al ver aquellos ojos, azules como el piélagó brillante que habia surcado tantas veces, aquella frente tersa y diáfana, aquellos bucles y el talle gentil de Cármen, Mário sintió una emocion desconocida.

Su corazón latió con violencia, descubriendo horizontes y paisajes en el mundo moral; con los cuales ni siquiera habia soñado.

Hubiera querido huir de Cármen y una fuerza desconocida rompía su firme voluntad y le arrastraba hácia ella de una manera irresistible.

Sin darse cuenta de ello, durante todo aquel dia de fiesta Mário se encontraba sin saber cómo cerca de Cármen, mirándola á hurtadillas con un aire marcado de tristeza y abatimiento.

¿Cármen habia reparado en él? Hé ahí lo que ignoraba Mário.

Un movimiento de la mirada de la jóven bastaba para que el marino bajase confusamente los ojos.

Cuando los convidados pasaron del comedor al salón, Mário entró de los últimos y aprovechándose de la animación que reinaba fué á sentarse en uno de los estremos.

Desde allí podia mirar á Cármen sin ser observado.

Al escuchar las armoniosas notas que Cármen arrancaba al piano, Mário tuvo una especie de éxtasis, un arrobamiento que jamás habia sentido.

Flotaron en su mente ideas tan vagas, y desconocidas, presagios de tal felicidad, que vió en toda su estension, en toda su belleza la utopía de amor, de la que tantas veces se habia sonreído incrédulamente.

Dejaron de percibirse las notas del wals de Straus y Mário soñaba todavía. ¡Ah! ¡cuán feliz era!

Cármen se levantó y las miradas de Mário se fueron tras ella.

Allí donde iba, iban con ella la luz, el perfume, la belleza y la poesía.

Una jóven ocupó despues el puesto de Cármen en el piano.

A Mário le pareció aquello una profanacion.

—¡Bailemos!—dijeron los jóvenes.

—¡Bailemos!—repusieron las niñas que habia en el salon.

Y se oyeron los preludios de una polka.

Mário no oía ni entendia: miraba.

Con la confusion de las parejas que pasaban á su lado, ni ver pudo ya.

Entonces examinó á las que bailaban.

Cruzaron una pareja, dos, tres...

Cármen bailaba.

De pronto rodó sobre la alfombra una pareja.

Mário se abalanzó y levantó, con la ligereza con que se levanta una pluma, á la hija del armador.

Por fortuna no se habia hecho daño.

Cármen dió tímidamente las gracias al jóven marino.

—Buen presagio,—dijo un vejete que se acercó al grupo.—Mário ha salvado á la Cármen antes de lanzarse á la mar.

Cármen se ruborizó y Mário volvió de nuevo á colocarse en su asiento.

VIII.

Al despedirse aquella noche el capitán de D. Jaime díjole este:

—Mário, espero á V. mañana en C. para darle algunas instrucciones.

C. es la pintoresca aldea, situada á media legua de Gijón en que el armador tenia su residencia habitual.

—Nosotros marcharemos muy de madrugada.

Mário se dirigió á su casa y no pudo dormir.

A las dos de la mañana se levantó: el insomnio le habia puesto febril.

Abrió la ventana de su cuarto. Le ardian las sienas y sentia una opresion que le obligaba á respirar el aire libre.

El firmamento estaba tachonado de brillantes estrellas: la brisa del mar, húmeda é impregnada de ácras olores, llegaba hasta él, así como el acompasado rumor de las olas que rompian en la playa.

Salió pues de su casa. ¿Dónde fué? Maquinalmente llegó á la acera de enfrente de la casa de Cármen. Allí se detuvo, cruzó sus brazos, permaneciendo largo rato en contemplacion.

Una luz muy ténue, como la de una lámpara salió por entre los quicios de un balcon. Aquel balcon daba á un gabinete, á un santuario, porque le habitaba ella.

Después retrocedió hácia el muelle subiendo en direccion á Santa Catalina.

Pero Mário interrumpió nuevamente su paseo.

A la luz de la luna podia distinguir balancearse en la mitad del muelle el casco de la goleta, cuyo mando le estaba encomendado

¡Cármén! Aquel buque le parecía ya sagrado, y no hubiera cambiado su nombramiento de capitán por el de almirante de la armada.

Mário subió lentamente la colina, deteniéndose de vez en cuando como para saludar aquellos dos objetos de veneración que quedaban detrás de él.

Una vez en lo alto de Santa Catalina, sentóse en el césped y arrojó su mirada sobre los dilatados horizontes.

Todos los rumores que se alzaban en el seno de la noche le parecía que tenían un nuevo atractivo para él. Las estrellas, el rayo lánguido de la luna, la silueta de las rocas, el caprichoso contorno de las nubes que flotaban en el espacio, acariciaban sus ensueños, prestándole sus encantos toda aquella naturaleza.

IX.

A las diez de aquella mañana partió para C.

Llevaba su caballo al galope: pero tardó más en recorrer el último medio kilómetro que en todo el resto del camino.

Nunca escollo alguno le había hecho temblar como aquella casa escondida entre rosas.

Llegó á la verja y llamó tan tímidamente que nadie se acercó á abrírsele. Hacían más ruido los latidos de su corazón que los golpes que daba con el picaporte.

Al fin se presentó un jardinero y le abrió, tomándole el caballo.

—¿D. Jáime?—preguntó al hortelano.

—Todavía no se ha levantado, pero se le avisará.

Apenas había dado Mário algunos pasos en la escal-

nata de piedra que dá entrada á la casa, cuando vió sobre su izquierda en el jardín flotar una falda blanca. La mirada de Mário retrocedió instantáneamente.

Era ella; ¿pero le habia visto? Nó.

Estaba demasiado ocupada en visitar sus flores.

Hacia ocho dias que no las acariciaba con sus manos y que no inclinaba su rostro sobre ellas.

Cármen no observó la presencia de Mário.

Advirtió sí despues que la verja habia quedado abierta. Iba ella misma á cerrarla cuando el jardinero, que habia cometido este descuido, venia á repararlo.

—Juan, ¿quién ha entrado?

—Señorita, el que dicen que va á ser el capitán de la goleta del amo.

Otro que no hubiera sido el jardinero Juan, hubiera observado un movimiento extraño en el semblante de la jóven.

En vez de subir por la escalinata de piedra, Cármen entró en la casa por una puertecita de la izquierda en donde solía tener su labor y algunos libros.

Era su ánimo permanecer allí hasta que el golpe que daba la verja al cerrarse le anunciara que Mário habia salido.

Cármen tomó su labor y se puso á coser, pero no podía; sus pupilas se quedaban fijas, indicando la concentracion de un pensamiento. Despues dejó la labor y cojió el libro.

Tampoco consiguió fijarse en la lectura. Estaba impaciente é intranquila.

Trascurrió una hora sin que la verja resonase, y fué para ella esa hora un período inmenso de tortura.

Al poco rato oyó resonar la verja y pareció quitársele un peso del corazón. En el mismo instante bajó un criado

para avisarla que el almuerzo se hallaba en el comedor.

Cármén subió, loca de alegría, la escalera de caracol que salía al mismo comedor. Ya no tenía que ruborizarse. Él había marchado.

Al entrar en el comedor oyó una voz que encendió su rostro, coloreándole con el color de la grana.

Una voz tímida y apagada. Era la de Mário que la saludaba.

Cármén contestó con esta exclamacion de sorpresa: ¡Ah!

—Mário almorzará con nosotros,—dijo D. Jáime, sin reparar en ninguna de aquellas emociones.

Mário estaba profundamente cortado y procuraba reponerse. Cármén se sentó silenciosamente á la derecha de su padre, que invitó al marino á que lo verificára á su izquierda.

Estaba tan torpe que derramó una copa de Burdeos, y con gran admiracion de D. Jáime no quiso probar el vino. Mário estaba tembloroso, y no se atrevia á tomar la copa por miedo á que D. Jáime observase su emocion.

Cármén no desplegó los lábios.

D. Jáime, que era de suyo bastante locuaz, suplió la reserva y el silencio del capitan y de su hija.

Mário partió terminado el almuerzo.

Los dos jóvenes se despidieron con un movimiento de cabeza, pero en este movimiento se encontraron sus miradas.

X.

Al oscurecer de aquella tarde, *Cármén* paseaba en la playa con su doncella. En tanto que esta, jóven como *Cármén*, corría locamente al borde de las ondas, la hija del armador escribía sobre la arena un nombre: el de *Mário*, que borraba apresuradamente cuando *Luisa* corría hácia ella.

XI.

La goleta estaba ya bastante adelantada. Su vistoso y gentil aparejo hallábase á punto de quedar terminado.

Mário pasaba todo el día á bordo, presenciando todos los trabajos.

D. Jáime no había perdonado gasto alguno para que la goleta fuese digna del nombre que llevaba.

La *Cármén* parecía un dije. La empavesada tenía unos rosetones dorados, campeando en campo azul de un efecto soberbio. En la popa veíase una corona de relieve formada por dos palmas y dentro el nombre del buque.

A los costados llevaba el buque dos blancos esquifes, cuya proa terminaba en una cabeza de cisne.

Las planchas de bronce en que se hallaba forrada la empavesada relucían como el oro.

En cuanto á la cámara, de figura octógona, era una especie de retrete oriental. Tenía en el centro una lindísima mesa de balance y en cada lado del octógono ha-

biase colocado un espejo, á los cuales servia de marco una especie de guirnalda tallada en la madera.

Decoraban ambos lados de la entrada unas magnificas otomanas de seda carmesí, y pendiente del techo balanceábase suavemente una lámpara vistosisima.

La cámara debia ser esclusivamente ocupada por el capitán de la *Cármén*.

El piloto tenia su habitacion en la toldilla.

Todo el dia estaban entrando personas en la goleta para admirar el interior del buque, y todos salian admirados del buen gusto que habia presidido á su decoracion.

Desde el dia en que Mário habia almorzado en casa del armador, tuvo ocasion de ver á Cármén en dos ó tres ocasiones.

D. Jáime fué con su hija á visitar la goleta y, como era natural, Mário estuvo con ellos. Él fué el que al bajar la escalera de la cámara dió la mano á Cármén.

¡Ah! El contacto de aquella mano habia estremecido con un deleite dulcísimo su corazon.

Por primera vez cambiaron los dos jóvenes algunas tímidas palabras.

Pero Cármén estaba más melancólica que nunca.

Mário, por el contrario, rebosaba de felicidad.

Miraba con una atencion pueril los objetos que Cármén tocaba, porque queria llevar un tesoro de recuerdos y decir cuando estuviera lejos, muy lejos de aquellas playas: «Esto lo ha tocado ella.»

XII.

Cármén era tan niña que no sabia definir qué clase de sentimiento habia despertado en su corazon el semblante de Mário.

Desde que comprendió que la vista de Mário la ruborizaba, huía de él como ya hemos visto.

Pero ¿por qué la ruborizaba la presencia de Mário? ¿Por qué la esquivaba, si despues se recreaba con su imágen, recordando sus ojos pardos, y su varonil cabeza?

Desde la noche del baile, Cármén sentia una idea fija dentro de su imaginacion.

Al verse dentro de la goleta, una nube sombría pasó por la frente serena de aquella niña.

—Salgamos, salgamos,—esclamó asiéndose del brazo de don Jáime.

Como era pleamar y el buque se balanceaba demasiado, se creyó que aquello le produciria algun mareo.

En efecto, Cármén estaba muy pálida.

No era mareo lo que sentia.

Reflexionaba que, dentro de algunos dias, el ligero casco de la goleta iria á luchar con las olas, ¡y ella las veía irri-tarse con tanta frecuencia!

Al regresar á su casa, Cármén confió al papel sus sentimientos y escribió:

«¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! velad por él.»

Esta plegaria dice bien claro que Cármén amaba á Mário.

XIII.

Algunas páginas de los recuerdos é impresiones de Cármen podrán guiarnos mejor en la narracion de estos amores nacies. Leamos.

LUNES.

«Ayer ha entrado papá muy enfadado y me ha dado un rato de verdadera alegría. Han tenido que echar abajo todo el aparejo de la goleta. Dicen que tenia demasiada guinda y que no podria soportarla. Con este motivo se retrasará la salida y podré ver á Mário más tiempo.

XIV.

VIERNES.

Hoy volvemos á C. ¿Por qué no siento la alegría que otras veces me causaba el dejar esta casa? No lo sé.

El jueves le he visto. Ha estado un momento á mi lado. Quería decirme algo y se ha turbado. «Yo..» No completó la frase.

El domingo es la romería de C. ¿Irá?

XV.

VIERNES POR LA TARDE.

¡Qué horrible está el mar! Le estoy contemplando desde el mirador y me causa miedo. Algunas veces se levantan

olas como mónstruos formidables y se derrumban como montañas que les faltase el punto de gravedad.

¡Ah! es necesario que separe de mi corazón la imagen de ese hombre, es necesario que le olvide. Sí, sí. Cuando él esté en la mar, moriría cada vez que viera desde aquí erguirse esas olas que abren tan negros abismos.

XVI.

Hay en C. todos los años una romería muy concurrida. Gijón en masa se despuebla y corre á divertirse á aquellas magníficas praderas.

La quinta de D. Jáime fué el punto de reunion de numerosas familias, gracias á la liberalidad del armador de la goleta *Cármen*.

Los más habian acudido desde por la mañana para asistir á la funcion religiosa.

La iglesia de C., situada en una pequeña colina, hallábase rodeada de aldeanos, que vestian sus pintorescos trajes de dia de fiesta. El púlpito, cubierto con un paño riquísimo, se ostentaba en una de las columnas del átrio, por ser muy reducida la iglesia. Oíanse á cada momento resonar en el aire los cohetes y los tiros con que allí se solemnizan las funciones; y los ecos de la gaita, del tambor y de las panderetas, vertian la animacion y la alegría entre los campesinos.

A cada instante llegaban á C. nuevas caravanas de buen humor, dispuestas á divertirse.

Los vendedores de frutas y dulces empezaban á tener despacho, y los puestos de sidra enseñaban sus pipas enramadas á los aficionados.

Cármén nunca oyó misa con tan poca devocion como aquel dia. Veíasele pasar muchas veces su mano de afilados dedos por su frente, como para separar un recuerdo importuno.

Despues de la misa se sirvió en su casa un abundante almuerzo.

Ella, que el primer dia que Mário estuvo en C. esperaba con tanta impaciencia oír el ruido de la verja que habia de indicarle su salida, se volvía ahora con ansiedad al rumor de los golpes de la verja esperando ver entrar á Mário.

Eran ya las cuatro de la tarde.

El capitan no llegaba.

Cada minuto que trascurría era un momento de desesperacion para Cármén.

A las cuatro y media se pusieron todos en marcha para los alrededores de la iglesia.

La animacion habia llegado á su colmo.—Abundaban los bailes, las danzas, las giraldivas.—Aquí retozan unos sobre la pradera, más allá se veía un gran corro de gentes merendando sobre la yerba. En otra parte se bebían sendos vasos de sidra, acullá se promovía una pendencia, y al otro lado se subastaban los ramos y se oía la voz gangosa del sacristan que tenía una hora en los lábios la frase sacramental *de buen provecho le... le...* sin determinarse á terminarlo con la palabra *haga*, hasta que no se cercioraba hasta la saciedad de que no habia mejor postor.

Cármén, que estaba profundamente triste, sintió aumentarse su tristeza ante aquel cuadro de animacion y vida.

Todos se hallaban contentos, menos ella.—La alegría de los demás, aumentaba su tristeza. Era, digámoslo así, la sombra de aquel cuadro espléndido.

Mário, aunque invitado por D. Jáime, habia tomado la resolucion de no ir á C.

—¿A qué dar incentivo á este loco amor?—dijo reflexionando.—De estas nubes de color de rosa que acarician mi fantasia puede formarse mañana una tormenta que destroce mi corazon.

Mário vió desfilár á todo Gijon, y se mantuvo fijo luchando contra aquella corriente que queria arrastrarle á C.

Cuando estaban ya en la romería, D. Jáime dijo á Cármen:

—Pues no viene Mário.

La jóven no contestó. Estaba sumida en una especie de abatimiento, que hubiera sido fácil de advertir, si la loca alegría que reinaba permitiera la observacion.

Formóse inmediatamente un inmenso corro para bailar la giraldilla. Entraron en ella todos, sin distincion de sexos ni edades. El mismo D. Jáime *echó una cana al aire* en celebridad del patron de su parroquia.

Cármen, más bien arrastrada por el barullo, que por su voluntad, se encontró dentro del corro. No puso resistencia, y se dejó ir empujada por los que daban vueltas.

De pronto, y cuando el corro se detuvo, oyó su nombre y que uno de los jóvenes que estaban dentro del corro la invitaba á bailar.

El corazon de Cármen latió con violencia: era él, era Mário.

¡Oh alegría!

XVII.

¿Cómo había ido Mário á C. despues de su resolucion?
Digámoslo.

Aunque consiguió sustraerse al principio á la tentacion, varias causas le obligaron á romper el compromiso que habia adquirido consigo mismo.

Fue á buscar al piloto de la *Cármén*.

—¿El piloto?—le dijo una buena señora, ya anciana.—
¿El piloto? Hace cuatro horas que ha salido para C.

Mário se acordó entonces de otro amigo y corrió á buscarle.

Tambien habia ido á la romería: Gijon estaba lo que se llama desierto.

Mário entró en el cafe; pero no habia en él una sola persona.

Segun costumbre, sirviéronle una taza de café. Despues del café Mário, siguiendo una tradicion constante entre los marinos, tomó una copa de ron. Pero aquella vez no le satisfizo una copa y volvió á llenarla, y despues bebió una tercera.

Mário habia animádose por instantes.

De pronto golpeó sobre la mesa. Vino el mozo, pagó y se fué á buen paso, casi á la carrera.

¿Dónde iba?

Fácil era adivinarlo por el camino que habia tomado:
iba á C.

Renunciar á ver á Cármén cuando ya le concedia dulces y tiernas miradas, imposible.

—El timon esta aquí;—dijo hablando consigo mismo y señalando con la palma de su mano el corazon.

Mário marchaba velozmente.

Al pasar por C. no entró en casa de D. Jáime, sino que se fué directamente á la romería.

Llegó á la giraldilla en la cual se hallaba Cármen, penetró dentro del corro, casi sin ser notado, á causa de la confusion, y sacó á bailar á su amada. Entonces tuvo ocasion de decirla rapidamente:

—Necesito hablar con Vd.

Cármen entró dentro del corro como es costumbre en la giraldilla, y Mário pasó á formar la rueda.

La tarde estaba ya bastante avanzada: el crepúsculo empezaba á derramar sus ligeras sombras.

La giraldilla terminó, efectuándose poco despues la más completa dispersion.

Reuniéronse las personas que habian estado convidadas en casa de D. Jáime, y marcharon en direccion á la quinta.

Faltaba el refresco, que era como el *rendez vous* para la despedida.

En el corto trayecto que se recorre desde la iglesia á la casa de campo de D. Jáime, Mário marchó al lado de Cármen, silencioso, sin desplegar los lábios, porque iba rodeado de unas cuantas personas.

El refresco estaba dispuesto en el mismo jardin, iluminado por farolillos de colores.

Sirviéronse dulces, helados y chocolates.

Mário aprovechaba todos los instantes de alguna confusion para inclinarse sobre el oido de Cármen, para pronunciar rápidamente algunas palabras.

¡Pero aquellos momentos de felicidad suprema fueron tan rápidos!

El primero que recordó que ya era tarde, apareció á la vista de Mário como un ladron que le robaba su felicidad.

Al despedirse, Mário estrechó suavemente la mano de Cármen, que dejó caer una flor que tenia entre sus dedos.

Mário la recojió, pero no se la devolvió.

Aquella flor, despues de lo que Mário habia dicho al oido de Cármen, significaba para él:

—Te amo.

Y ser amado de Cármen, era ser amado de Dios y de toda la naturaleza.

XVIII.

DOMINGO POR LA NOCHE.

¡Me ama! Yo tambien le amo. ¡Ah! el mar me parece horrible: el rumor que hacen las olas en la playa, ese mismo rumor que encontré tantas veces agradable, que tantas veces me ha adormecido suavemente, me parece la horrible respiracion de un mónstruo que duerme en la costa.

¡Oh! si Mário no hubiera venido el dia de hoy habria sido para mí un dia bien triste. ¡Pero ha venido, le he visto y me ha dirigido palabras tan dulces!...

Acaba de marchar y solo pienso en volver á verle.

XIX.

Mário regresó aquella noche á Gijon con una alegría que rayaba en locura.

De cuando en cuando aplicaba sus lábios á la rosa que habia estado en las manos de Cármen y la besaba con respeto.

Miró las estrellas, las nubes, para grabar en su memoria los detalles de aquella noche de felicidad suprema.

Observó hasta de donde venia la brisa y en donde ponía su planta.

Cuando entró en su gabinete colocó la flor en la mesa, no cansándose nunca de contemplarla y acariciarla.

Aunque nunca habia hecho versos, sintió una gran necesidad de traducir en el lenguaje de la poesía, algunos de los afectos de que se hallaba impregnada su alma.

Pero todo le parecia frio, lánguido, prosáico. No encontraba además espresion para las ideas vagas, fantásticas y llenas de perfume que bullian en su imaginacion.

Borró todo lo que habia escrito, abrió el balcon y se puso á mirar el cielo, á hablar consigo mismo, á soñar.

El que habia vivido en el mar y que padecia una especie de nostalgia cuando se encontraba fuera de su elemento, le contemplaba ahora con indiferencia.

Mário estaba trasformado.

Se desconocia á sí mismo.

El desden que de ordinario sentia hácia las gentes de tierra, se habia cambiado en un sentimiento de envidia.

XX.

Un día, la goleta apareció empavesada desde la punta del votalon, al palo mayor, desde la mayor á la cruceta. Lucía además de los pabellones de todos los países, y de las banderas de matriculas, otras pintorescas y caprichositas, sin contar los oriflomas y gallardetes.

La goleta vestia todas sus galas.

Estaba á la carga, y en breve debía hendir con su cortada proa las procelosas ondas del Océano.

Cármen estaba en Gijón.

Era ya cerca del otoño.

Mário, con el pretexto de hablar con D. Jáime, había podido tener algunas conferencias con la hija del armador, conferencias mudas, en las cuales solo había algunas palabras entrecortadas, intensas miradas, tal vez alguna lágrima de ternura.

Se amaban con el profundo amor de los corazones puros, con la religión de la poesía, con el perfume de dos flores que abren sus corolas á un mismo rayo de sol.

Pero en el fondo de aquella copa de ventura y de felicidad, había una gota amarga.

Cuando Cármen veía aquellas banderas de colores que el viento agitaba en los topes de la goleta, Cármen sentía que se le oprimía el corazón y que le faltaban las fuerzas.

¡Pobre niña! ¿Cómo no había de estremecerse su corazón, si el varonil de Mário no se hacía superior al sentimiento de tristeza que ponía en conmoción todas sus fibras ante la idea de la ausencia?

XXI.

La última vez que Mário vió á solas á Cármen fué tres ó cuatro días antes de hacerse á la mar.

Cármen tocó en el piano el wals de Straus.—Algunas veces se interrumpían las notas. Era que se enjugaba las lágrimas.

Una de aquellas lágrimas rodó sobre la mano de Mário.

XXII.

Un buque nuevo que se lanza á la mar, es un acontecimiento en Gijon.

Los paredones del muelle se llenan de gente, y luego cuando el buque ha traspasado la barra, todas aquellas personas corren apresuradamente, y van á coronar la montaña de Santa Catalina, desde donde pueden seguir con sus miradas el buque hasta que se pierde en el horizonte.

Todos los vecinos de Gijon abandonaron por unos cuantos momentos sus habituales ocupaciones para ir á presenciar la salida de la goleta.

La *Cármén* estaba más gentil que nunca.—Era la admiracion de todos, y arrancaba las más lisonjeras frases.

—Hé ahí la perla de Gijon.

—Es un cisne.

—¡Qué airosa!

—¡Qué gracioso aparejo!

—Pues ¿y el casco?

Cuando el molinete empezó á recojer las amarras, el muelle estaba materialmente cubierto de gente.

Mário estaba en la popa, de pié, con la cabeza descubierta, ordenando las maniobras. Llevaba unas botas de agua y una blusa azul. Si tuviera la barba negra, hubiérase creído que era Canaris disfrazado á la europea.

En su frente espaciosa dibujábase una nube sombría.

Pocos momentos despues, la goleta se hallaba en la mar. Un ligero viento rizó sus velas, teñidas de ese tinte amarillento que tienen las lonas nuevas.

XXIII.

D. Jáime y Cármen estaban en el mirador de la quinta. Cármen miraba atentamente con el anteojo fijo en la goleta.

Tenia el rostro pálido como la muerte, y se hallaba tan convulsa que se veía precisada á colocar el anteojo sobre la barandilla.

Mário desde la cubierta la contemplaba tambien. Por un momento dejó de mirar y agitó su pañuelo en el aire.

Cuando volvió á tomar el anteojo ya no vió á nadie en el mirador de la quinta de D. Jáime.

¿Se habia retirado Cármen ?

—¡No! la habian retirado á consecuencia de un desmayo.

XXIV.

La *Cármen* habia tenido un viaje felicísimo.

La brisa acariciaba sus blancas lonas, y el mar rizaba ligeramente sus olas cortadas por la proa de la goleta, con la velocidad de un eskuife.

¡Qué noches tan espléndidas! Mário las pasaba sobre cubierta sumido en poéticos y amorosos ensueños.

Tenia siempre vuelta la cabeza hácia el punto en que quedaba el objeto de su adoracion.

Muy pocos dias bastaron para que la goleta diese fondo en el puerto de Liverpool.

Liverpool es una ciudad galana, participa algo del carácter de sus mujeres de blanco y sonrosado cutis y cabellos de oro, pero es como ellas fria y poco expansiva.

La goleta fué admirada en aquel puerto y se estrañaba ver en ella desplegado el pabellon español, porque la *Cármen* era digna de los astilleros de la orgullosa Albion.

Márió saltó en tierra, y escribió al armador su feliz arribo.

Pero estaba impaciente y esperaba por momentos la hora de lanzarse nuevamente al mar para volver á Gijon.

Un día, más propiamente hablando una noche, al retirarse á la fonda en que se hallaba alojado, Márió se detuvo de improviso en una calle.

Acababa de percibir las primeras notas del wals de Straus que habia oido tocar á *Cármen* con tanta maestría y sentimiento.

Recojió hasta el aliento para poder escuchar mejór aquellas armonías celestiales que traian á su mente la imágen candorosa de *Cármen*.

Márió escuchó con nueva atencion, para cerciorarse de donde salian aquellos mágicos sonidos. Despues, como saliendo de la espectacion en que se encontraba, miró hácia su derecha.

Por aquella parte habia una tapia que daba á un jardin; en la tapia habia unas ventanas con rejas de hierro. Márió se asió á las rejas y escaló la tapia, bajándose al jardin. Una vez en el jardin, examinó si habia gente en él, y cuando se convenció de que se hallaba solitario, encaminó sus pasos hácia una ventana por la cual salian los resplandores de una lámpara.

Entonces pudo oir más distintamente las notas que tanto le embelesaban.

Al llegar á la ventana, separó las cañas que enramaban las rejas, y arrojó una mirada dentro de la habitacion.

Mário apenas pudo sofocar un grito de admiracion, de sorpresa, de entusiasmo, en fin.

Veamos la causa.

En aquella estancia, lo primero con que habian tropezado sus ojos, fué con una jóven alta, sentada en frente de un piano. Aquella jóven rubia y pálida, parecia hermana gemela de *Cármén*. Tenia como ella grandes y rasgados ojos azules, bucles enortijados y tersa y melancólica frente.

Mário ante aquel retrato vivo de su amada, creyó que era víctima de un sueño, de una fascinacion. Se restregó los ojos, se pasó las manos por la frente, y cuando vió que la imágen no se desvanecia, una sonrisa se dibujó en sus lábios, y tembló de emocion y alegría. Despues se puso á contemplar con religioso recojimiento.

Por un instante la jóven dejó de tocar el piano; su frente se oscureció con una nube de melancolía. Reclinó la cabeza en el dorso de la mano, y una lágrima rodó por sus mejillas como una perla.

Mário ¿por qué ocultarlo? lloró tambien.

¿Quién sabe? Quizá aquellas lágrimas eran ocasionadas por un mismo sentimiento.

El jóven marino la contemplaba con un ensimismamiento religioso. ¿Era realidad lo que veia? Algunas veces dudaba y se creia víctima de una fascinacion.

La jóven volvió á pasar sus blancos y sonrosados dedos por el teclado.

El wals de Straus continuó.

Mário hubiera estado una eternidad pegado á los hierros de aquella mágica ventana, si la vision hubiera permanecido en la estancia.

Cuando el capitán de la *Cármén* se retiró llevaba el alma trasportada, la felicidad en el semblante.

Escaló la tapia del jardín y se halló en la calle.

XXV.

Cármén pasaba en su quinta tristes y melancólicos días, y más tristes y melancólicas veladas.

Empezaba la estación del invierno.

Densas y plomizas nubes encapotaban el espacio, y las olas mugían en la playa casi siempre con aterrador estruendo.

Las flores no ostentaban ya en el jardín sus matices, los árboles enseñaban sus cañas, desnudas constantemente, agitadas por el viento, lo cual producía un rumor lúgubre. Parecía que una serpiente monstruosa silbaba á todas horas en aquellos parajes.

Cármén sufría horriblemente. Cada vez que desde lo alto del mirador contemplaba el irritado mar de la Cantabria, tan imponente, tan altivo, tan amenazador, rodaban de sus ojos gruesas lágrimas.

Cuando la tormenta arreciaba, cuando aquel mar tan propenso á irritarse parecía querer escalar el cielo con sus verdi-negras olas, Cármén bajaba aterrada á la capilla, se postraba ante la Virgen del Recuerdo, y oraba con el fervor de los ángeles.

Desde que Mário había salido del puerto, lucía siempre en el altar un cirio rizado, engalanado con cintas y con flores.

Al recibir D. Jáime la carta en que Mário le comunicaba su feliz arribo á Liverpool, Cármén bajó desalada á dar gracias á la imagen á quien adoraba como á la Virgen de sus castos y pudorosos amores.

XXVI.

Un día D. Jáime tuvo una conferencia con su hija, una conferencia grave, solemne.

Cármen escuchó de los lábios de su padre un lenguaje que apenas comprendía.

D. Jáime quería casar á Cármen.

Hacia algunos días había llegado á Gijon un americano que fué espléndidamente obsequiado por D. Jáime. Este americano regresaba con una fortuna colosal. Don Jáime creyó que era una conveniencia para su hija, y el americano á su vez creyó que la jóven, linda y rica, era un buen partido para él.

—Tiene Vd. una niña encantadora.

De esta frase espresada con seriedad, nació un proyecto de matrimonio.

El padre y el pretendiente se entendieron.

D. Jáime creyó que era la cosa más fácil disponer de la mano de su hija.

En la primera conferencia que tuvo con Cármen, la pobre niña inclinó la cabeza, y como no se le exijia contestacion alguna, permaneció muda.

El prometido era un hombre que no molestaba á Cármen con galanterias. Acostumbrado á los negocios comerciales, se creyó dispensado de todo, cuando arregló el asunto con D. Jáime.

XXVII.

La pobre niña no cesaba de llorar; pero lágrimas pudorosas que derramaba en secreto.

Redoblaba sus visitas y sus oraciones á la Virgen del Recuerdo.

Al subir una tarde del oratorio, encontró á su padre que la dijo:

—La *Cármen* ha salido de Liverpool el dia 25. Aquí tengo la carta mandada echar por Mário en el correo, en el momento de su salida.

El semblante de *Cármen* se animó con una singular expresion de alegría.

D. Jáime continuó:

—El dia de la entrada de la goleta se celebrará tu enlace.

La punta de un puñal que hubiera desgarrado el seno de la jóven, no hubiera alterado más mortalmente su semblante.

Sin embargo, *Cármen* no lanzó ni un suspiro, ni una queja. Inclinó la cabeza, y confió en la Virgen.

XXVIII.

En efecto, se hicieron todos los preparatorios para el himeneo. El dia menos pensado aparecería la goleta en el horizonte, y aquel dia quedaria consumado el matrimonio.

¡Horrible idea!

La aparicion de aquel buque que ella habia esperado con tanta ilusion, que habia visto cien veces en plácidos ensueños surcando las olas, impelido por el viento propicio, iba á ser el terrible mensajero de sus desdichas.

¿Qué hacer? ¿Desobedecer á su padre?

¡Ah! ¡Cómo combatian los encontrados sentimientos en el corazon de *Cármen*!

Ni se sentia con fuerzas para resistir ni para resignarse.

XXIX.

El aspecto que ofrecía la atmósfera al declinar la tarde del 4 de noviembre, no podía ser más siniestro. Cárdenos relámpagos seguidos de horrisonos truenos, y un huracán que hasta arrancaba de cuajo los arbustos, olas que se alzaban como gigantes y que se estrellaban contra las rocas de la playa y que levantaban una nube de blanca é hirviente espuma; las gaviotas graznando é internándose en la costa, como si temieran caer desvanecidas en los abismos que abría en su seno el Océano, tal era el siniestro anochecer de aquel día.

Con la noche, acreció la tormenta.

Cármen subió al mirador.

Creía que desde allí estaba más cerca de Dios, y oraba deshecha en lágrimas.

¿Por quién dirigía sus fervientes plegarias al cielo? Por él, por Mário, por el mismo que estaba muerto ya para ella.

Cuando despues de una larga plegaria se puso en pié, arrojó una mirada á través de la galería de cristales.

La noche estaba oscura como un abismo. Cármen la contempló aterrorizada. Vió sin embargo á lo lejos un pequeño fulgor como el de un fuego fátuo. Aquel fulgor opaco algunas veces se extinguía, pero volvía á aparecer.

Cármen le contempló con avidez; pero la intensidad de un relámpago la ahuyentó. En el mirador había un Crucifijo de marfil, iluminado por dos velas de cera, encendidas tambien por la piedad y el amor de la pobre y enamorada niña.

XXX.

El punto luminoso que *Cármen* había distinguido desde lo alto del mirador, le producía un farol colocado en el tope del palo mayor de la goleta *Cármen*.

El pobre buque cojido bruscamente por la tempestad, pedia socorro á los hombres por medio de aquella luz, al cielo por medio de las oraciones.

Mário estaba en pié, y al fulgor de los relámpagos destacábase su figura majestuosa como la del hombre que se resigna, pero que no abdica de su naturaleza viril y enérgica.

La tripulación, atada por la cintura para impedir que las olas la arrastrasen, deliberaba en aquellos momentos supremos.

Se picaron los palos y la luz del farol fué á apagarse en el seno de las embravecidas olas.

Un golpe de mar despojó á la *Cármen* del timon.

Todo se había perdido.

El huracan empujaba el buque á su antojo, como si fuera una cáscara de nuez.

Mário se cruzó de brazos é inclinó la cabeza.

Al cabo de un momento, la volvió á levantar y la fijó en una luz.

Era la que despedían las dos velas que alumbraban el Santo Cristo de la habitación de *Cármen*.

De un instante á otro el buque chocaría contra las peñas, y saltaría en cien astillas.

Era necesario cortar las cuerdas que lo amarraban.

Un grito de terror salió de la goleta: un grito que ahogó el choque violento que produjo el casco de la *Cármen* al estrellarse contra los arrecifes.

Después, unas cuantas tablas deshechas chocaron entre sí.

XXXI.

Cármén pasó aquella noche insomne, febril. Su corazón latía con terrible violencia. Saltábansele las sienes.

Hacia el alba, la tempestad había cedido. Solo las olas seguían implacables é irritadas.

Cármén que no se había desnudado saltó del lecho como una loca.

Entró en la habitación de uno de los criados y le ordenó que le siguiese.

El criado la miró con estrañeza.

Los ojos de la jóven brillaban con una espresion que tenía algo de siniestra.

El criado no se atrevió á rehusar.

D. Jáime estaba en Gijon, y desobedecer á Cármén, era desobedecer al señor.

XXXII.

Por entre un horizonte cubierto de nubes desgarradas y cenicientas, empezaba á rayar la aurora.

El camino que desde C. va á Gijon, sigue constantemente á orilla de la playa. Este camino era el que tomaron Cármén y el criado, que seguía estupefacto sus pasos.

La hija de D. Jáime corría como una loca.—¿Lo estaba en efecto? El criado lo afirmaba para sus adentros.

Cármén hablaba consigo misma en voz alta y con exaltación. Echaba á correr y se detenía de pronto para registrar con ávida mirada el horizonte.

De pronto se detuvo.

Acababa de tropezar en un objeto extraño. La jóven recojió aquel objeto con avidez.

Despues dió un grito y cayó sobre la arena.

Era el rótulo de la *Cármén* que las olas habían arrojado sobre la playa.

XXXIII.

Juan, el criado, no tuvo tiempo más que para arrojarse sobre la señorita, para recojerla en sus robustos brazos. Ni reparó siquiera en aquella tabla fatal.

A los pocos pasos, Cármén abrió los ojos. Aquellos ojos azules de dulce espresion, centelleaban como dos carbunclos: Hasta parecía que habían cambiado de color.

La jóven dió un sacudimiento nervioso y se desasíó de los brazos de Juan. Despues corrió frenética á lo largo de la playa, pronunciando en un grito agudo y lastimero el nombre de Mário.

—¡Mário! ¡Mário! ¡Mário!—esclamaba Cármén entrando por entre las peñas.

Juan la seguía á todo escape aflijido y llorando, porque la amaba tierna y lealmente. Pero la pobre niña no cesaba de correr repitiendo: «¡Mário! ¡Mário!» Cármén llevaba los vestidos desgarrados y el cabello suelto. Se la hubiera tomado por una bacante si no resplandeciera en su frente el pudor en su misma desesperación.

A sus gritos respondían las olas, y cuando coincidía su inmenso rumor con su voz, se desesperaba, y de la de-

sesperacion sacaba un acento agudo y penetrante que se levantaba por encima del bronco mugir de las rompientes.

Uno de estos gritos fué contestado.

Al *Mário* último que pronunció contestó una voz apagada. Aquella voz, ténue como un suspiro, fué percibida por el oído de la jóven.

XXXIV.

Era la voz de *Mário*.

Mário habia luchado brazo á brazo con la tormenta. Nadando unas veces, agarrado á los despojos del buque otras, habia llegado á la playa.

Pero ¿cómo? moribundo. Estaba escondido entre dos rocas, exánime, sin fuerzas, habia percibido el acento de *Cármén*, no hubiera sentido el estridor de un trueno que estallase á su oído. La voz de su amada llegó á su corazón sin pasar por sus sentidos.

XXXV.

La pobre niña se arrojó sobre *Mário*, tomó sus manos ensangrentadas, acercó sus lábios á sus lábios. Los ojos del náufrago brillaron con ese fulgor que adquieren las pupilas un momento antes de apagarse para siempre.

Entre tanto Juan habia corrido hácia la quinta gritando como un loco, pero no tardó en volver seguido de bastantes aldeanos.

Todos se detuvieron ante la conmovedora escena que presenciaron.

Cármén estaba al lado de *Mário*. La cabeza de este

descansaba en el regazo de la jóven, y ambos se contemplaban en silencio y como fascinados.

Los aldeanos trazaron un círculo y contemplaron aquel cuadro desconsolador con los ojos arrasados en lágrimas, y con el corazón estremecido por el dolor.

XXXVI.

De pronto los espectadores de aquella tierna, al par que dolorosa escena, lanzaron un grito.

—¡D. Jáime!—dijeron á un tiempo.

El padre de Cármen enlazó las manos y clavó una mirada intensa en su hija y en el pobre náufrago, una mirada sentida que pudiera traducirse en esta frase:

—¡Le amaba!

—Ya lo ves, papá, ya lo ves;—esclamó la pobre niña. —¿No esperabas para que me desposára á que llegára la goleta? Pues bien; échanos tu bendicion.

—Cármen,—replicó D. Jáime con desesperacion;—¡hija mía! mi bendicion y la del sacerdote. Pero, por piedad, serénate.

—¡La bendicion! ¡la bendicion!—esclamó la niña sintiendo que el aliento de Mário se apagaba;—la bendicion.

Hubo entonces un momento de religioso silencio. Don Jáime avanzó algunos pasos, y estendió sus manos sobre la cabeza de los dos jóvenes. Los aldeanos se arrodillaron.

—Ahora,—dijo Cármen hincando una rodilla en tierra, y fijando sus ojos en el cielo;—ahora roguemos por él. Mário acabó de exhalar su postrer aliento.

XXXVII.

Las mejillas de Cármen no volvieron á brillar con sus hermosos matices.

Los paternales cuidados de D. Jáime para curar el alma de la jóven, fueron inútiles.

En vano recorrió la Italia con ella; en vano la llevó á la córte rodeándola de lujo; en vano apeló á cuantos recursos le señalaba la ciencia.

Cármen sucumbia lentamente como la flor sobre la cual el sol no derrama ni uno de sus ténues rayos.

—Volvamos, volvamos á C., padre mio,—le decia tristemente á D. Jáime.

XXXVIII.

Y en efecto, los dos regresaron á aquella hermosa aldea.

Pero la pobre niña llevaba la muerte impresa en su pálida frente, y en el lánguido mirar de sus ojos. Su cabeza era como una hermosa azucena que se cae marchita sobre el tallo.

XXXIX.

Un dia de primavera cuando el sol lo fertiliza todo, cuando los pájaros gorjean dulcemente y los botones de las flores se trasforman en perfumadas rosas, Cármen llamó á su padre.

—Papá,—le dijo,—quiero pedirte el último favor.

D. Jáime derramó una lágrima en tanto que besaba enternecido de dolor una mano de su hija.

—Siento aproximarse mis últimos momentos... Haz que me conduzcan en esta misma butaca, allí... donde él espiró.

—¡Pobre hija mía!—esclamó D. Jáime entre sollozos: —ahora mismo se cumplirá tu voluntad.

Y cuando Cármen se encontró en el mismo sitio en donde hallára á Mário despues del naufragio, abrazó la cabeza de su padre y exhaló su último suspiro á la manera que la flor exhala su perfume.

Cármen habia cumplido el último deseo de su amor: morir cómo él, como su amante, *sobre la playa*.

UN FOSIL DE LOS PASADOS SIGLOS.

I.

En la cresta de una colina que se levanta sobre un ameno valle, que baña el apacible Eo, se halla situada una antigua casa, resto venerable del feudalismo, que á pesar de los siglos que han trascurrido se encuentra en un estado admirable de conservacion, desafiando atrevida la accion del tiempo. Pudiera decirse que este pasó ante sus macizas paredes sin hacer más que rozarlas, presentando como una protesta contra las innovaciones modernas, sus gruesas puertas claveteadas de hierro, sus torrecillas, centinelas avanzados que dominan la comarca, y su foso, aun no cegado del todo, que más que foso parece un cordón sanitario contra la civilizacion.

En nuestra infancia jamás hemos atravesado sin pavor aquellos lugares, en que un eco opaco y misterioso repetia con sordo gemido nuestros débiles pasos. Habia en aquella mansion un no sé qué que nos amedrentaba: los muebles revestidos de esa forma severa é imponente de la Edad media parecian formar parte del edificio, el cual apenas podia comprenderse sin aquellos muebles. Los retratos de familia que cubrian sus espaciosas galerias, aparentaban echarnos en cara nuestros juegos infantiles,

y pedirnos cuenta por haber turbado su silencio. Un viejo y macizo reloj colocado en una de las espaciosas salas del edificio, era el único objeto que daba muestras de que e tiempo no se detiene jamás, como acreditaba esta divisa grabada en su ennegrecida esfera: *Hora ruit*.

Muchos viajeros arqueólogos, poetas ó simplemente curiosos, al contemplar en lontananza desde una de las lanchas que cruzan el Eo aquella adusta mole de piedra, la creían, cada uno según su afición, ó un ejemplar de la arquitectura del siglo xiv, ó asunto digno de una leyenda, ó solo un objeto colocado allí por el acaso para distraer la monotonía del viaje. Todos convenían, sin embargo, en que el castillo de las Aceñas estaba solo habitado por buhos, murciélagos y ratas, que se dedicaban sin duda á serias y profundas investigaciones sobre los pasados siglos. Pero cuando intentaban visitar lo que ellos juzgaban abandonado recinto, sus deseos salían siempre frustrados. Aquel edificio era más impenetrable que una fortaleza de la Edad media: en aquella época tal vez se abrían sus ferradas puertas á los aldabonazos del peregrino ó á los cantos del juglar; hoy ni el cansado viajero ni el curioso escritor, lograrían penetrar en esta morada.

Nosotros, gracias á antiguas relaciones de familia, hemos sido de los pocos que han logrado penetrar en este *sancta sanctorum*, velado á las miradas de los profanos, y hoy vamos á dar algunos detalles, seguros de que no llegarán jamás á oídos del que juega el principal papel en ellos.

II.

El propietario morador de este castillo era el marqués de***, D. Rodrigo de Villavieja, único vástago de una de las más antiguas y poderosas familias del país. Difícil es hoy retratar el carácter de este caballero, resto, como su castillo, de una época cuyas creencias han destruido las ráfagas de la civilización moderna. Su genio indómito y tenaz, en vez de ablandarse con el trato, se había agriado y endurecido, gracias á una educación defectuosa de ideas morales justas, pero rica en las preocupaciones de sus ascendientes, de los que era un vivo reflejo. Acostumbrado á verse tratar como superior por todos los que le rodeaban, había llegado á encarnarse en él esta creencia, que fué durante su vida el móvil de todas sus acciones. Teniendo sus dominios desparramados en varias ciudades inmediatas, donde podía gozar de todas las comodidades de la vida, huía de ellas, porque allí encontraba *iguales é inferiores* que no se amoldaban como la cera á su tiránica voluntad. El podía decir con propiedad aquellas tan sabidas palabras de César: *Más vale ser el primero en una cabaña, que el segundo en Roma*. Y con efecto, era el primero, porque era el único de los *hidalgos* del país.

En una ocasión un hijo de un colono suyo, que por su talento y buenos servicios había logrado conquistarse una brillante posición en el foro, alcanzó una cruz distinguida, una de esas cruces que hoy día se conceden tan raras veces al mérito y al patriotismo, y que el marqués poseía como vinculada en la familia. Despechado este de que una distinción tan honrosa, que él tenía por su *nacimiento*, se hubiese dado por una cosa tan plebeya como el *talento*

á un hombre á quien había visto en sus primeros años ayudando á su padre en las faenas agrícolas, mandó en seguida pasear por el pueblo inmediato sus caballos y perros de caza condecorados con una cruz de que tanto y tan legítimamente se enorgullecía el hijo de su colono.

En la divisa *Rey, Patria, Ley*, que orna nuestras monedas actuales, una cosa encontraba supérflua, y era la palabra *patria*.

A pesar de su misantropía, no era inaccesible á las tiernas afecciones de familia, que sin embargo, subyugaba siempre á sus rancias preocupaciones de raza. Cuando le hemos visitado por última vez, en 183... , le encontramos entregado á un dolor sombrío y taciturno por la reciente ausencia de su hijo único, jóven de amable carácter y de brillantes disposiciones.

Gonzalo, educado en otro siglo y con ideas enteramente opuestas á las de su padre, le habia obedecido siempre como hijo sumiso, pero nunca habia podido amarle con la profunda ternura que veia en otros compañeros hácia sus padres.

A los 18 años, persuadido de que un hombre debe conquistar el porvenir, é incapaz de resistir por más tiempo el carácter de hierro del marqués, se habia fugado de la casa paterna, pobre de recursos, pero rico de esperanzas, y habia entrado en la corte de España con el mismo dinero que Espronceda entró más tarde en la de Portugal.

Don Rodrigo, al saber la fuga de su hijo, principió mirando á los retratos de sus antepasados como procurando sincerarse con ellos de una falta de que no era responsable; conjuró á los marqueses Alvaro, Julian y á todos los Rodrigos y Gonzalos de la familia para que dejasen caer su maldicion sobre tan indigno vástago; pateó de rabia, renegó de su siglo y concluyó por desear que su hijo vol-

viese al castillo de las Aceñas, con renombre ó sin él, pero obediente á sus órdenes, como en los tiempos de su niñez.

Gonzalo en la corte se convenció pronto de que su «pobreza de recursos y riqueza de esperanzas» no le servían de nada, y de que era preferible en ella vivir «rico de recursos, aunque fuese pobre de esperanzas.» Había leído á Rioja, había leído sobre todo á Madrid, y sabía ya lo que eran las *esperanzas cortesanas*. En su estancia en la corte se asoció con poetas, pintores y músicos, gentes, como él, que aspiraban á un oasis de gloria, teniendo que atravesar entre tanto vastos desiertos de angustias y privaciones. El Evangelio dice que la fé remueve las montañas: pero la fé no siempre da la gloria: es solo su antecámara, donde con frecuencia pasais la vida sin que la gran señora se digne recibiros.

Escribió versos magníficos que nadie leyó; compuso dramas, que á ser representados, harían su nombre ilustre, pero que ningun empresario de teatros se dignó hojear; y escribió libros que ningun editor se molestó en leer, porque los empresarios y editores de entonces eran lo que son hoy y lo que serán por los siglos de los siglos. Hay ciertas plantas como la ortiga, que desde la creacion acá hieren á cuanto se les aproxima.

III.

Cansado Gonzalo de su vida de bohemio, que duró dos años, regresó por fin al valle en que había nacido, en una fría tarde de enero, pobre como el hijo pródigo, aunque no había tenido su brillante época de disipacion.

Con motivo de las frecuentes lluvias, un riachuelo que pasaba á orillas del castillo de las Aceñas, y que iba á

desembocar en el Eo, se habia engruesado notablemente, tomando las proporciones de un rio caudaloso.

El marqués, desde el alfeizar de una de las ventanas de su casa, contemplaba los desastres producidos en sus heredades por la violencia de las aguas, cuando percibió á lo lejos á una persona de pobre aspecto, que se encaminaba incautamente hácia el rio. Este hombre hizo todos los preparativos para vadearlo por el punto más fácil; pero apenas se hubo introducido en él, sintió que el fondo, blando y limoso, se hundia bajo sus plantas y que una rápida é impetuosa corriente le arrastraba. El desdichado luchó en vano, hizo los esfuerzos sobrehumanos que el apego á la vida nos sugiere en estas críticas circunstancias; pero la corriente le arrastraba más y más.

Don Rodrigo, que veia este espectáculo, y que nadador perfecto y hombre de robusta naturaleza podia sin temor arrostrar los furores de la corriente, llevado de su primera impresion quiso socorrer al desconocido; pero la reflexion egoista y fria le convenció de que no debia tomarse esa molestia por salvar la vida de un estraño, un miserable, acaso un pordiosero, segun lo revelaba su traje. El, que lo hubiera hecho gustoso por un igual y mucho mejor por uno de su estirpe, no quiso humedecer su cuerpo por un plebeyo, y se contentó con llamar flemáticamente á sus criados para que socorriesen, si podian, á aquel desventurado.

Despues de esto, el marqués entró tranquilamente en su habitacion; como si nada hubiera visto que debiera afectarle.

Una vez allí, las horas se le pasaban en una abstraccion profunda, leyendo y meditando en la genealogía de sus antepasados llena de orgullo, que él apellidaba *dignidad*, y por lo tanto, el mejor blason de la familia,

despues, por supuesto, de sus cuantiosas y pingües rentas.

Pero la voz medio sofocada de un criado, que era la primera vez que traspasaba el dintel de la habitacion del marqués sin la fórmula de costumbre, vino á sacarle de aquella abstraccion.

—¡Le hemos salvado!—gritó el servidor del marqués, visiblemente conmovido:—¡le hemos salvado!

Don Rodrigo alzó la cabeza, y con una espresion más adusta aún que la de costumbre.

—¿Y qué?—replicó.

En el mismo instante de pronunciar estas palabras apareció, sostenido por dos criados, un jóven flaco, lívido, cuyos harapos venian chorreando agua y fango.

—¡Mi hijo! ¿Es á mi hijo á quien habeis salvado?—gritó el marqués con un acento casi feroz;—¡miserable! Solo este baldon faltaba á mi familia; solo faltaba que el que ha de llevar el nombre de mis antepasados debiera la vida á estos *villanos*! ¡Oh! ¡Mejor sería que hubiese perecido. ¡Mejor mil veces!

En efecto, el jóven que conducian los criados era Gonzalo, cuya vista medio estraviada apenas daba indicios de que él comprendiese las brutales palabras de su padre.

Aunque los criados comprendian el carácter del marqués, no habian podido imaginar esta escena salvaje, fiados en la solemne ocasion y en las circunstancias con que su hijo se presentaba ante sus ojos. Asi es que hubo un momento de cólera en que estuvieron á punto de balbucear sus lábios algunas violentas recriminaciones.

Pero la voz del marqués, cada vez más destemplada é imperiosa, les ordenó que condujesen á las habitaciones bajas del edificio á Gonzalo, el que no debía presentarse en lo sucesivo ante la presencia de su padre.

Los criados obedecieron gustosos. Asi conseguian aten-

der con tierna solicitud y sin obstáculo alguno á que reparase sus fuerzas y su espíritu el jóven desgraciado que habian visto crecer desde su infancia, y que tanto iba á necesitar de personas cariñosas que le rodeasen en medio de la peor de las orfandades.

Desde entonces podemos decir que Gonzalo ha vivido rodeado del cariño de todos los colonos de su padre, y que ha aprendido mucho estudiando la vida íntima de aquellos y sus necesidades; estudio que le hace, hoy que ha muerto el marqués, conducirse de un modo benéfico con todos sus colonos, que le bendicen y le respetan sinceramente. En lo demás, él, hijo de este siglo, amante del progreso, ha olvidado la obcecacion de su padre, engendro de esos tiempos abominables que han pasado por decoro y bien de la humanidad.

Para Gonzalo, para el sucesor del fanático marqués, la única ejecutoria, los únicos escudos de armas, la única *sangre azul*, es la virtud.

LA EMIGRACION Á AMÉRICA.

La emigracion que todos los años verifica un gran número de los sencillos hijos del litoral cantábrico al otro lado de los mares, ha levantado sentidos clamores por parte de la prensa de nuestro pais, y por la de los mismos á donde van á buscar aquellos una riqueza ilusoria, para encontrar la más amarga de las realidades, la realidad de la desesperacion.

Y es en efecto triste, muy triste ver á un crecido número de nuestros compatriotas, adolescentes los unos, robustos jóvenes los otros, hombres ya algunos, lanzarse en brazos del acaso, con la sonrisa del que desconoce el peligro, y despedirse de la tierra natal como de una amiga á quien en breve deben dedicar ya tranquilamente su profundo amor.

Es necesario haber presenciado el desgarrador espectáculo que ofrecen estas emigraciones en masa para sentir toda la lástima que inspiran. La alegría que revela el rostro de los que emigran hace más daño á los que los ven alejarse, que el que les pudiera producir sus lágrimas, porque al través de aquella alegría ven la realidad de su triste destino.

Cuando pensamos en el número inmenso de esos infelices que han muerto en nuestras posesiones de Ultramar, unos bajo la terrible influencia del clima, otros bajo las pesadas faenas que los alimentaban, los más abandonados á su aislamiento, á su desesperacion y á su dolor, parecenos que la Providencia ha querido castigar con un censo fúnebre las hazañas de nuestros conquistadores en aquellos países vírgenes y como flotantes en medio de remotos mares.

No hay buque que anuncie un viaje á cualquier punto de América, que no vea inmediatamente cubierto el local que destina al pasaje. Los pueblos y las aldeas cercanas al puerto donde se fleta se ponen en movimiento: niños apenas salidos de la infancia, caminan luego rodeados de su familia, cuando el buque está pronto á darse á la vela, al puerto, para esperar el *viento favorable*. Sus padres han vivido penosamente para proporcionarles el dispendio del viaje; y esperan que el hijo querido de sus entrañas, vuelva al hogar doméstico, cuando sus cansados brazos no puedan empuñar el arado, para sostenerlos con sus ahorros. Ellos mismos se consuelan del sacrificio, con el ejemplo de alguno que otro *indiano* que reedifica el hogar de sus padres, se hace propietario de las tierras que ellos regaron con su sudor, y dota á sus hermanas. ¡Infelices! ¡No ven que el ejemplo es una escepcion! Fascinados por la ilusion no cuenta los que *han ido* y murieron alejados de las caricias paternas!

¡Ellos no ven que esos pocos que vuelven, como los náufragos cansados de luchar con las olas, apenas tocan la orilla para morir. El trabajo ha encorvado su cabeza y secado sus mejillas, los consume la tísis, y muchas veces no legan á los brazos de sus ancianos padres más que un cadáver.

Y no queremos hablar aquí de los casos de ingratitud que el egoísmo mercantil deslie en los corazones de los que vuelven: ni de los padres á quienes la muerte priva de estrechar á sus hijos que esperaron un día y otro día. Aun cuando hubiera probabilidades de verlos regresar á sus hogares, solo su ignorancia podría lanzarlos á causar su infelicidad abriéndoles nuevas, y para ellos antes desconocidas necesidades, que suelen ser la ambición y el tormento de todos sus días. Pero por desgracia, ellos que aman entrañablemente á sus hijos, desconocen el mal que les causan. Las Américas son todavía ante sus ojos aquel Perú tradicional, que inundaba de oro las maletas de los aventureros.

Ellos, que viven con las costumbres de sus abuelos, no ven el movimiento distinto que los años imprimen en las épocas, y tal vez se imaginan un crimen retener á su lado un hijo á quien pueden con sus sacrificios poner en carrera de ser rico, síntesis entre ellos, y entre muchos de nosotros, de la suprema felicidad.

Si supiéramos, podríamos arrancar del natural uno de los cuadros que tantas veces hemos presenciado con ocasión de estos viajes. Las calles del puerto están plagadas de jóvenes de distintas edades. El traje de tela que visten, los señala ya como expedicionarios. Como nunca han abandonado por lo regular sus montañas y sus valles, las casas, las calles, los edificios públicos, escitan su curiosidad. Sus madres suelen acompañarlos aconsejándoles con fervor, y creemos escusado decir sobre que aconsejan las madres. Sobre el cuello de sus chaquetitas de tela y cruzando sobre su chaleco, llevan una cinta de color, de la que pende un escapulario, especie de amuleto sagrado que la mano piadosa de sus madres ha colocado sobre su pecho despues de humedecerle con sus lágrimas.

Su fé religiosa es tan grande, tan inmensa, que con aquella reliquia temerian blasfemar, si pensaran que no habia de preservar á sus hijos de todo peligro.

Nunca podremos olvidar un diálogo que al oírle nos impresionó vivamente; la escena tenia lugar entre una madre y un hijo en la colina que domina á Gijon llamada de *Santa Catalina*, y desde donde se descubre un horizonte de mar inmenso, y á la sazón algunos buques medio velados por las brumas. Las olas un poco turbulentas se agitaban contra las rocas, salpicando el aire de espuma, y produciendo un rumor imponente y monótono. A cada ola que se henchia para azotar la playa, la madre llevaba instintivamente el brazo á la cintura de su hijo como si temiera, á pesar de la gran altura del mar á que se hallaban colocados, que fuera á envolverle. Aquella campesina, jóven todavía, con una espresion cándida, pero dolorosa en todas sus miradas, en todas sus actitudes, revelaba un cariño tan grande hácia su hijo, que nos enternecia. Sus ojos, amortiguados por el llanto, se fijaban de vez en cuando sobre la alborotada superficie del mar, y exclamaba:

—¡Eso es horrible, horrible!—Y luego estrechando á su hijo:—¿No es verdad, Domingo, que vas á tener mucho miedo cuando vayas por ahí?—Y rompió á llorar.

—No tendré miedo, madre;—decia el chico. —¿No sabe usted que sé nadar?

—Sí... pero...

Y no continuó la frase. Sin embargo, se adivinaba que queria decir: «¡La mar es inmensa y tú eres un niño sin fuerzas y pronto serias devorado por ella!»

Inmediatamente aquella sencilla mujer fijó su mirada escrutadora é impaciente sobre su hijo.

—¿Y el escapulario?—le preguntó con sobresalto.

Domingo se quedó un poco suspenso, se le habría olvidado ponerse. Esto le ocasionó algunas severas palabras por parte de su madre que le dijo al fin con cariño:

—¿Te olvidarás de él otra vez? ¡Ah! cuidado con ello, hijo mio, porque él ha de preservarte de todo. No te olvides jamás de besarle y de decir *Virgen mía*, cuando la tempestad estalle ó te cerque el peligro. La Virgen lo puede todo.

Y al decir estas palabras, su mirada y su continente adquirieron tal espresion de confianza, que no pudimos menos de esclamar con toda la fruicion de nuestra alma: «Felices los que creen.»

Pero volvamos á nuestra narracion.

El punto donde se vé más á nuestros jóvenes é inespertos expedicionarios, es en el buque si está en el muelle, ó yendo en lanchas hácia él si está anclado en bahia. Allí se entretienen en trepar por sus jarcias, en visitar el local que les está destinado en la bodega, ó en mirar con curiosidad la cámara entre sus dos lucernas. Al fin llega el dia de la partida: las voces y los cánticos de los marineros que efectuan las maniobras preliminares, los sollozos de las familias que van á despedir á algunos de sus miembros más queridos, las protestas, los últimos adioses, hacen de este un espectáculo triste, aun para aquellos que no toman parte en él. Es imposible dejar de enternecerse al contemplar á un anciano estrechando por última vez á su hijo, á la hermana que besa al hermano, y sobre todo á la madre que desfallece y cae herida por el dolor de la separacion. Algunas madres hemos visto internarse en la playa hasta la cintura, para dar á sus hijos el último, el más entrañable de los besos!

Pero el buque leva el ancla, estiende sus velas, la brisa las riza y el timon traza en el agua el principio de

esa reluciente línea que se llama *estela*, que va á morir al apartado punto del viaje, si antes no la borra la tempestad sepultando al buque entre las olas.

Entonces se observa un contraste repugnante: los cantares de los marineros se mezclan á los gemidos de los que se quedan y de los que se van. Sus fisonomias son las únicas en que no se graba el dolor.

Hasta que el buque no se ha perdido en el horizonte, una muchedumbre sombría y silenciosa le contempla desde la playa. La meditacion los embarga, y todos al pasar en lontananza sus miradas, parecen interrogar al destino la suerte que aguarda á los pedazos de su corazón. ¡Cuántas madres con ese triste don del presentimiento que parece haberlas concedido la Providencia, dicen para sí, lo mismo que tambien ha espresado uno de nuestros mejores poetas:

«Ojos que te vieron ir
Cuándo te verán volver.»

Entre tanto ellos, los infelices, ven alejarse el pais de su infancia, de sus amores, penetrando en horizontes desconocidos que no les despiertan un recuerdo, para entrar despues en el abrasado clima que los espera, ataviado con las galas de la naturaleza para brindarles confianza y conducirlos luego á la muerte. ¡Y felices los que la muerte ha privado de conocer más triste destino! Quizás estos no han tenido lugar de experimentar el abandono y la miseria más espantosa que aflige á los que sobreviven, y que por lo comun expian sus cándidas ilusiones, sentando plaza ó entregándose á las faenas más duras.

Por lo general no tardan en suspirar por el arado que han abandonado y por la felicidad del hogar doméstico. Es verdad que tambien la industria se lamenta de su ausencia y la humanidad de sus desgracias.

ANTONIO ARANGO.

Que la tierra le sea ligera.
¡Ha pesado tan poco sobre ella!

No es un elogio á un vivo, es un recuerdo á un muerto, una lágrima la que vamos á derramar á la memoria de un jóven sobre cuya tumba ha crecido ya el musgo. A él nos unian los vínculos de la más leal y pura amistad ¡la amistad de los 48 años! y nuestra memoria rebosa en recuerdos que no se extinguirán facilmente, porque en el corazon, como en la corteza de los árboles jóvenes, lo que se graba en la juventud dura lo que dura la existencia.

El año de 1855 conocí yo á Antonio Arango, con quien desde luego simpatiqué y contraí una amistad íntima y profunda. Los dos rendíamos un verdadero culto á la poesía, que es la religion de todas las almas durante los primeros sueños de entusiasmo.

Un día en las diarias reuniones que celebrábamos, para leer indistintamente á nuestros mejores poetas, Antonio Arango al tenderme la mano me dijo sonriendo:

—Querido Evaristo, ¿sabes que he cometido el feo pe-

cado de escribir una composicion? Y tú sabes cuánto nos burlamos diariamente de los embadurnadores de papel en rengloncitos cortos.

—Entonces de seguro,—contesté bromeando,—adivino el tema de tus versos: *una oda á la luna, á...*

—No, amigo mio, detente y juzga, y me entregó una cuartilla de papel que leí en el acto. Los versos eran estos:

¿Es el amor?...

Antes pasabas contenta,
Niña, los dias jugando:
Hoy los pasas suspirando
Llena de febril ardor.
Dime tu mal, pobre niña,
Que quiero llorar contigo,
Diselo á tu tierno amigo
A quien daña tu dolor.

¿Es el amor?

—Yo no sé, amigo, deciros
Qué extraño mal me atormenta,
Tan solo sé que contenta
Y triste estoy á la par,
Y este loco devaneo
Que me arrebató la calma
Es el fruto de un deseo
Que ni yo me sé explicar.

¿Es esto amar?

—Mas dime: ¿no te acompaña
En tan ciego desacuerdo
De ningun hombre el recuerdo
Con halago seductor?

—¡Oh! sí; jamas se separa

De mi memoria aquel hombre...

Se llama...

—Dime su nombre.

—Me dá el decirlo rubor.....

—¡Pobre niña! ¡Es el amor!

Aunque mi inesperienza era poco menos que la de mi jóven amigo, parecióme descubrir en estos sencillísimos versos, algo que se despegaba de la generalidad de los que invaden el Parnaso. La sencillez y la naturalidad que campeaban en esta composicion, me hicieron concebir desde luego risueñas esperanzas. Yo mismo me sentí entonces con fuerzas para versificar, alentado por el primer ensayo de mi amigo. Pero hoy que han pasado bastantes años desde aquella época, confieso que mi fortuna en la poesía me parece desde luego muy inferior á la que Arango alcanzó en el breve espacio que pulsó la lira.

Desde entonces se apoderó de ambos una especie de vértigo versificador. Odas, silvas, octavas reales, romances, seguidillas, en todos los metros en fin hicimos versos, soñando ambos en escalar un dia un puesto en el Parnaso. Pasado el primer ardor juvenil, leídos y juzgados por mí los versos nacidos más que al calor de una inspiracion natural, al de la emulacion, todas aquellas cuartillas emborronadas, en las que gastára tan lastimosamente el tiempo, yo mismo las condené con inexorable fallo al fuego. En tanto que yo cejaba, y volvía penitente y arrepentido al gremio de la humanidad, Antonio Arango continuaba su carrera.

Mis pronósticos se realizaban. Cada una de las poesías que salian de la pluma de mi jóven amigo, era un nuevo testimonio de que al fin llegaría á alcanzar un nombre apreciable entre nuestra juventud literaria.

Consérvase en Asturias una poética tradicion, *las*

xanas, que se propuso cantar el jóven poeta, y que en nuestro concepto acertó á presentar con toda brillantéz. Creemos que los que conocen esa creencia popular asturiana, han de juzgarlo tambien así. Arango pinta á las *xanas* con todo el colorido poético con que las concibe la imaginacion de los campesinos.

Hé aquí esa composicion bellísima, á pesar de la incorreccion de que carece, respecto á la forma, disculpable siempre en el que como Arango escribia antes de que el estudio y la reflexion tuvieran parte alguna en sus cantos:

I.

Hay en las fuentes claras y puras,
Y en los arroyos murmuradores,
Que corren ledos por las alturas
Sobre una alfombra de gayas flores,

Niñas esbeltas y peregrinas,
Mágicas, leves cual sombras vanas;
Moran las grutas más cristalinas,
Más misteriosas, se llaman *xanas*.

La blanca espuma del arroyuelo
De su blancura tuviera enojos;
Tuviera enojos el mismo cielo
De sus azules, divinos ojos.

Prestó á sus lábios la fresca rosa
Su purpurino, suave color,
Blando perfume de ellos rebosa;
Allí su nido tiene el amor.

¿Del sol los rayos resplandecientes
 Posarse vísteis en las praderas?
 No son tan puros como sus frentes,
 Son más doradas sus cabelleras.

Flexible lirio que mece el viento
 No es tan flexible cual su cintura,
 Su voz es dulce como un lamento,
 Como el suspiro de una hermosura.

Si duerme el niño, y en su embeleso
 La jóven madre le besa acaso,
 Su cariñoso tímido beso
 Fué de las xanas el leve paso.

Ciñen sus cuerpos flotantes faldas
 De trasparente ligero tul,
 Ornan sus frentes ricas guirnaldas
 Cubre sus hombros un chal azul.

Mágicas leves, cual sombras vanas,
 Con atributos tan seductores,
 Estas deidades se llaman xanas,
 Son protectoras de los amores.

II.

Si por la noche niña inocente
 Por sus amores sufre desvelos,
 Y en un suspiro su amor ardiente
 Envía al objeto de sus anhelos.

No, nada importa que esté distante,
Surcando el aire ligera xana,
Lo lleva al alma del tierno amante
Con los susurros de la mañana.

Si algunas veces en la campiña
Teniendo cita la niña bella,
Tarda el amante, teme la niña
Que en brazos de otra la olvide á ella.

Si ella es constante, no es que entre tanto
Goce otra hermosa de su ventura,
Es que el mancebo, viendo su llanto
La está atisvando de la espesura.

Pronto en los brazos feliz amante
Tendrá la niña dulces caricias :
La niña hermosa por ser constante
Debe á una xana tantas delicias.

III.

Son muchas fuentes xanas cautivas
A quien complace copiar el cielo,
Son estas xanas muy vengativas
Para quien turbe su limpio suelo.

Yo he conocido zagala bella,
Felíz y alegre, libre de amores;
Todos los hombres prendados de ella
Y ella á ninguno dió sus favores.

Son muchas fuentes sanas cautivas
 A quien complace copiar el cielo,
 Son estas xanas muy vengativas:
 La pobre niña murió de celos.

IV.

Mas si las xanas á las doncellas
 Que enturbian fuentes causan dolores,
 Cuando se lavan la faz en ellas
 Son protejidas en sus amores.

—
 Les dan rizosos, rubios cabellos,
 Acento dulce, fuego en los ojos,
 Y cuando lanzan vivos destellos
 Todos los hombres rinden de hinojos.

—
 Y bien, decidme, si los amores
 Tanto protejen, tendrás amantes!!
 Sí; aman el cielo, aman las flores
 Y los arroyos más murmurantes.

—
 Y cuando el alba los montes dora,
 De sus palacios salen las xanas,
 Que adoran tanto la blanca aurora
 De quien se dice que son hermanas.

—
 Y cuando viene resplandeciente
 Con mil perfumes para San Juan,
 Podeis mirarlas junto á la fuente
 En donde todas hilando están.

—

Hilan madejas de oro primero,
 Luego las trenzan con mil primores.
 ¿Sabeis lo que hacen con tanto esmero?
 —Son las cadenas de los amores.

Tras esta poesía, publicó Arango otras varias en los periódicos de Oviedo, y *El Centinela*, *El Nalon* y *La Tradición*, contienen muchos escritos suyos, en los cuales si no se advierte un verdadero mérito, se patentiza lo mucho que podría esperarse de quien con tanta soltura manejaba la pluma en la adolescencia.

La mayor parte de las poesías de Antonio Arango, y en las que principalmente se revela su sentimiento poético, fueron publicadas en *El Invierno*, un periódico humorístico, fundado por algunos estudiantes ingeniosos, para entretener las largas veladas de diciembre y enero.

Allí hemos visto la siguiente balada, que no desdeñaría el inspirado autor de las *Doloras*:

Ella. La luna, según dicen,
 Es alma enferma;
 Que por ver sus amores
 Mira á la tierra:
 Si yo me muero,
 Para mirar tu rostro
 Dejaré el cielo.

El. También daré buen pago
 Yo á tus amores,
 También vendré yo á verte
 Todas las noches.

Ella. No, amante mío;
 Si tú mueres, entonces
 Me iré contigo.

¿No es verdad que esta manera delicada y poética de sentir, revela un corazón tiernísimo de poeta?

Este fué el género en que más se distinguió nuestro amigo. Si no estuviéramos persuadidos de la verdad del título que él dió á una colección de poesías inéditas que de él conservamos, *Ayes perdidos*, las publicaríamos con gusto, seguros de que habrían de agradecérnoslo los amantes de la poesía.

Casi todas estas baladas están escritas en Madrid, á donde Antonio Arango vino á cursar la jurisprudencia.

El verano anterior habia yo abandonado mi provincia. Inmensas desgracias de familia y de fortuna, me habian obligado á buscar en la corte un porvenir algo más halagüeño que el que mi país me ofrecía.

Recuerdo que un día de noviembre me ví agradablemente sorprendido por Antonio Arango en la redacción de *La Iberia*, donde gracias á la benevolencia del inolvidable Calvo Asensio, acababa de alcanzar un puesto.

Esperimenté un verdadero, un indecible placer, estrechando la mano de mi íntimo y buen amigo. Desde aquel día y durante su residencia en la corte, no nos separáramos sino las horas que lo requerían nuestras recíprocas ocupaciones.

Aquel mismo invierno, las poesías de Arango debieron ver la luz pública, al propio tiempo que los bellísimos *Cuentos de la villa*, del poeta Viedma; pero el editor encargado de esta publicación, no pudo efectuarlo por causas ajenas á su voluntad.

No podemos renunciar á trascribir aquí algunas de las composiciones que figuran en esta colección, rindiendo un homenaje de amistad y simpatía hácia su autor.

Verdad es que escritas á nuestra presencia, inspiradas por un corazón al que nos unían tan estrechos y cariñosos

vínculos, hasta casi nos forjamos la idea que hay en ellas algo de nuestra pobre inteligencia.

La introduccion decia así:

Niñas que os gustan dulces baladas
De los amores cantos sentidos,
Donde hay doncellas enamoradas,
Donde hay galanes de amor rendidos.

Donde ligeras y misteriosas,
Pinto las hadas de los amores
Con formas vagas y caprichosas,
En leves nubes de albos colores.

Donde hay castillos de altas almenas
Que son escudo de los guerreros,
En cuya planta cantan sus penas
Bardos amantes, dulces y arteros.

Cuyas canciones de suave acento
Llegan al pecho de noble dama,
Que su pañuelo tremola al viento
Desde la ojiva de su ventana.

Hay en mis cantos citas de amores
Que alumbra el rayo de ténue luna,
Celos, ensueños, goces, dolores,
Ecos contrarios que amor aduna.

Cantor muy jóven, cuya existencia
De un amor puro brilló al encanto,
El de mis versos forma la esencia;
Solo mis penas y dichas canto.

Cuando empezaba mi primavera,
 Forjóse el alma, llena de vida,
 Una graciosa, bella quimera,
 Hoy por mis males desvanecida.

Toda mi vida, todo mi anhelo
 De estos amores cifré en la historia,
 En dulces sueños gocé del cielo
 Y en suaves versos canté la gloria.

Ora perdido tan bello encanto
 Yace mi pecho triste y dormido,
 Solo le halaga recuerdo santo
 Y un eco ténue de amor perdido.

Eco de amores que oigo en secreto,
 Imágen vaga que el alma mira;
 De mis amores murió el objeto,
 Solo me queda mi pobre lira.

Cantor muy jóven, cuya existencia
 De un amor puro brilló al encanto,
 El de mis versos forma la esencia;
 Solo mis dichas y penas canto.

De esta coleccion de poesías podemos tomar al acaso cualquiera de ellas, porque en todas se admira la delicadeza y el perfume que se advierte en los versos que brotaban del corazon de Antonio Arango.

El que haya conocido en Oviedo por los años á que nos referimos, á la hermosa y elegante E..., de ojos grandes y azules, de poblada y rubia cabellera, de talle gentil, de tez más blanca que la nieve y más rosada que la aurora,

comprenderá la verdad de la siguiente poesía que Arango le dedicó, titulada *Sin corazón*. Después de citar el poeta estos versos del barón de Fritz:

*¡Pobre niña! ¡qué dolor!
¡En un cuerpo tan hermoso,
Alma sin vida y calor!*

retrataba así aquel corazón frío, aquella Venus de Médicis, animada solo por una especie de vida automática:

Al ver que nunca tu calma
Turba amante y dulce anhelo,
Presumo en mi desconsuelo,
Niña, que no tienes alma,
O que la tienes de hielo.

—
¡Ay! Tú no sabes soñar
Y soñando delirar,
Y delirando querer;
Tú no lo sabes, mujer,
Porque no puedes amar.

—
Al contemplar la belleza
De esa tu altiva cabeza,
He sentido, hermosa mía,
Que el alma se me oprimía
De indefinible tristeza.

—
Y padecí al contemplar
Esos tus ojos tan bellos,
Porque sus frios destellos
No dejan ¡ay! vislumbrar
Un rayo de amor en ellos.

—

Morada digna de amor
 Son esos lábios rosados,
 Y á todos causa dolor
 Verlos faltos de calor,
 Siempre con desden plegados (1).

Dime: ¿al ver tanta mirada
 En tu semblante clavada,
 Jamás el velo bajaste,
 Y en él el rostro ocultaste,
 Confusa y ruborizada?

¿Nunca, dí, la blanca aurora
 Maldices llena de enojos,
 Cuando con luz seductora
 Tu casta alcoba colora,
 Robando el sueño á tus ojos?

¡Ay! ¡No; porque esas miradas
 No las viste apasionadas
 Por el fuego del amor,
 Ni embelleció tus veladas
 Un ensueño seductor!

¡Que tú no sabes soñar
 Y soñando delirar
 Y delirando querer!
 ¡Qué entiendes de eso, mujer,
 Tú que no puedes amar!

En todos los géneros en que el sentimiento se mani-

(1) Aquí falta una quintilla.—(Nota del autor.)

fiesta con sencillez y naturalidad, hubiera brillado Antonio Arango.

El *Canto de la muerte* tituló otra de sus baladas. Sus estrofas, aunque como todas las suyas un tanto descuidadas, verdad es que jamás eran corregidas y conservaban siempre la forma con que salieran de primera intención de la pluma del autor, tienen un colorido de verdad que afectan tristemente al alma.

Oigamos al poeta:

En una cabaña de aspecto sombrío
Se encuentra un anciano con faz demacrada;
Pan piden sus hijos, temblando de frío,
Con voz desmayada.

—
El viejo otro tiempo vagó aventurero
Cantando á los ecos del arpa sonora,
Mas hoy nadie escucha su son lastimero,
No canta, que llora.

—
A veces sus hijos le piden ansiosos
Les temple del hambre la cruda fatiga,
Y á veces con sonos del arpa armoniosos
Sus penas mitiga.

—
Que al ver cual sus manos del dulce instrumento
Corriendo las cuerdas producen sonidos,
Olvidan del hambre los crudos tormentos
Y quedan dormidos.

—
Mas ora es en vano y en vano afanoso
Al arpa arrebatá los sonos más bellos;

Porque ¡ay! olvidados del canto armonioso
¡Pan! pan! piden ellos.

Al fin ya no llora: del arpa inspirada
Arranca el anciano mil ecos sentidos
Brillando contenta su turbia mirada.
—Ya están—diz—dormidos.

Y el canto interrumpe: despues silencioso
Temiendo del sueño robarles la calma,
Se llega á sus hijos... dá un grito horroroso
Salido del alma.

—¡Mis hijos,—esclama,—mis hijos amados!
Su muerte es lo cierto, su sueño mentira;
Despues abrazando sus cuerpos helados
Tambien él espira.

A pesar de las muchas composiciones que Arango escribió durante su estancia en Madrid, ninguna fué impresa en esta córte, de donde partió al cabo de algunos meses, llevándose todos sus originales.

A los pocos meses de encontrarse en su provincia, experimentó los primeros síntomas de la inexorable enfermedad que debia conducirle al sepulcro en la primavera de su vida. Ya en medio de la fiebre de la consunción, escribió algunos versos en los cuales se refleja el desaliento del poeta.

En una de sus últimas poesías, pinta su loco entusiasmo por la gloria y el triste desencanto con que separa de ella sus miradas, «porque la gloria es como el sol, y solo el águila puede mirar con arrogancia su disco refulgente.» Despues espresa así un presentimiento que fué luego una terrible realidad:

Hoy, lamentando mi contraria suerte
 Aquel divino ensueño ya perdido,
 Todo lo miro en torno oscurecido,
 Y ni anhelo otra calma que la muerte
 Ni tengo otra esperanza que el olvido.

No pasaron desde entonces muchos días, sin que yo leyese, no recuerdo si en *El Faro Asturiano*; unas cortas pero sentidas líneas con la triste noticia del fallecimiento de mi excelente amigo.

Arrojé con desconsuelo el papel en que acababa de leer este fatal suceso, y no pude menos de derramar una lágrima de sincero y tierno dolor, porque no solo había perdido al más fiel de mis amigos, sino que creía que la pérdida iba todavía más lejos que á mi corazón y al de la familia que le idolatraba.

Fernando San Julian, para quien fuí el triste mensajero de esta desgracia, me decia contestando á mi carta, al hablar de Arango:

«Tenia todas las cualidades del génio, menos la energia. Era de una *nonchalance* tal que en su vida se ha cuidado de lo que el mundo llama nombre, renombre, voga, fama y gloria. Desdeñoso de todas estas grandes cosas que él llamaba *doublé* no ha dado un paso para *romper el hielo*. Por eso ha muerto casi desconocido. ¡Desconocido él! El que tenia el sentimiento poético tan desarrollado, él que tenia una organizacion tan artística, él que tenia el *esprit* de cien escritores franceses.»

Fernando San Julian le conocia demasiado bien y tenia razon.

Antonio Arango cantaba como el pájaro oculto en las enamadas que no se cuida de saber si arrulla el sueño de algun viajero que descansa á la sombra de los árboles.

Veinte años tenía cuando descendió á la tumba. Sus cantos no podía decirse pues que fueran más que preludios; pero preludios que presagiaban melodias tiernísimas.

En el cementerio de Právia, villa natal de nuestro amigo, hay una sepultura modesta marcada con una sencilla cruz de madera. Allí reposa él. Nosotros esperamos algún dia ir á Právia para visitar esta pobre sepultura, y besar la tierra sagrada donde él duerme el eterno sueño.

IMPRESIONES DE UNA CORRERIA.

I.

Era una tarde del otoño de 185..... cuando reunidos en el café del Casin de Oviedo decidimos , mi amigo F. y yo, hacer un viaje por el Occidente de la provincia. En esta escursion debiamos visitar los pueblos que se hallan á lo largo de la costa , y no retrocederíamos hasta tocar las márgenes del Eo. Nuestro pensamiento fué prontamente realizado, y el dia 12 de setiembre montamos en dos caballos algo más briosos y rozagantes de lo que convenia á nuestra completa ignorancia de las reglas de equitacion.

Yo me prometia verdaderos placeres durante esta escursion , porque la hacía en compañía de un amigo de un humor inacabable, cuyas gracias y oportunidades tenían el privilegio de arrancarme la risa , aun en los momentos de fastidio y de melancolía que suelen apoderarse de los ánimos más joviales en determinados momentos.

El día en que empezábamos el viaje estaba hermosísimo. El cielo mostrábase pardamente nublado, y esa brisa fresca y suave de las mañanas de setiembre nos acariciaba con su ligero soplo.

Empezamos, pues, á trotar en direccion á Avilés, primer punto de nuestra escala. Conservaba yo pobrísimos recuerdos de esta villa, en la que estuviera de paso en mi niñez, y deseaba conocerla.

Llevábamos con nosotros un espolista, á quien habíamos dado alguna delantera, encargándole que nos esperara en Posada, en donde debíamos almorzar. Era el tal espolista un hombre como de unos cincuenta años, alto, flaco y nervudo, más alegre que unas castañuelas y amigo de contar cuentos y chascarrillos; un hablador sempiterno, en fin, de casi tan largas piernas como lengua. Llamábase Hilario, y se pelearia con todo el que pusiera en duda su liberalismo, porque segun su frase, era *más liberal que Riego*. A pesar de su aseveracion, se resentia de un servilismo que rayaba en lo cómico, por lo exagerado. Como no le habíamos designado el punto donde debia esperarnos, se acogió á la primera taberna de Llanera.

—Caballeritos, aquí estoy yo;—dijo presentándonos.

—¡Adelante, adelante! Ya te avisaremos dónde has de parar.

Y dando cuatro alegres piruetas, emprendió la carrera delante de nuestras cabalgaduras, que marchaban á buen paso.

No tardamos en apearnos delante de una venta para almorzar en ella y dar un pienso á los caballos.

Hilario mostraba un semblante radiante de alegría.

No necesitábamos darle órdenes. Cumpliendo nuestras anteriores instrucciones, conferenció altivamente con la ventera, mandando que dispusiera un almuerzo de todo lo más selecto que hubiera en la taberna.

Vimos, pues, con gusto que al poco rato se colocaba encima de una mesa un plato con sardinas, dos botellas

de vino y unos palos,—no me atrevo á llamarlos tenedores,—que habian perdido en las refriegas gastronómicas á que se los destinaba , casi todos sus dientes.

—¡A mí con esas!—dijo F. sentándose en el cojo banco de la mesa ; y tirando los proyectos tenedores, metió la mano en el plato para tomar una sardina. Yo seguí su ejemplo é Hilario fraternizó con nosotros en aquel democrático banquete.

—¿No te dice nada el corazon?—me preguntó F., cuando despues de almorzar y haber agotado algunas botellas de vino, nos encontrábamos á la puerta de la venta fumando nuestros sendos coraceros.

—Amigo,—le respondí,—mi corazon es completamente mudo.

—Bien ; pero el encontrarte en los famosos campos de Llanera, ¿no despierta en tu memoria ningun recuerdo histórico?

—¡Ah! tienes razon. Ahora caigo en ello. ¿No aludes al famoso alzamiento de los naturales de estas tierras contra su obispo? Por cierto que les costó la pública penitencia de recorrer las calles de Oviedo, descalzos y con soga al cuello, para obtener la absolucion de su pecado.

—Sin embargo, los *excomulgados de Llanera*, como se llama hoy todavía á estos campesinos, han cambiado poco de carácter; aún son díscolos y testarudos como ellos solos..... Mira, hácia aquel lado se levantan todavía las torres de San Cucado, antigua morada del más noble y más leal de los caballeros asturianos.

—¿Te referes á D. Diego Menendez de Valdés?

—Sí, á ese mismo. ¿Conoces su historia?

—Los rasgos más salientes de ella. ¿No acaudillaba á los hidalgos que se colocaron decididamente al lado de D. Pedro I de Castilla contra el de Trastamara?

—Ciertamente: él, á la cabeza de todos, juró en el monasterio de la Vega *non comer pan á manteles*, hasta desagraciar á su rey de los ultrajes del bastardo. Y allí mismo arrojó la vaina de su espada á la hoguera, como indicando que no envainaría su acero en tanto que el rey necesitase de su espada.

—Bien por ese caballero, —repuso Hilario, tomando parte en la conversacion; —de seguro que era liberal.

—Sí, esparterista, —añadió F. mirando á nuestro espolista, cuyos ojos habian menguado más de la mitad despues de los tragos de vino del almuerzo.

Mandámosle, pues, que sacára los caballos y que se echase al colete un par de copas, si es que esto no era incompatible con la agilidad de piernas que tenia que desplegar en lo que nos restaba de jornada.

Montamos, pues, y aplicando las espuelas á los hijares de nuestros caballos, dejamos largo trecho rezagado al buen espolista, á quien podiamos dar patente de andarín por la brevedad con que nos alcanzó, apenas contuvimos algun tanto el paso de las cabalgaduras.

El risueño y blanco caserío de *Villa alegre* no tardó en ofrecerse á nuestra vista, indicándonos la proximidad de la villa.

Sobre la derecha, antes de llegar á Avilés, descúbrese un pardo y feudal castillo que recuerda la Edad media, sus caballeros y sus bardos, sus combates y las poéticas leyendas de amor que embellecen aquellas pasadas edades en que los guerreros simbolizaban en el escudo sus amorosas pasiones.

Alojámonos, pues, convenientemente en la villa, saliendo á cruzar sus calles apenas nos quitamos el polvo del camino.

Visitamos desde luego á nuestros amigos, que nos recibieron con gran contento.

—Por supuesto, pasareis aquí unos cuantos dias.

—Estaremos,—respondió F. con su habitual franqueza, —todo el tiempo que logreis tenernos entretenidos.

—¡Sea!—contestaron.—Así podremos decir que los dias que paseis entre nosotros os serán agradables.

II.

La villa de Avilés, sin ser bonita, es de un aspecto agradable. Sus campiñas son fértiles y risueñas, el carácter de sus habitantes no puede ser más hospitalario y amable. En esto se diferencian notablemente de los gijoneses, que no sabemos si por cálculo ó por educacion, pecan con todo el mundo de oscuros y de poco urbanos.

Avilés figura larga y honrosamente en la historia de nuestra querida provincia, y sus orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Aunque algunos escritores pretenden que en el mismo sitio que ocupa la villa existió la ciudad de los Zoelas, poblacion romana que conservó algunas costumbres del imperio, creemos nosotros, ante lo aventurado y poco fundado de estas conjeturas, que Avilés es un pueblo completamente asturiano, en su nacimiento y desarrollo. Alfonso el Magno la designa con el nombre de *Abilies*.

Los pocos pero antiguos monumentos que conserva Avilés, son la antigua parroquia de San Nicolás, de portada bizantina, que contiene algunos sepulcros, entre otros, el de la familia de Ala, respecto á cuyo progenitor se conserva la leyenda de que habiéndose retirado á su castillo, que se cree fuera el de Gauzon, á consecuencia de la entrada de los moros en Avilés, se defendió en su for-

taleza con tal arrojo, que cuando se veía próximo á sucumbir al número de los que le asediaban, apareció un ángel con la cruz en una mano y la espada en la otra, que vertió el pavor y la muerte entre los árabes.

Martin Pelaez, dueño y propietario del castillo, fué apellidado despues el de las alas, con que se daba á entender la vision del ángel, y sus descendientes trocaron el apellido de *Pelaez* por el de *Alas*, que llevaron sucesivamente.

Hay tambien en esta iglesia una capilla gótica que contiene un hermoso bajo relieve de alabastro, que representa pasajes de la vida de Jesucristo.

La iglesia parroquial de Sabugo pertenece tambien al género que tantos vestigios dejó en Asturias, al bizantino.

No son, sin embargo, los recuerdos históricos los que nosotros admirábamos más en Avilés: mi amigo F. poseía una aficion más decidida á lo que él llamaba arquitectura *caucásica*.

—¡Qué *monumento* acabo de ver!—esclamó un dia que pasó á nuestro lado una preciosa jóven.

Las mujeres de Avilés son efectivamente, por lo general, graciosas y agraciadas.

Admíraselas por su esbelto talle, por sus cabellos abundantes de un castaño claro, por sus ojos pardos y su blanco y delicado cutis. Son además honestamente amables, y visten con garbo y elegancia.

Nosotros no reposábamos un momento: visitamos desde allí á Candás, pobre villa de pescadores, célebre por lo nombrado de su santuario.

Llamónos allí la atencion la deformidad del Cristo que se venera en aquella iglesia, y si no fué tallada esta imagen en la infancia del arte, por lo menos fué obra de algun artista condenado á eterna niñez en la estatuaria.

Después hemos sabido que este Cristo, de tan piadosa veneración en la provincia, fué hallado en el mar por unos pescadores en el siglo xvi, por lo que se cree hubiese sido una de las muchas imágenes arrojadas al Océano por los católicos ingleses en tiempo de Enrique VIII, para librarlas de las profanaciones de los reformistas.

Habia estado ya en Candás, pero había entrado y salido en él de noche. Recuerdo que parecía aquello un campamento. Era la víspera de la fiesta: unos cuantos miles de aldeanos dormían y vivaqueaban sobre el campo. Veíanse aquí y allá numerosas fogatas: en un lado se comía y bebía, en otro se bailaba ó danzaba, y en otro el auditorio oía con atención el relato de un anciano peregrino de toda su vida al santuario de Candás.

Rafael, Murillo ó Miguel Angel hubieran muerto de espanto ante los cuadros que la piedad envía al Cristo de Candás. Grande, inmensa es la benevolencia de Dios: ningún ateo se atrevería allí á negarla, porque solo la infinita misericordia del Señor puede soportar la presencia de tanto y tanto mamarracho.

Buques que navegan en mares de natillas, muletas que parecen estar sostenidas por enfermos, cabezas copiadas del reino vegetal, vegetales del reino animal, caras de mujeres que podían vestir sin estrañeza uniforme de zua-vo, y en fin, figuras que el mismo Champollion, no hubiera descifrado.

Y de Candás—el refrán lo dice—*el Cristo no más*. Nada hay allí que llame la atención, á no ser el pobre y miserable caserío que guarda á unos habitantes todavía más pobres y desventurados.

Aquel mismo día regresamos á Avilés.

Al siguiente entraron muy de madrugada—¡qué escán-

dolo!—casi al rayar el alba nuestros obsequiosos amigos en nuestra habitacion.

—¡Hola, hola!—gritó uno de ellos.—¡Cómo ¿y aquel precepto de Voltaire:

¡L'ennui naqui un jour de la uniformité!

Abrimos los ojos maldiciendo á nuestros amigos, cuya accion nos parecía abominable, y entre maldiciones y conjuros abandonamos los blandos colchones.

—¡Y bien! ¿qué demonio de ventolera os trae á estas horas por aquí?—preguntó F. con visible mal humor en tanto que se arreglaba algun tanto sus discolos y alborotados cabellos.

—Nada; nada, concludid de vestiros, acabad de despertar, quitaos las telarañas de los ojos y luego lo sabreis.

La curiosidad hizo que en menos de un cuarto de hora estuviésemos ya dispuestos para cualquier clase de aventura.

—Vamos, vamos, ¿qué es ello?—preguntamos con ansiedad.

—Una cosa muy sencilla; hemos dispuesto una caceria en la Deva.

—¡Una cacería!—Esta palabra borró todo nuestro anterior mal humor, y nos puso tan contentos, que F. y yo empezamos á distribuir abrazos entre nuestros amigos.

Sin embargo, recuerdo que algunos le tocaron á la hija de la patrona, que entraba en aquellos momentos con el chocolate. Por cierto que F. le dijo con este motivo á aquella jóven, que era una niña muy bonita:

—Angela, hagame Vd. el favor de devolverme eso, que se lo he dado por una equivocacion.

Nuestros amigos lo tenian todo dispuesto.

En la ria nos esperaba un bote tripulado por seis robustos marineros. En el bote una rica merienda y algunas botellas de champagne frappé.

—¿Habeis pensado en proveernos de armas?—pregunté.

—Es claro: teneis dispuestas unas excelentes escopetas del sistema Lefaucheux.

—¿Y cuchillos de monte?—dijo F.

—Eso es cuestion del servicio del almuerzo.

—Pero ¿no habeis dicho que es caza de pelo?

—En efecto: pero no de osos, sino de conejos.

Desde aquel instante bajamos todos en tropel dirijiéndonos hácia el muelle. Cerca de él estaba cuando me acordé de Hilario. Volví apresuradamente á la posada resuelto á rectificar mi olvido.

Encontré á nuestro alegre espolista con el desconsuelo pintado en la fisonomía. Cuando le dije que me siguiera, Heráclito se convirtió prontamente en Demócrito, dando tres ó cuatro piruetas.

—Señorito,—me dijo despues,—pensé que se olvidaban ustedes de mí.

—¿Olvidarte, Hilario? nunca. Yo marchaba, y sin embargo sabia que algo me dejaba olvidado. En un principio creí que era el pañuelo, pero despues me acordé de tí.

Al verme llegar con Hilario, mis amigos soltaron la risa.

—Caballeros,—dije al acercarme,—tengo el gusto de presentar á Vds. á una especie de Mr. Gerard, célebre cazador de leones...

—¡Hola, hola!

—Dí mejor,—añadió F.—que no quieres que haya funcion sin tarasca.

Se le dió á Hilario el encargo de velar por las provisiones, embarcándonos todos despues de pasar revista para que no nos quedára ninguna cosa necesaria en tierra.

III.

La mañana no podía ser más apacible. Solo algunas nubes blancas como copos de nieve, flotaban debajo del cielo que lucía un azul puro y trasparente.

La brisa que soplaba era un poco fresca, de lo que nos alegrábamos, porque podíamos aprovechar la vela, puesto que era nordeste el aire que apuntaba.

Poco tardamos en dejar la ría y en encontrarnos en el mar, donde desplegamos la vela.

Todos nosotros empezamos á fijarnos en Hilario, cuyas mejillas empezaban á palidecer. Iba á cambiar la peseta, y sentía los primeros síntomas del mareo. Era el único de nosotros que se mareaba. Los demás no solo nos hallábamos bien, sino que gozábamos ante la perspectiva que se presentaba ante nosotros.

El mar es siempre admirable, ora se le contemple en sus momentos de calma, ora cuando la tempestad agita borrascosamente sus olas, que adquieren entonces un color verdi-negro. Yo le he visto lo mismo que un lago, cruzando sosegadamente su superficie, en medio de un perezoso balance, y despues tornarse de improvviso aquella dulce y agradable calma, en un terrible combate de las olas, subiendo la débil barca hasta las nubes para ser despues rápidamente lanzada á los abismos.

En tanto que nuestros amigos cantaban, sin dignarse mirar un paisaje que estaban cansados de ver, F. y yo mirábamos á izquierda y derecha. La Deva se levantaba á nuestra izquierda como un cono algun tanto velado por la bruma.

El bote se deslizaba como una gaviota. El nordeste hinchaba suavemente la lona.

Cuando empezamos á virar para acercarnos á la Deva, descubrimos el Nalon, que desemboca por aquella parte en el mar, y que enseña sus siempre verdes y risueñas orillas. Los marineros que llevábamos eran inteligentes y atracaron sin dificultad á las rocas que forman el cimiento de la peña. Desembarcamos todos sin contratiempo.

El sol lucia ya su disco sobre el horizonte, y la brisa de la mañana se habia templado. No podíamos apetecer mejor tiempo que el que teníamos.

La Deva es muy abundante en conejos: si el que llevó allí la primer pareja de estos animales pronunció al soltarla las palabras del Génesis, *crescite et multiplicamini*, ha visto cumplido sus deseos.

Las muchas plantas vegetales que nacen en Deva y las sinuosidades de su superficie, hacen sumamente difícil el paso por ella.

Antes de todo juzgamos oportuno tomar algunas disposiciones que previniesen un desastre, porque habíamos ido á matar conejos, y no queríamos, ni mucho ménos, ser muertos, porque al fin no nos considerábamos conejos.

Empezamos, pues, nuestras esploraciones, marchando de bajo hácia arriba. A los primeros pasos empezaron á saltar conejos en todas direcciones, y se dispararon algunos tiros; pero á la verdad era difícil herirlos, porque como están tan poblados de malezas aquellos sitios, se los veia tan rápidamente que algunas veces se dudaba si era ó no una alusion.

A las diez de la mañana estábamos en la cumbre de la Deva. La caza no habia sido escasa, como lo indicaba un monton de conejos, muertos por nuestras certeras escopetas.

Hilario entre tanto aunque le habíamos confiado una carabina, como segun él no se trataba de combatir ene-

migos de la libertad, muy por el contrario, la habia arri-
mado á un arbusto, y allí descansaba. Otras ocupaciones
más serias y sobre todo más provechosas, distraian á
nuestro espolista. El mareo le habia abierto el apetito de
una manera asombrosa. Desde algunos momentos despues
de llegar á la Deva, no habia cesado de morder salchichon.
Verdad es que cuidaba á la par de prepararnos el almuer-
zo y de arreglarlo y tenerlo todo dispuesto. Ayudado de
algunos marineros, á quienes convirtió en pinches de co-
cina, nos preparó un plato de caracoles que podia hacer
honor al cocinero de un arzobispo.

Al reunirnos alrededor de las provisiones, la ale-
gria brillaba en todos los semblantes. Teniamos deseos
de tomar algo sólido y teniamos al alcance de la mano
la satisfaccion de este deseo, lo cual era para nosotros en
aquellos momentos el *sumum bonum*.

El sol nos calentaba sin sofocarnos, y los perfumes
acres,—permitaseme así decirlo,—que respirábamos en
aquella peña batida por todas partes por las olas del mar
parecian escitar nuestro apetito.

—Señores,—dijo uno de los cazadores de mejor humor
—*post nubila Phœbus*, ó lo que es lo mismo, despues de
tan cruda guerra á la carne viva, ensañémonos ahora
contra la carne muerta. Almorcemos.

—Sí, sí,—gritamos por unanimidad,—almorcemos.

Pocas fueron las palabras pronunciadas despues de
estas. Cada uno buscó espacio en qué tenderse ó posicion
cómoda en qué colocarse.

Hilario se desvivia por servir y complacer á los comen-
sales. En aquella gastronómica funcion desempeñaba los
papeles más activos, pero principalmente el de escan-
ciador.

—¿Sabeis lo que me recuerda este almuerzo?—pregun-

tó F. dirijiéndose á algunos antiguos condiscípulos suyos que se hallaban presentes.—Pues me recuerda cierta me-
rienda de campo que os dí, cuando estudiaba el quinto
año de filosofía.

—Por cierto que nos diste aquel banquete con una onza
que te habia mandado tu tío el canónigo para que te ma-
triculáras y compráras los libros de texto.

—Feliz memoria tienes. Para salir de los apuros en
que me encontré despues, dediqué un soneto á mi estu-
pendo y reverendo tío, y aun hago memoria del último
verso de este soneto en que hablando de la onza,
decia:

La trajo el iris y llevóla el trueno.

Pues bien, señores; la arrogancia poética de llamar á
un canónigo como mi tío, iris, me valió la más solemne
y gerundiana reprimenda. Creo que no se tendrá por cri-
minal mi lenguaje, sabiendo como sabeis que el canónigo
de ayer es hoy obispo.

—A la salud de los obispos,—gritó un compañero
medio aturdido por el jerez.

—*Ora pro-nobis*,—contestó Hilario alternando en la
general algazara.

—Yo dirijo un voto de censura contra los que así quie-
ren precipitar los sucesos.

—En efectó; todavia no hemos llegado á los postres.

—Pero por los obispos se puede brindar al principio.
Acordaos como empezaban las comidas de nuestros mayo-
res: *In nomini Patri et Filli et Spiritu Sancto*.

—Señores, que impere aquí la libertad individual. *Ubi
libertas ibi patria*.

—Dirijamos un voto de gracias á ese ciudadano que ha

guisado los caracoles. El es digno de las alabanzas de todos los que aquí se precien de gastrónomos.

—Sí, sí, que pase su nombre á la posteridad.

—¡Con cuánato fervor patriótico no se habrán sacrificado esos animalitos! Porque ser enterrados en nobles abdómenes liberales, no es condicion gloriosa que cabe á todos los caracoles. Más de uno de ellos al morir habrá dicho en su conocido lenguaje, la liberal sentencia de aquel romano: *dulce est pro patria mori*.

—Ea, dejarse de latines. Los latines son sospechosos hoy, é Hilario nos vá á mirar de mal ojo, porque el cura de su lugar es más realista que Chaperon, y no deja un minuto de refunfuñar en latin.

—¡Vóto al chápiro! ¡Mucho ojo porque he *cantao* ¡qué digo *cantao*! solfeao el trágala y no quisiera que se comiesen aquí ciertos manjares! Lo dicho y ¡viva Espartero!

—¡Vival...—respondimos todos.

—Ese grito merece que rompa Hilario la marcha al descorchar la primera botella de champagne.

—¡Ea! venga champagne.

Hilario dió una de sus acostumbradas piruetas, y cojiendo la botella que debia inaugurar los postres, empezó á besarla y dirijirla los más ridículos y graciosos epítetos.

—Hilario, ¿has servido tú con Espartero?—le preguntó uno de nuestros amigos.

—Cuarenta y cinco acciones de guerra, setenta y siete encuentros, veinticinco...

—Basta,—le dije yo.—¿Vas á hacernos una historia de la guerra civil? Además, sin necesidad de poner en un brete tu modestia, yo diré á estos señores lo que tú habrias de callar.

—¿Qué? ¿qué?—preguntaron algunos.

—Una gran cosa. El convenio de Vergara es obra de

mi espolista, que á tan duros destinos castiga la sociedad á los que la prestan los más señalados servicios.

—Descubrámolos todos, señores, ante este héroe anónimo de la paz.

—Hilario,—proseguí yo,—pasará algun día á la historia y su nombre se escribirá con letras de oro en mármoles y en bronces.

—¿Pero haces el favor de esplicarnos ese misterio histórico?

—Es muy sencillo, como lo son todos los graves descubrimientos, como el de Arquímedes, el de Colon el de Galileo....

—Qué, Galileo el zapatero que echa medias suelas á mis zapatos, ha hecho algun descubrimiento? Pues mire Vd. señorito, yo siempre le he tenido por hombre de muy poca cabeza.

—Hombre,—repuso uno.—Eso es natural. Un zapatero debe procurar ser pies todo él.

—Hilario—continué,—aunque henchido de un patriótico ardimiento, aunque habia espuesto la vida en cien combates, y saqueado cuatrocientos pueblos: deseaba ver felizmente terminada la lucha y eso que como Napoleon decia siempre á sus camaradas: «Aun no se ha fundido la bala que me ha de matar.» Profecía segurísima que vió despues confirmada en todas ocasiones. En Ramales creo que cayó herido de tres ó cuatro balazos. Pues bien, vuelvo al asunto. Maroto tenia una linda cocinera, tanto que se dudaba que no sirviera más que para guisar. Hilario, que la habia conocido cuando niña, la amaba, y ella correspondia á sus amores. Unas veces disfrazándose él de faccioso y otras ella de cristino, lograban verse. En estas amorosas entrevistas fué donde nació la grande, la salvadora idea de la paz. Un dia al despedirse los dos amantes,

Hilario con su uniforme de soldado de Espartero, dió un abrazo á su adorado tormento, y se le ocurrió esta idea luminosa: «¿Por qué no se han de abrazar así liberales y facciosos?»

Tal pensamiento espresado en voz alta, no desagradó á la cocinera. A los pocos dias la discreta vizcaina, porque la novia de Hilario era de Bilbao, se le ocurrió un guiso tan escelente que valia todo un *budin á la chipolata*.

Maroto se relamia á cada bocado que tomaba de aquel manjar, y tanto y tanto le gustó que en poco estuvo que no condecorára á la vizcaina con una distincion de guerra. El caso no sería el primero. Cruces hay que no recomensan ninguna accion, ni siquiera la de condimentar sabrosamente unas patatas. Contentóse por entonces con llamar á la cocinera, preguntándole con aquella dulzura y amabilidad peculiares de aquel personaje:

—¿Cómo se llama este plato?

—Señor,—respondió la cocinera bajando los ojos,—se llama el *abrazo*.

—Basta, basta, ya lo comprendemos todo.

—Propongo que al levantarnos ahora para empezar nuevamente la caza, Hilario coja la escopeta y se venga con nosotros.

—Eso, eso es.

Esto sugirió á F. la idea de escojer uno de los conejos más flacos que habia en el monton de los muertos, y se escurrió con él por en medio de los jarales.

Al volver me dijo:

—Es necesario que llevemos á Hilario hácia aquel sitio.

—¿Para qué?

—Para que tire á un conejo que tengo yo preparado.

—Hilario,—dijo F. levantando la voz,—coje tu escopeta y siguenos.

—Bueno, bueno. Así veré si tengo la misma punteria que cuando mataba facciosos.

Todos los demás nos siguieron para ver el desenlace de la broma.

—¡Alto!—esclamó suavemente F. deteniendo á Hilario del brazo.—Mira: ¿no ves allí entre las matas un conejo?

Hilario siguió con la vista la direccion del brazo de F. y contestó echándose la escopeta á la cara:

—Sí, le veo y ahora mismo le voy á dejar seco.

En efecto disparó y el conejo se quedó en el sitio.

—¡Bravo!—esclamaron todos.—¡Redondo!

Y nos dirigimos hácia el conejo para que Hilario le recojiera.

Cojióle nuestro espolista dando sus acostumbradas piruetas de alegría.

—¡Calle! ¿qué demonio estaba comiendo ese conejo?—dijo F. examinándole la boca.

Y todos soltaron una estrepitosa carcajada.

De la boca del animalito habia salido nada menos que una pastilla de goma.

Hilario se quedó estático.

—Pero, señores, ¿qué significa esto?

—Repara,—dije yo,—qué ese conejo está muy flaco y que acaso acudiria á las pastillas, porque padeceria del pecho.

—¿Será posible,—repuso Hilario asombrado,—que haya aquí arbustos que den pastillas de goma?

—No, hombre; lo que hay es conejos tan farmacéuticos como el doctor Simon.

Despues de este accidente y refrescadas un tanto las cabezas, la caza empezó de nuevo, hasta que el sol nos envió sus últimos resplandores. Entonces recojimos nuestros avios, disponiéndonos á bajar para embarcarnos en la lancha.

Además de los muchos conejos que llevábamos, los marineros habian recojido una gran cesta de huevos de gaviota.

Al dirijirnos á Avilés, el remo tenia que reemplazar á la vela, porque habia lo que se llama una calma chicha.

El crepúsculo empezaba á estender su sombra misteriosa sobre los objetos, y algunas estrellas fulguraban su pálido resplandor sobre un cielo límpido.

El monótono son de los remos al caer acompasadamente sobre las aguas y el cántico de los marineros, incitaban al sueño.

¡Qué bellas deben ser las veladas del mar en las noches de calma, cuando las brisas rizan blandamente las olas!

Durante algunos intervalos guardábamos todos un profundo silencio, entregándonos á ese ensimismamiento poético que se apodera del alma ante la contemplacion de los cuadros de la naturaleza.

Cuando llegamos á San Juan, los últimos vapores del champagne se habian desvanecido en todas las cabezas.

Entonces solo sentíamos el cansancio. Sin embargo, todavia al desembarcar marchamos todos hácia el café para dar allí terminacion á una broma tan felizmente realizada.

IV.

Pocos dias despues de nuestra escursion á la peña de la Deva, determinamos dar un cariñoso adios á nuestros amigos de Avilés y emprender el camino de Cudillero, donde nuestro amigo Gilberto nos esperaba con impaciencia.

Montamos pues en nuestros jacos y emprendimos la

marcha, llevando dulces y agradables recuerdos de la hospitalidad afectuosa con que se nos había distinguido.

En la molicie de Avilés, las piernas de Hilario parecían haber perdido sus naturales brios, lo cual le hizo sudar la gota gorda.

Deshacíase en elogios de los caballeritos de Avilés como él llamaba á nuestros amigos y por las veces que repitió «¡Qué liberales son!» llegamos á presumir F. y yo si le habrían dado algunas propinas.

No tardamos en llegar al castillo.

Descúbrese desde lo alto de este pueblo, colocado encima del Nalon, un bello paisaje. El rio mirado desde allí parece un lago de serena y azul superficie. El castillo que ha dado su nombre á este caserío muestra sus pardos torreones sobre una colina que se irgue en las mismas orillas del Nalon.

Nos costó algun trabajo embarcar los caballos para pasar el rio, pero al fin lo conseguimos. Desde el rio dirijimos una mirada á la Deva que se levanta cerca del punto en que desembocan las aguas del Nalon en el mar.

Desde lo alto de Muros vése el más grande de los rios asturianos como una ancha cinta de plata arrojada en un verde campo. Más allá, escondida como una tórtola entre los álamos, está la antigua corte de Pravia, residencia que se comprende escojieran los antiguos Reyes de Asturias por lo pintoresco y hermoso de aquellas campiñas.

En Muros encontramos á Gilberto, que nos esperaba, y á otro jóven, de poblada melena rubia y de ojos negros á quien no teníamos el gusto de conocer.

Todos marchamos juntos hácia Cudillero. Lo hermoso de las poéticas aldeas que nos rodeaban, sembradas de blancas casitas, nos hubiera engañado, si juzgáramos por ello la belleza del pueblo al cual nos dirijíamos. Despues

de encontrarnos en un hermoso plano lindamente pintoresco empezamos á descender.

—Allá bajo está Cudillero,— nos dijo Gilberto.

A medida que bajábamos, íbamos encontrando casas que nos señalaban la proximidad del pueblo. Cuando estuvimos en el centro, Hilario miraba y remiraba la poblacion que se levanta allí en la forma de un fantástico anfiteatro.

Apeámonos en la plaza, subiendo luego para descansar un momento en casa de Gilberto.

V.

Antes de otra cosa es necesario que digamos dos palabras sobre nuestro amigo.

Gilberto L. tenia á la sazón unos treinta años, y sobre unos cien mil duros de capital.

Hijo de una familia muy modesta, tuvieron que retirarle de la ciudad de Oviedo, á donde le enviaran á estudiar, porque sus padres no podían soportar estos gastos.

El niño tuvo que optar poco despues entre los dos términos de este dilema: ó aprender un oficio ó marchar á América á probar fortuna. Elijió este último y se marchó á la Habana.

Gilberto era laborioso y despejado; pero así y todo hubiera tardado mucho tiempo en adquirir un capital que le permitiera regresar á su país para vivir en él con alguna holgura.

La fortuna de Gilberto habia nacido de una inspiracion. Jugó á la lotería, y le cayó el premio gordo, el premio de cien mil duros.

Gracias á esta distincion de la suerte pudo cerrar los

libros de caja que llevaba en un establecimiento de comercio, y volver á su país natal cuando solo tenia veintisiete años; es decir, en la flor de la juventud.

Gilberto vivia bien: poseia una renta que le proporcionaba lo bastante para pasar una vida verdaderamente regalada en Asturias.

Residia unas veces en Oviedo, otras en Avilés y otras en Cudillero, pueblo *bizarro*, como él le llamaba, y que tenia á sus ojos los atractivos que ciertamente no hubiera encontrado allí ninguna persona vulgar.

Compró, pues, una casa en Cudillero, amueblándola con sencillez, pero con mucho gusto. El gabinete donde F. y yo estábamos alojados era una bonita habitacion, decorada con suma sencillez, pero con elegancia.

Gilberto tenia además una biblioteca recreativa, donde podian pasarse ratos muy agradables. Encontrábanse en ella las publicaciones españolas, francesas é italianas ilustradas, cosa que influyó notablemente para que Hilarrio pasára las horas muertas en la biblioteca hojeando grabados.

Uníame á Gilberto los vínculos de la amistad desde la niñez. Con él habia corrido cien veces por el campo de San Francisco. Y aquella amistad se mantenía firme, quizá porque habia nacido al calor de unas bofetadas que nos habíamos dado por una de esas fáciles reyertas de la infancia.

Después de su regreso de América era la segunda vez que Gilberto y yo nos veíamos.

Recibiónos con una alegría sincera, y su mejor deseo era el de que pasáramos con él una larga temporada. Nos ofrecía hacer todo lo posible para que no nos aburriéramos: pescar, cazar y pasar el tiempo entregados á las bromas que más fueran de nuestro agrado.

Como nos esperaba , tenia dispuesto el almuerzo, y pasamos seguidamente al comedor.

Gilberto , que conoce nuestra decidida aficion por el café , nos dió unas magníficas tazas del moka , que saboreamos como los israelitas el maná.

Si bueno , si escelente era el café , buenos , escelentes eran los cigarros habanos , cuyo aromático humo embelena el espíritu , sumiéndole en el sueño más perezoso y agradable.

El ron era magnífico. Figuraos un barril encontrado en la mar por los pescadores , barril lleno de musgos , de algas y de conchas. Figuraos que el pobre náufrago llega á tierra y pasa *ipso facto* á las bodegas de Gilberto , y figuraos que despues se estraen de él unas cuantas copas de un líquido que se llama ron. ¿Qué tal será él? Segun los cálculos de los marineros , su inmersion en el agua podia contar de diez á doce años; un calafate muy entendido hacía remontarse este período á diez y seis , juzgándolo por la costra que el barril adquiriera durante el tiempo que flotára sobre las olas; en fin , un barril de buen ron , que habia tardado dos ó tres lustros en llegar á su destino. Yo comprendí ante aquel comfortable licor , el vicio de la borrachera porque incitaba á embriagarse.

Fumando nuestros esquisitos vegueros y entre chupada y chupada , echando sorbitos de Moka y de Jamáica , confieso que nunca disfruté placeres tan agradables á los sentidos.

¡El Oriente! ¡Entonces adivinaba todos los goces de los mahometanos , todos los encantos de los harenes , todas las perezosas dulzuras de aquella vida que se desliza entre el blanco humo de las pipas otomanas , el vapor voluptuos del café y el amor poético de la Turquía!

F. me miraba. Tenia toda la fisonomía de un Gran

Señor, de un Sultan en los momentos en que le sonríe la felicidad.

Indolentemente sentado en la butaca, soltando suavemente el humo del veguero como si le doliera que escapara aprisa de su boca, en tanto que Gilberto y yo abríamos las páginas de lo pasado evocando recuerdos de otros días, él improvisaba á media voz ó recitaba versos del inmortal Quintana, hácia los cuales habia ya despertado en el corazon de F. la santa veneracion que yo les consagro.

Hilario estaba en la cocina, devorando en silencio la pena que le causaba verse separado de nosotros, porque, por decirlo así, le habíamos emancipado elevándole á nuestra propia categoría.

Terminado el café salimos á dar una vuelta con Gilberto para reconocer el país.

A decir verdad, aquel pueblo escalonado, compuesto en su mayoría de viviendas de pescadores, me agradaba por su misma originalidad.

Subimos á la Atalaya, llamada así porque domina al pueblo. Á nuestros pies teníamos á Cudillero, en frente los dilatados horizontes del mar, y á nuestras espaldas una campiña alegre y risueña.

Gilberto subia á la Atalaya la mayor parte de los días. Tumbado en el césped, fumando su pipa y leyendo alguno de sus poetas favoritos, consumia allí la tarde. Hablaba con verdadera alegría de los placeres que le proporcionaba la contemplacion del cuadro que se desplegaba ante sus ojos. Con su magnífico anteojo podia descubrir desde la Atalaya los más pequeños detalles de los buques que cruzaban por el horizonte.

—Siento mucho,—nos dijo Gilberto,—que no hayais podido venir á la fiesta de San Pedro. Entonces es cuando

hay aquí animacion y cuando las costumbres de los marineros se encuentran en toda su pureza.

—Amigo mio, —contesté yo, —no nos culpes de una falta involuntaria. San Pedro es tambien el patrono de mi parroquia.

—Pues bien: si el año que viene quieres prescindir de la fiesta de tu lugar, ven á Cudillero y no te pesará de ello.

—Pero vamos á ver, ¿qué pasa aquí ese dia?

—Pasan muchas cosas, entre otras, la escena de la *muravela*, de la que habrias de conservar un eterno recuerdo. Voy á hacerte una pálida descripcion de ella:

El dia de San Pedro, los marineros sacan una barca del muelle, colocándola casi fuera de él. Despues la empavesan, la adornan con banderas y cintas de todos colores. Por la mañana el pueblo se reúne en torno del bajel, cuyas velas yacen amainadas. Una banda de música, seguida del clásico tambor y la gaita, anuncian que la procesion avanza hácia la ribera. En efecto, aparecen en fila las imágenes de San Pedro, San Francisco y la Virgen del Rosario, conducidas en hombros de los respetables jefes de la marinería del pueblo. Delante de San Pedro, llama desde luego la atencion un tipo extraño que bailotea de una manera descompasada. Su traje es por lo comun un conjunto de prendas militares, que arrancarían la risa al más misántropo. Lleva por lo regular un alto morrion, que recuerda á los antiguos realistas; casaca de largas faldetas y color de verde botella, con vueltas encarnadas; charreteras de estambre amarillo; pantalon de hilo blanco, y una gran banda de seda de colores, rayada, y pendiente de un tahalí de cuero, un tremendo sable. Este personaje es el protagonista de la funcion y el que hace por la mañana todo el gasto de ella. Cuando la pro-

cesion llega al punto en donde está la barca, coloca á San Pedro en la popa, único que goza este fuero, pues los demás se mantienen á una distancia respetable de la lancha.

Entonces el capitán, de cuyo traje acabo de darte una pobre idea, penetra en la barca. Una vez en ella desenvaina su espada, perora lo más graciosamente con la imágen del apóstol y apenas termina vuélvese dando una pronta voltereta sobre la tripulación, á quien ordena con voz cómica la maniobra. Los cohetes atruenan los aires: mil petardos colocados sobre los bordes de la lancha estallan con estrépito: los *gigantes* que se levantan á los lados empiezan á girar y á deshacerse lanzando en torno suyo carretillas; y en medio del humo que se levanta, vése á los marineros trepar sobre los palos de la lancha, virar y estender las velas, y al capitán enfurecido, jadeante, sin charreteras, pues se le caen en el calor de las voces de mando, golpeando con su espada, lo mismo sobre los costados de la lancha, que sobre las espaldas de los marineros que encuentra á su alcance.

—Vamos,—le dije al escuchar tan sainetesca escena,—el carnaval es en Cudillero por San Pedro.

—Guárdate bien,—me replicó,—de decir semejante frase delante de ningún individuo de este pueblo. Todo lo magníficamente solemne, grandioso y sério tiene aquí lugar en ese día. La expansión responde á un sentimiento de amor y de respeto; si hay demencia, es la del entusiasmo. Cuando los marineros han probado su agilidad, San Pedro que no siempre sale bien librado del simulacro, vuelve á ponerse en ruta: los patrones que le conducen, para manifestar que el santo sale de la lancha lo más complacido del mundo, empiezan á bailar, con lo cual el santo se jalea también que es un primor. El *capitán* bai-

la entonces á destajo, y por bajo del tremendo morrion le salen regueros de sudor. Ahora bien: ¿no te parece que esto merece verse?

—Sí, Gilberto, sí lo merece. En estos tiempos de civilizacion, bueno es que nos quede un recuerdo todavía de la infancia de los pueblos.

Hilario, á quien habíamos dejado cuidando los caballos, venia corriendo á reunirse con nosotros. Le habíamos hablado de una celebridad que residia en Cudillero, y tenia grande empeño en conocerla y venerarla.

—Señorito,—me dijo á mí en voz baja deteniéndome; —¿veremos al general?

—Sí, le veremos, te lo he prometido.

Como Garibaldi en Caprera, reside en Cudillero un hombre privilegiado, cuyas empresas y cuyos títulos le han ganado un puesto segurísimo en la historia.

No hay en la parte occidental de Asturias, quien no conozca á T... quien no haya pasado en alguna ocasion algunas horas oyéndole narrar sus inconcebibles aventuras. T..., es uno de esos genios oscurecidos por la inmensa virtud de una modestia heróica, que debiendo vivir bajo dorados artesones, rodeados de lujo y en la fastuosidad y en la grandeza, pasa una humilde y triste vida, fijo el pensamiento como Cincinato, en la cosecha de cebollas y de patatas.

Si la Grecia rompió el yugo despótico que la oprimia, lo debe á su membrudo brazo; si la Italia ha roto las antiguas ligaduras que la sujetaban, él ha iluminado la mente de Cavour é infundido aliento en el corazon de Garibaldi; si España se ha salvado de la garra del águila francesa, él contribuyó no poco á salvar la independencia pátria, como salvó tambien la libertad contra los tiranos que amagaban sumirla en sangre.

Pues bien: este hombre ilustre que en la temporada de ferias suele discurrir por Oviedo, confundido entre la multitud sin que le distingá de ella otra cosa que una raída casaca militar que lleva debajo de un pobre redingot, el famoso T... vive retirado en Cudillero.

¿Qué tiene de extraño que un liberal como nuestro espolista quisiera conocer al aliado de Garibaldi, cuyo retrato llevaba siempre consigo en las cajas de fósforos y en los libritos de papel de fumar?

Hícele, pues, la indicacion á Gilberto, el cual nos prometió que aquella misma noche tomaria café con nosotros el heroico T...

VI.

La primera noche que dormimos en Cudillero despertamos sobresaltados.

Habia interrumpido nuestro profundo sueño un espantoso vocerío, acompañado de súplicas y maldiciones, proferidas en alta voz por mujeres y hombres.

¿Qué era aquello? ¿Había ocurrido alguna terrible catástrofe que sumiera á todo el pueblo en el llanto y la consternacion?

Apenas me encontré completamente despierto, escuché con atencion por ver si averiguaba algo de la escena que ocurría; pero no llegaban hasta mí más que voces confusas, exclamaciones de dolor, y de cuando en cuando algunos robustos juramentos. Entonces me levanté y entreabrí las vidrieras del balcon que daba á la calle. Hacía un viento espantoso, y el cielo mostrábase cubierto de negros y revueltos nubarrones. De vez en cuando la luz

cárdena del relámpago vibraba en los aires para hacer más tétrica y sombría la oscuridad de la noche. Desde allí pude ya oír mejor, y confieso que produjeron un efecto tristísimo en mi alma el coro de dolor y de amargura que formaban todas aquellas voces.

Como reinaba un furioso huracan, creí al principio que se habria hundido alguna de las pobres viviendas de los marineros, y me retiré resuelto á lanzarme á la calle.

Miré el reloj y eran las dos y media.

Gilberto, despierto como yo, entró en mi gabinete, cuando acababa de vestirme, atropelladamente.

—¿Qué ocurre, qué sucede?— le pregunté.

—No puedo decirte con seguridad; pero lo adivino. Ya ves, estamos en pueblo de pescadores, y todas esas mujeres que lloran tienen á sus maridos y á sus hijos en la mar.

—¡Ah! ¡Y el mar estará embravecido!

—¿No oyes sus mugidos?

—En efecto, no parece sino que rompe los muros de granito que le aprisionan y que avanza...

—Saldremos, porque espectáculos como este no son para todos los dias, y es necesario que le contemplemos.

—Sí, sí, salgamos; pero despertemos á F. y á Hilario, que probablemente dormirán como dos angelitos.

Pasamos á la habitacion de F., que roncaba como un gañan.

—¡Eh! ¡Arriba, arriba! — le dije yo sacudiéndole por el brazo.—Y despues de repetir la operacion media docena de veces, conseguí que abriera los ojos como estupefacto.

—¿Qué es eso? ¿Qué diablos me quereis á esta hora?— dijo hostezando.

—Ya te lo diremos despues que salgas de la cama.

—¡Vaya! ¡Dejadme en paz! Y si proyectais alguna aventura, volved á referírmela mañana despues de las diez.

No le valieron sus excusas: hicimos que se levantara, y seguidamente lo efectuó Hilario, cuyo buen humor era en todas horas y ocasiones siempre el mismo.

Salimos, y nuestro fiel espolista rompía la marcha, alumbrándonos con un farol para no esponernos á romper una pierna.

Era tal el viento que hacía que apenas podíamos sostenernos. Marchamos hácia el muelle, cuyos paredones estaban cubiertos de mujeres y de chiquillos que ofrecían un golpe de vista diabólico á la luz de las teas que llevaban algunos en las manos. Cuando llegamos á este grupo los lamentos se contuvieron algun tanto.

—¿Qué ocurre?—preguntó Gilberto.

—¡Ah! señorito,—esclamaron;—ya vé usted cómo está el mar.—A la luz de los relámpagos veíase con efecto el aspecto furioso de las olas que se estrellaban contra el paredon, haciendo saltar mil copos de hirviente espuma.

—Sí, cierto,—contestó Gilberto,—la tormenta es grande; pero las lanchas habrán recalado en alguna parte.

En aquel momento el grupo de mujeres y de niños lanzó un grito horrible de angustia.

Acababan de descubrir una navecilla no lejos del muelle, tapada y vuelta á descubrir otra vez entre la balumba de las olas. Desde aquel instante el cuadro que ofrecían aquellas mujeres, y aquellos niños, era desgarrador.

Todas decían:—Es la lancha de mi marido, es la de mi hermano, es la de mi hijo;—y las lágrimas corrían de todos los ojos. Hasta el bueno de Hilario lloraba y clamaba á Dios, por la vida de los infelices tripulantes.

Como la luz que salía de la lancha, aparecía ó desapa-

recia, segun que las olas la levantaban ó nó, estos momentos eran de terrible ansiedad para los espectadores.

La entrada en el muelle era difícilísima: además entre las tinieblas se veía una franja blanca de agua que indicaba que había rompientes.

Estar en presencia de unos hombres que luchan con la muerte y no poder hacer nada por ellos, desesperaba el corazón de cuantos nos encontrábamos allí reunidos. La lancha avanzaba poco, muy poco: los que en ella venían ya nada podían hacer: el cansancio amarraba sus brazos.

Desde el muelle pasamos al sitio llamado *Baluarte* para descubrir mejor los terribles accidentes de aquel drama.

¡Oh! cada vez que hago memoria de aquella noche, mi corazón se estremece todavía ante el influjo de los recuerdos. Cada minuto era un siglo: cada vez que la luz de la lancha desaparecía entre las olas, todos dirijíamos nuestras plegarias al cielo por los pobres náufragos.

Las mujeres estaban ya roncadas de gemir y se retorcián los brazos de dolor.

Entretanto amanecía: la luz del alba tenía algo de siniestra.

La lancha estaba ya cerca del puerto, pero inspiraba los mismos temores, porque se iban viendo más distintamente todos los peligros que corría.

El viento se había calmado un poco; no así las olas, que se levantaban irritadas como terribles monstruos.

Algunos momentos despues de amanecido, pudimos ya ver la tripulación de la lancha. Los marineros ofrecían el aspecto de cadáveres: la tormenta había agotado todas sus fuerzas; parecía que no tenía ya voluntad más que para morir.

Las mujeres, con los brazos tendidos hácia el cielo

suplicaban prosternadas de rodillas, y nosotros en aquellos momentos solemnes, llorábamos al considerar nuestra impotencia.

Cuando la lancha estaba á algunas brazas del muelle, cuando iba á escaparse de todos los pechos el grito salvador, una ola rugiente la envolvió. Durante algunos segundos desapareció de nuestra vista.

La lancha volvió á aparecer, pero con tres hombres de menos que quedaron sepultados en el fondo del Océano.

Arrojando cabos á los que quedaban en la lancha cerca del muelle pudieron salvarse aquellos infelices; pero es imposible describir las escenas de horror que siguieron á tan terrible drama. Dos de los ahogados se recojieron aquella misma mañana: el tercero no pudo ser hallado.

VII.

Todo aquel día estuvimos bajo la penosa influencia del terrible drama que habíamos presenciado. No tuvimos humor para nada. Teníamos proyectada una espedicion á la ermita de Santa Ana de Montarés, tan venerada por todos los marinos de aquella costa, pero desistimos, sin quedarnos humor para salir siquiera de casa.

Pero á los pocos dias habíamos vuelto á recobrar nuestro natural buen humor é Hilario á dar sus alegres piroetas.

Gilberto nos prometió que pasaríamos una buena tarde, y al efecto trajo consigo al célebre personaje de que hemos tenido ocasion de hablar en las anteriores líneas. A su presentacion, Hilario se quedó algun tanto suspenso. Parecía increíble que bajo una facha tan ramplona se

ocultase el hombre que nosotros le habíamos pintado con tan maravillosos colores. En efecto, el llamado por nosotros general era un hombrecillo de baja estatura, encorvado, con una boca que llegaba de oreja á oreja. Vestia un paletó gris raído y debajo de él una casaca verde-botella, abrochada con una hilera de botones dorados. Al verlo corrimos hácia él con ademan respetuoso; é Hilario se cuadró, diciendo al propio tiempo sin abandonar por eso su posición:

—A la órden de *vueiciencia*, mi general.

T. le echó una mirada indiferente, y en seguida tomó asiento en una de las butacas que le teníamos reservada.

Aunque eran las dos de la tarde, T. se resistió á tomar café, y Gilberto fué bastante listo para comprender que era más propio de un militar que se le sirviese un trozo de jamon.

Hilario estaba asombrado al oír contar á aquel hombre las portentosas páginas de su vida; pero al escuchar las épicas narraciones de las batallas á que habia asistido, le cortó su relacion para decir con aire sentencioso:

—*Aicion* la de Luchana.

Porque para Hilario, ni Alejandro, ni Cambises, ni Annibal, ni Dumourier ni Napoleon, se encontraron jamás en un suceso militar de tan reñidas proporciones.

—Yo fuí precisamente,—respondió T.,—el que ganó esa accion.

El rostro de Hilario se inflamó de cólera. Acababa de tocársele la cuerda sensible.

—Perdone Vd.,—dijo comprimiéndose sin duda por respetos hácia nosotros;—esa gloria se le debe toda á Espartero.

—Esa gloria se me debe toda á mí, y la reina Cristina me ha felicitado por ello,—repuso el *general* con gran aplomo.

Hilario se puso pálido como un cadáver.

—El verdadero conde de Luchana soy yo,—añadió T.

—Eso la historia lo consigna,—dijo Gilberto,—y no hay una persona instruida que lo ignore.

Desde este incidente nuestro buen espolista perdió su buen humor, y no le hacian efecto alguno los episodios contados por el héroe. Despedímosle, pues, y así que hubo salido, Hilario se puso en pié diciéndonos:

—Señoritos, ¿se les figura á Vds. que soy bobo? Ese hombre es imposible que sea otra cosa *que un pobre hombre*. Tanto estuvo él en Luchana, como yo en Pekin y á pesar de todas sus hazañas, no sirve para descalzar un zapato al moreno (así llamaba muchas veces al duque de la Victoria).

Este detalle imprevisto nos impidió pasar un buen rato.

Ya habrán entendido nuestros lectores, que T. no es otra cosa que un monomaniaco cuyas estravagancias se remuneran compadeciéndole y aliviando su situacion de suyo muy pobre.

VIII.

Gilberto nos instaba á que nos quedáramos en Cudillero más tiempo, pero el naufragio que habíamos presenciado nos habia hecho un efecto de espanto tal que veíamos todos aquellos parajes cubiertos siempre con las tintas del terror.

Me acuerdo que el último día que permanecimos en aquella villa era un domingo. Por la tarde presenciarnos los bailes y las danzas de las mozas del pueblo, que tienen una fisonomía más blanca y de cutis más delicado que

las del centro de Asturias. Entonaban una danza que no habíamos oído hasta entonces y con sorpresa vimos que improvisaban las estrofas de sus monótonos cánticos y que éramos objeto de su vena. Como nos reíamos al escucharlos, esto daba nuevo motivo á la continuacion del romance que aunque no dejaba muy bien paradas nuestras flacas cataduras no dejaban de causarnos mucha gracia.

A la mañana del siguiente día montamos á caballo con direccion á Lueca. Gilberto se empeñó en acompañarnos algun tiempo y salió con nosotros.

Al dar vista á la magnífica concha de... no pudimos menos de detener nuestras cabalgaduras. Allí la quietud de las olas parece la superficie de un espejo inmenso. Pero los buques no se aprovechan de ella más que para escapar de alguna ruda tormenta.

—¡Qué lástima!—decía él.—¡Hé aquí un puerto hecho por la naturaleza, pero inservible para los fines del comercio y de la industria asturiana!

Después de pasar la aldea de Soto de Luiña cubierta de naranjos y de manzanos, el camino se va haciendo detestable por sus altos y bajos. Lo que hay de más agradable es el horizonte del mar que jamás se pierde de vista y que presenta á cada instante los cambiantes de aquel cielo, unas veces cubierto de nubes, y poco después diáfano y trasparente ó vice-versa.

Nos habían pintado el camino como infernal é íbamos tocando por nosotros mismos la verdad de la aseveracion. Las llamadas *Ballotas* son una série de cuestas que fatigan y molestan muchísimo. Se hace una jornada de ondulaciones, capaces de acabar con la paciencia de un santo Job. A veces envidiábamos á Hilario, y llegó esta envidia á ser tan positiva, que nos apeábamos de las jacas siempre que teníamos que *subir alguna cuesta abajo*.

Cuando llegamos á Luarca, ya la noche *habia tendido su negro manto sobre la tierra*, como diria un escritor original. Pensábamos no detenernos en esta villa más que el tiempo necesario para descansar de la jornada. Así fué que no esperamos más que la madrugada siguiente para proseguir nuestra ruta, dejando para nuestro regreso el conocer la cuarta poblacion en importancia del antiguo principado de Asturias.

Yo deseaba ardientemente llegar á Navia, porque esta villa, de pobre aspecto, encerraba para mí los más dulces recuerdos de la infancia.

Diez y ocho ó veinte años habian trascurrido desde la época en que pasára yo allí una temporada de algunos meses: el niño era ya un hombre. ¡Cuántos acontecimientos se encerraban en este período! Pero todos desagradables, todos infaustos. Entonces mi imaginacion comparaba dias con dias, épocas con épocas.

Presentábanse en mi mente todos los sencillos placeres de la niñez y todos los encantos de la amistad y de la familia, lo cual hacía el más doloroso contraste con las desgracias que más tarde llovieran sobre el hogar de mis padres, y por consiguiente sobre mi propio corazón. ¡Oh! ¡Cómo habia cambiado el aspecto de las cosas! O mejor dicho, ¡cómo habia cambiado el cristal por donde eran miradas!

Para la infancia, para la niñez, la tierra se ostenta siempre riente y cubierta de luz; el desengaño y la traicion no han emponzoñado todavía el alma, vertiendo en ella la desconfianza y el recelo.

A medida que avanzábamos en nuestro camino, despertábanse en mi memoria mayor número de recuerdos. A la media legua de Navia conocí el grupo de árboles á cuya sombra habíamos venido algunas veces á merendar. ¡Cuánto habíamos retozado sobre aquel césped, Luis, mi

querido amigo de la infancia, y yo! Todavía estaban trazadas en las cortezas de aquellos árboles las cifras que nosotros habíamos grabado sobre ellas!

F. no quiso detenerse en Navia, y prefirió continuar su camino hasta V..., que era el punto de nuestra escursión. Le dejé, pues, continuar sin disuadirle de su idea, porque él no tenía, como yo, nada que le atrajese con el irresistible imán de las memorias de la infancia hacia aquella villa.

La cariñosa familia en cuya casa me hospedara hacía tanto tiempo me recibió con los brazos abiertos. En aquellos momentos me hice la ilusión de que retrocedía bastantes años en el curso de mi vida. ¡Ay! pero ya habían sucumbido algunas de las cariñosas personas que formaban un verdadero concierto de familia. Nada habían variado las habitaciones: los cuadros y los muebles se ostentaban todavía con la severidad que había contribuido sin duda á hacerlos más permanentes en el tierno é impresionable cerebro del niño. Aun se movía con el mismo pausado movimiento la péndola de aquel reloj, cuyo monótono ruido me había inspirado horror tantas noches.

Desde el día de mi llegada recorrí con Luis, con mi antiguo amigo, todos los lugares que nos recordaban pasados é infantiles placeres.

El antiguo bote que nos había servido para *salearnos*, no existía, pero había sido reemplazado por otro más cortado y bonito. En él visitamos ambas orillas del Navia, de ese río cantado por Campoamor, cuya cuna se meció al borde de aquellas aguas.

Los cronistas dicen que Navia fué fundada por Noé al visitar á su nieto Tubal; que en tiempo de los romanos se hallaba murada, gozando entonces de alguna influencia. Confieso que no me preocuparon nunca sus orígenes históricos, y

que me he contentado simplemente con conservar hácia esta modesta poblacion el afectuoso cariño que guarda el alma para todo lo que le recuerda sentimientos dulces y lisonjeros.

Volví, pues, á despedirme de mis queridos huéspedes, que quizá rejuvenecian tambien con mi presencia, y emprendí solo el camino hácia el término de nuestro viaje. En las pocas leguas que crucé, echaba muy de menos la eterna charlatanería de Hilario, cuyas tonterías tenían el privilegio de hacerme reir más que á nadie.

Junto á la iglesia de Serantes, que dista muy poco del palacio de V..., me esperaban mis amigos. Apeeme y con ellos marché vía recta hácia el comedor de la casa donde nos esperaba á todos una abundante y apetitosa comida.

Nuestra permanencia en V... fué una continuada série de bromas. A los pocos dias nos conocian por nuestras locuras todos los aldeanos de la comarca.

Está la magnífica posesion de V... situada en un cerro á muy corta distancia del pintoresco mar cantábrico, cuyas perspectivas son siempre tan variadas, y hállase rodeada de numerosos árboles frutales, cuyas hojas veíamos caer con tristeza ante las últimas brisas del otoño.

Todas las tardes bajábamos á Castropol á jugar al billar, entre los *Pérsicos* como nosotros llamábamos á nuestros liberales amigos, por ser este el nombre que en remotos siglos se daba á los habitantes comprendidos entre el Navía y el Eo, antigua tribu, célebre por su amor á la libertad y la independencía.

Recuerdo que una templada noche en que la luna alumbraba vivísima, proyectamos bajar por el Eo á la Vega de Rivadeo. Hilario juraba por la memoria de todos sus antepasados, que despues de haber presenciado la terrible escena del naufragio de Cudillero no saltaria á la lancha.

—Hombre, por Dios, reporta tu miedo. ¿Cómo es posible que crean en tus hazañas esos señores si patentizas ahora tu inoportuno é infundado temor?

Esta observacion le hizo enmudecer, y penetró en la barca como el que sin saber nadar se lanzára en el fondo del abismo.

Estaba calculado que la marea nos dejaria llegar hasta la misma villa. Hilario al tocar la tierra, parecia decir para su interior: «¡loado sea Dios!» Y sin embargo, la tersa superficie del rio no permitia el más leve balance.

Toda la travesía la hicimos recitando versos inéditos que cada cual sabia de sus respectivos amigos. Todavía recuerdo los siguientes epigramas de mi amigo Eladio Rivas:

—Ha parido hoy mi mamá,
Dijo la inocente Obdulia
Gozosa en una tertulia.
—¡Cómo niña! ¿No hizo ya
Dos años por San Miguel
Que está tu padre en Burdeos.
—¿Y qué? Todos los correos
Recibimos carta de él.

—
Al hablar doña Liboria
De su difunto marido,
Con acento dolorido
Dice: «Dios le dé su gloria.»
Y yo á la verdad espero
Que goce eterno descanso,
Pues Dios prometióle al manso
Y él era como un cordero.

—
—Yo no acierto á esplicar esto;
Flaca como una lamprea
Há poco ¿cómo es, Andrea,

Que así tan gorda te has puesto?

—Me río de tus simplezas.

Pues qué, ¿ignoras, Baltasar,

Que también suele engordar

La mujer con sus flaquezas?

Siento, y lo siento vivamente, que mi memoria sea tan frágil, porque á no ser así podría citar unos cuantos bellísimos cantares que oí aquella noche, que no han visto la luz y que ni la verán probablemente, porque eran debidos á una persona que no hacia profesion de poeta.

La estancia en la Vega consistió solamente en pocas horas, pero como siempre bien empleadas, y tornamos á Castropol en extremo complacidos y contentos.

Es bellissimo el cuadro que presenta la desembocadura del Eo en el mar. A un lado aparece Rivadeo, en frente de él Castropol; y más á la izquierda del espectador el escalonado pueblo de Figueras. A la caída de la tarde, cuando el sol con sus últimos resplandores posa sus rayos sobre aquellos lugares, embelleciéndolos, el cuadro que desde allí se descubre es magnífico. ¡Ojalá que tenga la fortuna de contemplarle algunas veces todos los veranos! Pero el tiempo trascurría y necesitábamos regresar á nuestras casas. Hartos días habíamos consumido en una broma continuada. Hilario era el que más sentía volver, como nosotros le decíamos, á la *vida privada*.

El invierno empezaba ya á mostrar el cielo cubierto de nubes, y las sempiternas lluvias nos impedían por lo tanto las diarias expediciones y paseos con que nos entreteníamos y que hacían tan sabrosa nuestra estancia en V... En el campo cuando llueve no hay remedio contra el hastío.

IX.

Siempre que hago alguna escursion veraniega á mi país, y me encuentro al pobre Hilario, cuyas narices empiezan á tocar casi con la barba, me pregunta cuándo emprendemos algun nuevo viaje.

—Tus piernas ya no te permitirian servirnos de espolista; tendrias que ser plaza montada.

—Todavía, señorito, tengo las piernas bastante ligeras, y además al lado de ustedes, se bebe muy buen vino.

Como han pasado ya aquellas circunstancias, de *libertad é independencia* para mí; como en el dia no puedo dar un paso sin llevar detrás la argolla del deber, siento en el alma que no me sea permitido cumplir al veterano de la guerra civil, la promesa que le hice de darle ocasion de que echára unas cuantas canas al aire. No renunció á pesar de todo á la esperanza de hacer una expedicion seguido de Hilario, no á lo largo de la costa, sino para visitar nuestras magníficas montañas del interior.

GUANGA.

(BALADA.)

En una de las montañas que dominan la pintoresca villa de Pravia, que desde allí parece una bandada de palomas que ha descendido á beber en las azuladas corrientes del *Nalon*, brota una hermosa fuente que lleva el nombre que sirve de epígrafe á este artículo. Sus aguas filtran al través de la yerba, por la que se deslizan como otras tantas gotas de rocío que se desprenden de las flores cuando las mecen las brisas matinales.

Sería muy bello, reclinados en el césped, contemplar sus fugitivos raudales, deslizarse por la campiña, seme- jando trenzas de plata para llevar nueva vida á la rosa silvestre que vejeta humilde entre los brezos, si esa fuente no encerrára una historia, triste por demás para que el alma pueda entregarse á emociones risueñas.

Sería muy dulce adormecerse al suave rumor de sus aguas, soñando la gloria y los amores, si el murmullo que forman al brotar no remedase un lamento tierno y do- lorido como el que se escapa del pecho de una doncella enamorada.

Cuando sepais la historia de esta fuente, las que ha- beis dormido y soñado dichas junto á ella, sin duda

sentireis haber sonreído donde se han derramado tantas lágrimas.

Oid:

I.

Hace muchos años, una niña llenaba el cántaro en esa fuente.

Un jóven la miraba apasionadamente mientras balbuceaba algunas palabras.

Al oirlas, la niña temblaba.

Él estendía el brazo señalando los horizontes.

Ella colocaba una mano sobre el corazón.

Él cayó de rodillas.

Ella lloraba...

Él bebió en un ósculo dos tiernas lágrimas, y pronunció una palabra.

¡Aquella palabra era un adiós!

II.

El jóven era marino y partía.

Partía para muy lejos... muy lejos...

Ella quedaba para sufrir los horrores de la ausencia y para decirle al volver:

—Hé aquí mi amor, más grande, más intenso; ¿qué se hizo el tuyo?

III.

El marino cruzaba los mares, mirando desde la popa de su bajel el vívido lucero que resplandecía en Oriente; lucero que era la imágen de su amor.—No me olvida, no

me olvida, —repetía todas las noches que el lucero brillaba con nuevos resplandores. —¡Que ella se consuele también no dudando de mi fidelidad, y tenga por la imágen de mi cariño la estrella más vibradora de la noche!!

IV.

La niña está en la fuente.

¿Quién es el que entreteje con las frescas hojas del abedul el cántaro que lleva la niña?

¿Cómo es que rebosan sus mejillas el matiz de la rosa, y divaga en sus labios de cinabrio espresiva sonrisa?

¿Olvido?

—¡Olvido!

Otro amante merece sus miradas... sus pensamientos... sus sueños..

V.

El marino tornó á la aldea de su niña; y en alas de su amor, fortificado y engrandecido por la ausencia, corrió á la fuente perdidamente enamorado, loco...

Una nube velaba aquel lucero que tantas veces le habia hecho esperar.

La niña estaba en brazos de un nuevo amante...

—¡Perjural!—esclamó con sofocada voz el marino cayendo sobre el césped.

Una espuma blanca apareció entonces en la superficie de las aguas: de aquella espuma salió una niña incomparablemente hermosa: era una *Xama* (1).

(1) Creencia popular en Astúrias. Especie de ondinas que moran ocultas en los manantiales de las fuentes.

Tembló la jóven, y un momento despues desapareció arrebatada por la *Xama* en los manantiales de la fuente.

VI.

El marino murió de celos.

Cabe el sitio en que exhaló el postrimer aliento caen siempre esas gotas de agua, lágrimas tal vez con que una niña ingrata llora la falsía de sus amores.

VII.

—Niñas, si vais á *Guanga* y veis una fuente que vierte sus raudales en diminutas gotas, acordaos de una mujer infiel que expía su pecado... y bebed respetuosamente en ella para aprender y escarmentar.

NOREÑA.

(RECUERDOS.)

Alegre, pintoresca y en verdadero contraste con su estado; levántase á la derecha del que camina hácia Oviedo por la carretera de la parte de Oriente, la antigua villa de Noreña, coronada por el bello palacio llamado de Don Menendo que ocupa la cima de la colina en que se asienta esta pequeña poblacion.

Si el viajero, atraído por la apostura galana del pueblo y por el bello efecto que produce su conjunto, se decide á visitarle, bien pronto desaparecerá la ilusion y en vez de una villa hermosa se encontrará con un pobre caserío y unas calles sucias y descuidadas.

Nada más puro que el ambiente que allí se respira: nada más hermoso que el cielo que cubre la villa; nada más poético que sus alrededores cubiertos de frondosas alamedas.

El palacio de Miraflores enseña allí sus parduzcas paredes, levantándose por encima de las verdes hojas de los árboles que le rodean. Yo no lo divisó nunca sin recordar

una figura ilustre, un tiempo actor en nuestras luchas políticas, y despues consagrado en su ancianidad á meditar y escribir con sábia pluma sobre el difícil problema que envuelven los intereses económicos y sociales.

Como los años de mi infancia trascurrieron en Noreña, jamás olvidaré la impresion de veneracion y de respeto que me causaba la figura de Florez Estrada. Era alto de estatura y los años habian encorvado su cuerpo, sin duda alguna un tiempo esbelto y arrogante.

Mi inolvidable padre me le mostraba siempre como al preclaro varon que habia ilustrado la patria, no menos con sus virtudes que con sus luces, y yo en aquella corta edad no comprendia cómo aquel hombre que llenaba la Europa con su nombre vivia oscurecido en aquel rincon sin pompa ni superfluidad de ningun género.

Veíale pasar todas las tardes del estío, del brazo de un eriado, por aquellos amenos alrededores y muchas veces yendo yo con mi buen papá nos acercábamos á saludarle. En los momentos en que le acompañábamos, solia referirnos, ó mejor dicho referir á mi padre, algunas escenas de su agitada vida política tan llena de peripecias y peligros. Mi padre le escuchaba como un oráculo, celebrando de continuo la claridad de locucion y la profundidad de pensamiento de las narraciones de aquel gran patricio.

Antes de que la historia me enseñase las páginas en que se hallan escritas las traiciones y las miserias del último reinado, empezaba ya á conocerlas por los autorizados lábios del inmortal Florez Estrada. Desde entonces empecé á sentir horror y aborrecimiento hácia el soberano, que el economista pintaba con severos pero exáctos colores.

El palacio de Miraflores era la morada del condenado á

muerte por Fernando VII. Ocupaba una de las habitaciones bajas del edificio, cuyas ventanas perfumaban las madreselvas y el jazmin, y no la decoraban más que unas cuantas sillas y butacas antiguas, un estante provisto de libros y una espaciosa mesa de escritorio.

Florez Estrada vivía en este sencillo y modesto retiro completamente satisfecho: en él nada podía robarle las horas de meditación y de estudio, y cuando el trabajo le fatigaba, un paseo por el campo refrescaba su cerebro dándole nuevas fuerzas.

Muchas veces le hemos oído decir que nunca había vivido tan contento; que si la vida activa que había hecho, la hubiera dedicado á la ciencia por completo, el fruto que recojiera en la ancianidad hubiese sido sin duda más provechoso.

Gozaba Florez Estrada en el país de una profunda estimación y respeto: sus pequeñas rentas y las pensiones del Estado no le bastaban para distribuir entre los pobres, y muchas veces la virtuosa señora de Acebedo, dueña de la casa en que se hospedaba, llenaba sus bolsillos para que nunca se esterilizase el profundo amor hácia la caridad de aquel insigne estadista.

El año de 1851 las campanas de Noreña doblaron tristemente anunciando la muerte del eminente legislador y economista, y aquel pobre eco no tardó en traspasar las montañas y estenderse por la Europa entera. El mundo científico debía enlutarse, y los partidarios de la libertad y del progreso derramar una lágrima ardiente á la memoria de uno de aquellos generosos prohombres que arrojáran en Cádiz la semilla de la libertad á espensas de que fructificára con su propia sangre.

El pobre cementerio de Noreña recibió en su seno los despojos mortales del que honrara y enalteciera á su

patria con sus virtudes y su talento. Ni una inscripcion; acaso ya ni siquiera una cruz, señale su tumba.

Hace algun tiempo llegó á Noreña un extranjero. Apenas dejó el caballo que le condujera, en la posada, se dirigió á la casa del sacristan para que le permitiera visitar el cementerio.

—¡Singular ocurrencia!—debió pensar el sacristan; pero al fin ilusionado con la perspectiva de alguna buena propina, siguióle llevando las llaves del Campo-Santo. Apenas traspasaron el dintel de la puerta, el extranjero se descubrió, y el sacristan imitó maquinalmente aquel movimiento.

El extranjero paseó entonces una mirada por aquella reducida mansion de la muerte, sembrada de algunos árboles frutales, y en donde la yerba crece abundantemente.

Cualquiera que despues del momento de inspeccion que viera hacer á aquel hombre hubiera examinado su noble y ya anciana fisonomía, hubiera observado en ella una extraña y dolorosa impresion.

—Pues qué,—le dijo al momento al sacristan, con notable acentuacion inglesa,—¿no se descubre aquí á primera vista donde está enterrado Florez Estrada?

—¡Ah! no señor,—le contestó el interpelado;—pero yo sé dónde está: venga usted conmigo.

En efecto, el inglés siguió al sepulturero, que se detuvo al cabo de unos quince pasos.

—¿Vé usted esta cruz?—le dijo deteniéndose.—Pues aquí está D. Alvaro.

El extranjero arrojó entonces una mirada llena de veneracion en la modesta tumba, sobre la cual posaba sus plantas, y quedó como clavado en aquel sitio con los brazos cruzados y la cabeza caida sobre el pecho.

Trascurrian bastantes instantes, y el extranjero parecia cada vez más embebido en su meditacion.

—Este país,—le preguntó saliendo de ella al sacristan,— ¿no tiene veneracion y respeto hácia sus grandes hombres?

El sacristan no supo qué contestar: no le habia entendido.

—¡Oh!—repuso el inglés.—Ustedes los españoles no tienen más que reliquias religiosas: ¡como si la ciencia no las tuviera tambien!

—¿Qué quiere usted?—dijo el sacristan por decir algo al cabo y un tanto atufado por las palabras del extranjero: —aquí en España el que se muere, aunque sea más sábio que Salomon, lo-enterramos. En este cementerio no hay nichos; pero si los hubiera tenga usted entendido que D. Alvaro estaria en el mejor. La señora mariscala era bastante generosa para ello.

—¡Oh! eso es poco; eso no vale nada: el país, los ciudadanos son los que deben recojer de la fosa comun tan sagrados despojos, y veo con tristeza que la ingratitud ó el olvido los abandona.

Pero el inglés, que habia hecho un esceso de locuacidad, interrumpió la conversacion; inclinóse para besar el musgo, y despues de poner algunas monedas de plata en manos de su simple ciceroni, abandonó el Campo-Santo para regresar á la posada, tomar algun alimento y ponerse nuevamente en marcha.

Por una casualidad he oido despues, que este extranjero era un inglés, que en una goleta de recreó habia llegado á Gijon, y que no habia querido regresar á su país sin visitar la escondida tumba del economista asturiano.

*
* *

Nuestros recuerdos de esta villa nos han conducido á una disculpable digresion. Reanudemos nuestro primordial pensamiento.

El origen de Noreña es antiguo y aun quedan en ella

algunos derruidos caserones que indican una edad para ella más floreciente que los tristes tiempos que atraviesa. Segun algunos cronistas, el nombre de esta villa procede de *Nardimium*, ciudad astura, cabeza de los pueblos soelinos; pero su conocido origen no se remonta más allá de la fundacion de su antiguo castillo. Existia este un poco más abajo de la iglesia, y no quedan de él otros vestigios que alguna masa informe de sus macizas paredes en el próximo riachuelo y la huella de sus antiguos y profundos fosos. Sus últimos restos sirvieron para construir las tapias del cementerio; fatal destino que les cuadraba bien despues de su vida secular.

Algunos ancianos del pueblo todavía conocieron parte de sus carcomidas murallas; pero actualmente nada queda en su antiguo asiento; el musgo y la yerba crecen sobre sus sólidos cimientos.

Cuando D. Enrique empuñó el cetro que arrancára fratricidamente á su hermano, legó el condado de Gijón y Noreña á su hijo bastardo D. Alfonso Enriquez de Castilla, que fué desposeido de sus Estados por Juan I, en castigo de sus rebeldías, donándole en las Córtes de Segovia en 1383 al obispo de Oviedo D. Gutierrez de Toledo, y á todos los que le sucedieren en aquella dignidad.

Noreña habia sido hasta entonces una poblacion guerrera y de apuestos caballeros, y el efecto que esta régia donacion hizo en el país, puede considerarse por el nacimiento del adagio así concebido: *Con mal va Noreña que con pendon y caldera es hecho tierra de iglesia*, lo cual muestra la repugnancia de aquellos habitantes hácia el señorío sacerdotal.

Noreña no conserva tradicion alguna de su castillo, lo cual prueba que acaso no le fueron nunca queridas sus glorias.

El santuario del Nazareno, imágen muy venerada por todos los pueblos de aquellos alrededores, es actualmente el que proporciona á la villa las visitas de bastantes forasteros. La fiesta que se le consagra todos los años en setiembre, está concurridísima, no solo por los romeros que van á cumplir sus votos, sino por la juventud bullíciosa de Oviedo y Gijón que corre á donde quiera que la música y los fuegos artificiales la llaman al baile y al jolgorio. Verdad es, que la fiesta no defrauda nunca las esperanzas de los que buscan la algazara. Noreña es rumbosa y el *Decehomo* como la gente del país llama á la imágen del Dios Hombre, recibe una ovacion profana y divina como pudiera hacerla el pueblo más pudiente. Arcos de triunfo adornados de guirnaldas, vistosos globos, animadas músicas, diversos y vistosos juegos de pólvora, transforman el pueblo, cambiando su aspecto, antes triste y solitario, en otro alegre y bullicioso.

La estensa arboleda, donde se celebra la romería, ofrece aquel día un conjunto pintoresco. Los variados colores del traje de las aldeanas, los bailes y las giraldillas dan al cuadro un colorido de esa especial alegría de los campos que no tiene igual, y que no se encuentra en parte alguna más que debajo de las arboledas.

Desde el palacio de D. Menendo que como hemos dicho hállase situado en la planicie de la colina donde se levanta Noreña, se dilata la vista por una larga estension de terreno y con un antejo se vé la antigua ciudad de Oviedo, en sus más minuciosos detalles.

Y sin embargo, Noreña á pesar de verse coronada por un cielo diáfano y azul; á pesar de estar acariciada por

las frescas brisas que le envía el mar ó que vienen del seno de las numerosas arboledas que la circundan, ha sido dos veces terriblemente azotada por el cólera-morbo, una en 1854, otra en 1855.

He sido en esta última época testigo presencial de los horrores causados por la epidemia: he visto morir en una poblacion compuesta de 300 vecinos, 80 personas adultas en un solo dia... ¿Qué causas han podido influir en tan espantoso desarrollo de la epidemia? Lo ignoro: la ciencia lo ignora tambien.

Lo que sé decir, es que Noreña es un pueblo valiente, que no se intimida, y que es acaso uno de los pocos á quienes no se les puede aplicar aquella anécdota que refiere que habiendo encontrado un musulman al cólera le preguntó que á donde iba.—Voy á Constantinopla á matar 10,000 mahometanos.—Volvió al cabo de algunos dias á ocurrir el mismo encuentro, y el musulman le dijo al cólera:—¿Cómo decias que ibas á matar 10,000 mahometanos, si has muerto más de 50,000?—Yo he cumplido mi promesa: si han muerto 50,000, yo no tengo la culpa porque los 20,000 se han muerto de miedo.

Yo mismo me asusto, ahora que reflexiono á sangre fria, de los eminentes peligros que corrí en un pueblo tan inficionado; acaso la completa serenidad, y la preocupacion constante que me inspiraba el estado de personas queridas, me infundian aliento, evitando que mi pensamiento midiese toda la estension del abismo, sobre cuyo borde me encontraba.

Y en medio de aquellas terroríficas circunstancias no habia un médico en Noreña. Verdad es que la caridad multiplicaba todos sus esfuerzos, y que ningun atacado espiraba en el aislamiento.

¡Cuántas jóvenes dotadas de hermosura y de gracia he

visto desaparecer en breves horas de la tierra! ¡Cuántas manos callosas, curtidas por el trabajo, que acababa de estrechar, miré pocos instantes despues crispadas y retorcidas! ¡Cuántos adioses cambiamos aquellas noches, que solian ser en vez de un saludo nocturno una eterna despedida!

Hoy que puedo medir todo el valor que desplegué entonces acercándome á los atacados y prestándoles los pobres auxilios que estaban en mi mano, me asustó y creo que en la actualidad, en análogas circunstancias, no sería ni tan espontáneo, ni tan natural el desprecio que hiciera de mi vida, si es que no se desprecia más cuando se tiene menos serenidad y entereza.

Recuerdo que una noche vinieron á decirme que se habia descubierto una momia en el cementerio. Por el sitio que ocupaba el cadáver, designóse al momento la persona, y todavía habia muchos que la reconocian por el traje con que habia sido enterrada. Era yo muy niño cuando ocurrió la muerte del jefe político Sr. A., miembro de una noble familia de la provincia. Sus funerales habian sido pomposos, si se tiene en cuenta la modestia y pobreza de los entierros del pueblo. Acaso esta fué la razon de que se hubiese grabado en mi memoria este suceso.

Aunque eran las doce de la noche, y el cementerio, hacinado de cadáveres, debia ofrecer un lúgubre aspecto, encendimos un cigarro y nos encaminamos al Campo Santo.

Los muertos que durante la noche se habian recojido yacian tendidos sobre la yerba. Al fijarse la mirada en aquellos despojos lívidos, sobre los cuales arrojaba la oscuridad un compasivo velo, retrocedia espantada y temerosa.

Acercámonos al ataud y examinamos la momia, de la que ya no se conservaban más que los brazos y las piernas. El traje estaba completo: el charol de los zapatos,

relucía aun; debajo de la calavera todavía blanqueaba el cuello de largos picos de la camisa y se descubría el lazo del corbatin.

Cuando llegamos á aquel sitio, encontramos á una porcion de pilluelos revolviendo el ataud en busca de unos anillos que llevaba el muerto en sus dedos, pero nuestra presencia puso fin á una profanacion que amenazaba ser muy minuciosa.

Volvimos á clavar la derruida tapa del ataud, y no nos marchamos hasta que no quedaron sepultados aquellos restos.

*
* * *

Mas si entre mis recuerdos de Noreña hay páginas tristes, en cambio todas mis mayores alegrías nacieron allí, al borde de sus campos, y entre sus magnificas alamedas. Con la escopeta al hombro recorrí todos aquellos bosques, pasando los ratos más deliciosos de mi vida de adolescente.

—¿Te acuerdas, querido *Josepin*, tú que has sido mi hermano mayor, y el compañero de mis sueños y esperanzas, te acuerdas de aquellas deliciosas tardes de verano que hemos pasado á la sombra de los castaños soñando siempre y confiándonos nuestras respectivas aspiraciones?

¡Oh! primavera giuventu dell'anno

¡Oh! giuventu primavera dell'vitta.

El mundo creado entonces ha caido como el castillo de naipes levantado por la mano del niño, desvanecíase como la bola de jabon de tornasolados colores.

Ya tú y yo podemos decir con Espronceda:

—...¡Malditos treinta años!

Funesta edad de amargos desengaños.

Aquellos horizontes de color de rosa no existen ya ante nuestra mirada. Las aspiraciones de ambos se han trocado por la prosáica *ambicion* de ganar un pedazo de pan. El hombre empieza la vida siendo un D. Quijote, para acabar por ser un Sancho Panza.

* * *

A principios de este siglo, cuando la España entera trazó con la sangre de sus hijos esa epopeya que se llama *guerra de la independencia*, Noreña tuvo también campeonos que alcanzáran renombre en los campos de batalla lidiando contra el extranjero y humillando sus altivos pendones.

Por entonces logró renombre en la comarca por su osadía y su temeridad, un muchacho llamado Fombella, quien á la primera noticia de la estancia de los franceses en el Principado, cambió su profesion de hacer zapatos por la más noble y más útil á su patria; por la guerra.

Como allí el terreno es llano, pensó desde luego en organizar una pequeña partida de caballería para perseguir á los enemigos, y causarles toda clase de embarazos.

Reunidos á él los que en el pueblo se sentian vivamente inflamados de su ardor bélico, determinaron situarse á las inmediaciones de una Parada por donde tenian que pasar los aldeanos con sus yeguas.

Al primero que pasó le detuvieron.

—Dáme esa yegua,—le dijo Fombella,—necesitamos combatir por la patria y reclamamos de tí ese sacrificio.

El aldeano miró con sorpresa al novel cabecilla, que entre tanto le arrancaba el ramal de las manos.

La resolucion de Fombella amedrentó al aldeano; la

forma era brusca; pero el noreñés, como Maquiavelo, suponía que el fin justificaba los medios.

Así consiguieron verse pronto montados; para armarse no tuvieron tampoco mucho que discurrir: llevaban hoces ó pistolas hasta tanto que no se proveyeran, á costa del enemigo, de toda clase de pertrechos de guerra.

Un individuo de la partida formada entonces, cuyo número no pasaba de 12, me contó el primer encuentro que tuvieron con unos 20 coraceros que habian salido de la Pola de Siero con pliegos para el comandante de las fuerzas francesas que estaban en Oviedo:

«Nosotros,—me decia,—estábamos escondidos detrás de la colina llamada Pico de Sierra, y dispusimos atacarlos al propio tiempo por delante y por detrás (recuerdo perfectamente que no me dijo por vanguardia y retaguardia). Yo no llevaba más armas que un pistolote colgado á la cintura y una hoz en la mano. Las de mis compañeros eran análogas á las mías.

»El sol, que se reflejaba en los bruñidos sables de nuestros enemigos, fulguraba rayos centellantes que vinieron á herir nuestra vista. Cuando aparecimos en la carretera fué para correr á rienda suelta sobre el destacamento francés que ni tiempo siquiera tuvo de precaverse contra nuestra acometida. La refriega fué violenta y acaso se creían ya victoriosos de nosotros, cuando el rudo ataque que sufrieron por la espalda los aterrorizó de tal manera que la mayor parte huyeron por aquellos campos. Les hicimos tres muertos y cuatro prisioneros. De los nuestros pereció uno y salimos cinco heridos, entre ellos yo que recibí un pistoletazo en una pierna. Retirámonos inmediatamente á Noreña, donde fusilamos tres de nuestros cuatro prisioneros; perdonando la vida á un italiano llamado Guillelmo, que quiso pelear á nuestro lado

contra los soldados de Napoleon. Recuerdo que más tarde este infeliz que nos servía de intérprete en ocasiones, volvió á caer en manos de los franceses, que le quitaron la vida en el patio de la casa llamada el Jardin de la Pola, haciéndole sufrir los mayores tormentos.»

Así empezó Fombella sus correrías. A los pocos dias era conocido en todos aquellos alrededores por la audacia con que acometia las más árduas empresas.

Con el tiempo su partida llegó á contar 100 caballos y entonces los convoyes que salian de Oviedo necesitaban ir escoltados con fuerzas cuádruples para poder resistir las emboscadas y los ataques del guerrillero.

Fombella, despues de tantas hazañas, murió algunos años despues de terminada la guerra de la Independencia, pobre y oscurecido, en un hospital.

*
*
*

Amo mucho á Astúrias. Para mí es un país poético en toda la estension de esta bella palabra, un país que cuando sea conocido, que cuando la locomotora pase por debajo de sus soberbias montañas y atraviése sus agrestes valles, conquistará la admiracion y la simpatía de los que hoy hacen un gesto de desden cuando se enumeran las bellezas de aquel paisaje, que inspiró á Villamil sus fantásticas creaciones. Pero Noreña es el pedazo de tierra para mí más querido, porque allí se deslizó mi infancia y hasta mis propios dolores allí sufridos, los más rudos y grandes que he experimentado hasta ahora, hacen que mi corazon profese á aquel pueblo un verdadero cariño. Y sin embargo, no puedo entrar en él sin derramar lágrimas, y lágrimas amargas: las que brotan al calor de uno de los más tristes recuerdos. Mi madre yace enterrada en

el cementerio de Noreña y el cementerio es lo primero que se descubre al entrar en esta villa.

¡Por todas partes la ley fatal de las compensaciones! Y digo esto, porque los placeres más puros é inefables de mi vida están tambien en Noreña, y casi todos los objetos, cuando arrojo una mirada alrededor, me recuerdan pasadas dichas, que aunque pasadas, dejan yo no sé qué perfume en el corazon.

OLLONIEGO.

(VARIAS CARTAS.)

I.

A Manuel Llana.

¡Qué feliz es usted, amigo mio! Usted disfruta los dulces placeres del campo, respira las embalsamadas brisas de las arboledas, puede usted en fin andar en mangas de camisa y jugar á los bolos. Yo, por el contrario sudo aquí el quilo encerrado entre cuatro paredes, convirtiendo la estacion de la luz, en la de las tinieblas, porque durante el dia cuido bien de que no penetre un rayo de sol por entre las persianas.

Decirle á usted todo lo que le envidio, sería reseñar los placeres que se disfrutaban en ese apartado, pero pintoresco rincon, y contarle todas las penas y sufrimientos y horrores que se pasan en Madrid durante el estío. Mientras usted ha sido periodista ha tenido usted la dura necesidad de estar atado á esta especie de noria, alrededor de la cual se vive dando continuas vueltas. Hoy que no es usted obrero del pensamiento, vive usted la vida del hombre libre y llevando consigo un mazo de cuartillas, en donde quiera puede usted establecer su taller, á semejanza de los antiguos juglares que estaban bien donde quiera que se hallaban con su laud.

Créame usted, amigo: tengo 30 años y necesidad de hacer un largo descanso, porque la campaña ha sido larga y dura. Desde el año de 1854 que empecé en el *Centinela de Astúrias* á esgrimir la pluma, todavía no he cesado un instante de enviar lo que Balzac llama *papel cerebral* á la imprenta. Usted ha sido en este punto mucho más feliz que yo: el periodismo, con su trabajo diario, no ha enervado sus fuerzas intelectuales; usted ha pisado la arena candente donde luchan los gladiadores del pensamiento, pero ha abandonado usted el circo sin dejar en él nada de su fuerza. Yo por el contrario tendré que perecer en él: *alea jacta es*.

Ya que no me es lícito sacudir el pesado yugo, escríbame Vd. largo, hábleme de sus impresiones al visitar despues de tantos años esas encantadoras montañas. Acuérdesse usted en fin de este periodista y de las largas horas que pasa recibiendo en estas noches de julio y agosto el calor de dos inmensos mecheros de gas sobre la cabeza.

Le escribo á usted á Olloniego, porque supongo que habrá preferido usted para su estancia la aldea á la ciudad.

EVARISTO.

Agosto.

II.

A Evaristo Escalera.

Querido amigo: Ha hecho usted muy bien en suponer que, al abandonar la córte, fijaría mi residencia en la aldea, pues conoce como yo por esperiencia la gran verdad que encierra el dicho vulgar: *córte ó cortijo*.

Gracias á esta predileccion por el campo, puedo, como usted dice, andar en mangas de camisa y dedicarme con toda libertad á los placeres que ofrece en la presente estacion un país como Astúrias, cubierto de verdes prados, de montañas que ostentan una vigorosa y exuberante vegetacion, surcado por numerosos rios y arroyos, y bordado por el inmenso Océano, que nos envia continuamente sus frescas brisas.

Usted solo ha visto á Olloniego en una noche de luna, atravesando rápidamente la carretera en una silla de posta, y si bien al primer golpe de vista, ha podido usted juzgar de las principales bellezas que ofrece este recinto, debieronsele haber escapado multitud de detalles en extremo pintorescos y que contribuyen á formar un conjunto delicioso.

No ignora usted que hacia algun tiempo que no recorria estos parajes, que casi habia olvidado en el bullicio de la córte y en medio de sus ruidosas distracciones, y por lo tanto no estrañará que las impresiones que los primeros dias he experimentado fuesen enteramente nuevas, y por eso mismo vivas y enérgicas.

He visitado con el respeto que siempre infunden las tradiciones, las ruinas del famoso castillo de Armatilla, centinela avanzado de la ciudad de Oviedo; el cual en sus muros alimentó en muchas ocasiones los repetidos alardes que hizo esta provincia hace ya muchos siglos para conquistar su independencia. Encuéntranse las citadas ruinas sobre una elevada montaña, cuya subida es áspera y fatigosa, pero desde cuya meseta se disfruta el más variado paisaje, que permite á la vista espaciarse por la série de cordilleras que terminan en la costa, como para oponer un dique infranqueable á las invasiones del Atlántico.

Todavía permanece en pié una parte de aquel fuerte edificio, desafiando orgulloso las injurias del tiempo, que apenas logran causar en él la más ligera mella. Desde este elevado nido, habitado en otro tiempo por hombres de hierro, dominanse muchos y pintorescos pueblos, situados en el fondo del valle del Nalon, que serpentea caprichosamente dejando á uno y á otro lado feraces vegas cubiertas de verdura, de frondosos árboles, de risueños prados, de casas rústicas y de molinos pintorescos.

Hace algunos siglos este castillo causaba indecible temor á los habitantes de estos contornos; pues de él salían con frecuencia los hombres de armas, que olvidando su verdadero objeto, que era la defensa del país, se lanzaban sobre los indefensos pueblos, los cuales experimentaban todos los horrores de las depredaciones de aquellos hombres, que más que el dictado de soldados merecían el de bandidos.

Cansáronse los pueblos de dirigir reclamaciones inútiles á los soberanos y llegó un día en que comprendieron que la única garantía de su tranquilidad era la union, y aquellos elevados torreones y fuertes muros cayeron á impulsos de los esfuerzos de una muchedumbre mal armada, pero que combatía con la fé y el entusiasmo que siempre presta la defensa del hogar y de la familia. Hoy solo se conserva por medio de la tradicion oral el recuerdo de las pasadas fechorías, y aquellas ruinas inofensivas son un nuevo adorno que el hombre ha añadido á los encantos que la naturaleza ha derramado con mano pródiga en aquellos contornos.

No siempre en mis continuas escursiones por la campiña, me dirijo á las ruinas del castillo de Armatilla; pues cuando no me siento con la suficiente agilidad para trepar por la áspera montaña, sigo la carretera hasta el

puede que se encuentra antes de comenzar la cuesta de Manzaneda, y desde allí, por un estrecho sendero, bajo hasta las pintorescas márgenes del Nalon.

Nada más risueño, nada más pintoresco y encantador que el sitio á donde conduce este sendero. Figúrese usted, amigo, si es que puede, encerrado en el recinto de la redaccion de LA IBERIA, una verde llanura, cubierta de espesos y frondosos castaños, desparramados caprichosamente, que nacen entre un menudo y aterciopelado césped, en el cual crecen á millares blancas y rosadas margaritas silvestres con sus botones de oro; añada usted la suave brisa que el rio conduce con sus aguas á aquel retiro; el silencio que se respira por todas partes, solo turbado por el murmullo del Nalon, que por allí se desliza mansamente, formando una ancha sábana de agua, y habrá logrado formarse una idea aproximada de las bellezas que encierra aquel rincon ignorado, por el cual rara vez atraviesa ningun ser racional.

Allí, en aquel paraje, siéntese el alma poseida de la calma y la tranquilidad y es el mejor contraste que puede presentarse con el atronador estrépito de que usted se encontrará rodeado á todas horas, ya permanezca en su casa huyendo de la luz, como hacen los malvados, ya discorra por los paseos de esa coronada villa, en donde vegetan trabajosamente unos cuantos raquíticos arbustos; ya se siente en una de las sillas del paseo de Recoletos, en la cual se verá rodeado de los vendedores de agua, azucarillos y merengues, de los arpistas ambulantes, de los vendedores de naranjas, etc., etc.

Sí, amigo mio; razon tiene usted en envidiarme.... pero ¿quién sabe? Quizá por una de esas estrañas rarezas del destino sea más desdichado que usted. En efecto, usted lleva su cadena con bastante resignacion; hace algun tiempo

que ha prescindido de todo esto; pero yo que estoy aquí temporalmente y tengo en perspectiva la vuelta á la vida cortesana, de la cual ni usted ni yo disfrutamos más que los sinsabores, me siento en extremo contrariado.

Días pasados, recostado al pié de uno de estos verdes castaños en el paraje que ligeramente le he descrito, lanzado por el impulso de la imaginacion me entretuve en formar, no diré un castillo, sino más bien una choza en el aire.

Cerrando los ojos veía realizado todo mi dorado ensueño. Recostada en la colina que limita por una parte la llanura, veía una linda casita rústica de madera, de estilo suizo, tallada de la manera más caprichosa, y distribuida con la más grata variedad.

A su lado crecían unos cuantos árboles frutales que la ceñían casi por todas partes, y en la verde pradera que se estiende por delante, algunas vacas paciendo sosegadamente hacían oír el acompasado son de las esquilas.

En la orilla del río balanceábase con dulzura á impulsos de la corriente una pequeña barquilla en un pintoresco embarcadero, formado por arbustos y protegido de los rayos del sol por algunos árboles seculares.

Ya me hacía la ilusion de que me veía dueño de aquel pequeño paraíso, haciendo la vida campestre, gustando de los sencillos manjares que allí pueden obtenerse, y unas veces paseando por el bosque, otras cuidando las flores y las hortalizas, otras, en fin, dedicado á las faenas de la pesca ó de la caza, me contemplaba completamente feliz.

Distraído con estos pensamientos, un libro que habia llevado conmigo y que tenia sobre mis rodillas, fué deslizándose poco á poco hasta que cayó al suelo. El ruido que produjo, me sacó de mi éxtasis bucólico, y al recojer-

le de nuevo, noté que de entre sus hojas habia salido un papel que servia de registro.

Era, amigo mio, una carta de usted, una carta en la cual me participaba que nuestro editor necesita cuartillas, que los suscritores se impacientan, y que debia por lo tanto abandonar pronto aquellas dulzuras, aquella tranquilidad, aquel reposo.

No pude menos entonces de esclamar con Samaniego:

«El cántaro cayó; ¡pobre lechera!»

Al cabo de un rato se me ocurrió una idea que comunico á usted y que le suplico realice. Tome usted para los dos un billete de la lotería y si nos cae el premio gordo venga conmigo, compraremos este pedazo de tierra, construiremos la casita suiza y nos dedicaremos á la vida campestre, como pensaban D. Quijote y Sancho al regresar por última vez á su aldea.

A la puerta de la casa colocaremos los primeros versos de la oda de Horacio:

Beatus ille qui procul negotiis.

Y prohibiremos en nuestros dominios la introduccion de todo impreso político para no recordar la época de nuestra desventura.

Se me olvidaba decir á usted que cerca de este lugar existe la famosa gruta de las xanas en una roca caliza que el Nalon atraviesa á la salida de este valle. A ella diremos alguna vez nuestros pasos y recordaremos á nuestro malogrado amigo Antonio Arango, que tan bien supo pintar estas divinidades de las aguas puras y cristalinas en sentidos é inspirados versos.

No deje usted de avisarme por el telégrafo cuando nos toque la lotería.

MANUEL.

III.

A Manuel Llana.

¿Con que todavía cree usted en la lotería? ¿Con que todavía fia usted su felicidad y sus sueños al bombo? Indudablemente el campo le ha metamorfoseado, porque si no recuerdo mal, usted era el más acérrimo enemigo de esa banca en grande en donde solo gana el gobierno y donde el incauto pueblo deja el fruto de sus ahorros.

Al leer su carta de usted mi imaginacion sufría horriblemente: brisas, rio, flores, arboledas, todas estas palabras me enardecían más, en vez de refrigerarme, y creo que la sangre circulaba por mis venas, casi, casi como caldo de fundicion; porque sepa usted, amigo mio, que su carta de usted llegaba á mis manos en un día de fuego y no se podia sacar la cabeza al sol, sin esclamar como los niños de nuestra tierra cuando se queman: *úsca*.

Y en tales momentos, usted probablemente se hallaría á la sombra de un castaño, hojeando algun libro predilecto y aspirando el humo favorito de *Berta*, de esa pipa preciosa, nada menos que originaria de Constantinopla.

Permítame usted que me enjuge dos gruesos lagrimones antes que caigan y ensucien el papel.

Recordando sus placeres y los malísimos ratos que la canícula me está haciendo pasar, se me figura que le quiero á usted mal y siento rebullir una cosa dentro del pecho á la que un moralista llamaría *envidia*.

Dice usted bien: de Olloniego no tengo otro recuerdo que el que puede tenerse de un país que se atraviesa de noche. Verdad es que una luna clarísima iluminaba las montañas, pero cuando yo abandono á Astúrias, apenas tengo valor para mirar la tierra que queda detrás de mí.

El paisaje me pareció poético y fantástico mirado desde el puente: blancas y azuladas nieblas flotaban en el espacio, con formas raras y caprichosas y la superficie del río reflejándolas, y los variados efectos de luz, daban una entonacion difícil de describir al cuadro.

Pero, amigo mio, preciso es convenir en que hablándose de paisaje y de perspectiva, no hay nada, no se presencia en España vista más sorprendente y majestuosa que la que se descubre desde lo alto del Pajares.

Especialmente cuando se va de Castilla, cuando todavía están en la imaginacion las pardas llanuras que se estienden ante la vista, con aquella monotonía no interrumpida más que por algun pueblo de color de tierra con su descomunal iglesia á la cabeza, la impresion que se experimenta es solemne y grandiosa. ¡Qué de montañas, qué variedad de matices! ¡Qué valles tan escondidos y hondos! ¡Qué de árboles gigantescos! ¡Qué novedad de aspecto en aquella naturaleza!

El cuadro es tan magnífico, que se pasarían las horas muertas en su contemplacion. El alma parece tambien que se engrandece: las ideas toman un vuelo majestuoso; el filósofo y el poeta, esos dos representantes de la razon y del sentimiento, conocerán allí toda la influencia de la naturaleza sobre la mente y sobre el corazon.

Y á medida que se descende, si es cierto que disminuyen los horizontes del cuadro y que pierde su grandiosidad, no lo es menos que las bellezas naturales acompañan constantemente al viajero.

Si yo fuera rico, elejiria para mi estancia en los meses de verano las montañas de Pajares.

Cerca de ellas, en el término llamado la Cortina, pasé algunos días en el verano de 1857, al lado de mi antiguo y querido amigo Gonzalo Castañón.

Por desgracia yo no sé qué incidente nos obligó á abandonar á aquella agradable morada, destruyendo todos nuestros propósitos de cazar,—no se ria usted,—de cazar osos.

¡Qué noches tan entretenidas pasábamos en la Cortina! Figúrese usted que al oscurecer se reunian en la ancha cocina de la casa todas las aldeanas del lugar que cantaban, bailaban ó referian cuentos al lado del hogar.

Y á propósito de cuentos. ¿No conserva usted en la memoria la impresion de terror que en la infancia no dejaría usted de experimentar al oír las fatídicas aventuras de los *difuntos* narradas por alguna vieja? Yo conservaré en la mia siempre los estremecimientos con que mi corazón escuchaba aquellas narraciones de muertos que volvian á la vida solo para pedir las misas de San Gregorio y causar unos cuantos mortales sustos y sobresaltos á los individuos de su familia.

Pero, amigo mio, estoy sudando á mares, y tengo que suspender esta carta. Compadézcame usted y escribame largo, en lo cual hallaré una palpable prueba de su conmiseracion y sobre todo que su carta de usted sea muy *fresca*, es decir que abunde en descripciones de musgo, de brisas, de sombra, de arroyos cristalinos, porque tengo ya el alma como el cuerpo, achicharrada, y necesita esa clase de sorbetes.

Por lo demás no se preocupe usted por el porvenir: nadie con más razon que nosotros puede decir: *el porvenir nos pertenece*. Adios.

EVARISTO.

IV.

A Evaristo Escalera.

Estimado amigo: No comprendo en verdad la estrañeza de usted, en lo que le digo con respecto á la lotería. Es cierto que detesto en el alma este juego, lo mismo que todos los demás; pero esto no quita para que yo tuviese una verdadera satisfaccion el dia en que me tocase el premio gordo. Esto lo considerará un poco jesuítico, recordará al leerlo el principal dogma de esta asociacion: *el fin justifica los medios*; pero ¿qué quiere usted, amigo mio? Como la esperiencia, la triste esperiencia me ha hecho conocer que estoy perpétuamente condenado á emborronar cuartillas, y lo que es peor aun á gusto de los editores, y con la colaboracion del fiscal de imprenta, personaje que me hace á mí el mismo efecto que causaba á Jules Janin, no estrañe usted que manifieste cierta laxitud de principios, y me agarre como á la última tabla de salvacion á la más débil esperanza.

¿Le parece á usted digno de risa el areonauta que viendo arder el globo que le conduce se ase á la humeante pavesa? Creo que no. Pues bien, yo le haré á usted el mismo efecto, y eso que jamás se habrá preocupado en estudiar á fondo el cálculo de las probabilidades.

Sé que en punto á lotería, es usted escéptico. Varias veces le he oido decir que no tendria inconveniente en jugar la vida á cada estraccion, con la circunstancia de que no tocándole el principal número se le diese una pequeña cantidad; pero el escepticismo, la negacion de toda creencia, está muy próximo al misticismo, único

refugio que nos queda á los que no hemos conocido jamás la suerte, ó si usted quiere la casualidad.

Desea usted que en mi carta le hable de brisas embalsamadas, de frondosos árboles, de cristalinos arroyuelos, de auras halagadoras, etc., etc... guárdeme Dios de hacer semejante cosa; no quiero hacerle sufrir el suplicio de Tántalo, no me juzgue usted tan cruel; todo lo contrario, voy hablar á usted de altos hornos, de cubilotes, de hornos de cock, de pudelaje, del infierno, en fin, por aquello de *similia, similibus curantur*.

Debe usted suponer, que encontrándome en Asturias no habia de volverme á la córte sin hacer una visita al valle de Langreo; en donde radica hoy la mayor parte de la industria asturiana, único porvenir de la provincia, que se desarrollará indudablemente el dia en que cesen las circunstancias múltiples que hoy la paralizan y la hacen vejetar lánguida y trabajosamente.

Para esta expedicion necesitaba un *ciceroni*, y nadie me pareció más á propósito que nuestro comun amigo Cocañin, que yace hoy retirado no lejos de Langreo, en el Carbayin, al frente de una explotacion de hulla. Tambien me acompañó en esta pintoresca escursion Ulpiano, su primo de usted, y dicho se está que tres personas forman ya una sociedad completa.

Ulpiano y yo nos apeamos en la estacion del Carbayin, y despues de haber tomado lenguas acerca del camino que habíamos de seguir, emprendimos lentamente la ascension de la montaña, en cuya cúspide nos dijeron que encontraríamos el albergue deseado. Como habíamos madrugado aquel dia, y estábamos todavía en ayunas, el aire embalsamado de aquellas montañas escitaba sobremanera nuestro apetito. Nuestra conversacion, mientras trepábamos por la montaña, estaba

circunscrita á discutir sobre la posibilidad de que Cocañin pudiese satisfacer las necesidades, siempre crecientes de nuestro estómago, y sobre este punto hacíamos las más variadas conjeturas.

Como Cocañin, nuestro futuro anfitrión, no tenía noticia ninguna de nuestra llegada, temíamos cojerle desprevenido en la cuestión para nosotros de tanta importancia, como era entonces la de comestibles y bebestibles, y con el objeto de no llevarnos chasco, comenzamos por pensar lo peor, es decir, por opinar que tendríamos que contentarnos con un almuerzo como el que hacían los solitarios de la Tebaida.

Afortunadamente nos engañamos de medio á medio. Tan luego como llegamos á la proximidad de la casa que habitaba nuestro futuro huésped, experimentamos una agradable sorpresa.

Figúrese usted á Cocañin, colocado en el umbral de la puerta, con el rostro risueño, colorado, con una tinta de beatitud, que se parecía mucho más al aspecto de un gerónimo de los clásicos tiempos, que no á la demacrada figura de un eremita austero, y colegirá la grata sensación que experimentamos.

Debemos confesar, que esta impresión era en gran parte egoísta. Más que por la buena salud que disfrutaba nuestro amigo, según se colegía de su aspecto exterior, nos complacíamos al verle, porque nuestros estómagos con irresistible lógica, nos aseguraban que donde tales mofletes se usaban, no debía escasear toda clase de suculentas provisiones.

Encontrábamos resuelto el problema que tanto nos había preocupado por el camino; el rostro de Cocañin nos hacía el mismo efecto que el escaparate de Lhardy, que con tanta verdad revela los tesoros gastronómicos

que se encierran en aquel templo del arte culinario.

Así que nos vió nuestro anfitrión, salió precipitadamente á nuestro encuentro, manifestando su sorpresa por tan inesperada visita. Nosotros apresuramos también el paso, y al abrazarle cordialmente dijimos al propio tiempo, y como impulsados por un oculto resorte:

—Venimos á almorzar con usted.

—Me alegro mucho,—nos contestó.—Precisamente está la mesa puesta, y solo espero la llegada de un compañero que no debe tardar.

—¡Un compañero!—dijo Ulpiano con cierto gesto de disgusto.

—Pero,—añadí,—supongo que habrá bastante para todos...

Cocañin lanzó una ruidosa carcajada, y repuso:

—Tranquilícense ustedes, habrá para todos, pues echaremos mano de las reservas destinadas para las ocasiones.

—Reservas ¡eh!—dijo Ulpiano.—Juzgo admirable la idea de las reservas. Me parece usted un buen estrategico, y esa idea de la reserva aumenta sobremedera el concepto ya favorable que usted me merecia.

Entre tanto llegamos á la casa y penetramos en una habitacion con vistas al jardin, en donde efectivamente estaba servida una mesa. Mientras que el criado añadia los dos cubiertos destinados á nosotros, llegó el comensal esperado, y tan luego como pasaron los cumplimientos acostumbrados, que nosotros tratamos de abreviar todo lo posible, nos sentamos dispuestos á hacer el honor al almuerzo que nos esperaba.

Escuso decir á usted que almorzamos admirablemente; ¿y cómo no, si llevábamos con nosotros la apetitosa salsa de San Bernardo? Sin embargo, el almuerzo,

debemos decir en honor de la verdad que era nutritivo, succulento y apetitoso.

Entonces nos esplicamos los frescos colores de Cocañin.

Al fin del almuerzo, y cuando la conversacion se habia ya generalizado, desapareció por algunos instantes nuestro huésped, y no tardó en aparecer con una botella en cada mano que colocó triunfalmente sobre la mesa.

—Aquí está la reserva, he cumplido con mi palabra.

Un triple hurra se escapó de nuestras bocas, acabábamos de leer en la etiqueta de la botella la mágica palabra *Champagne*, y esto habia llevado nuestro entusiasmo hasta los últimos límites.

Puede usted comprender, amigo, que á los pocos minutos nuestra locuacidad subió de punto. Sin embargo, nuestra sorpresa debia ser mayor todavía. Aun no habíamos agotado las botellas cuando apareció un servicio de café que arrojó por la estancia un suave aroma.

Saqué entonces del bolsillo el estuche que contenia á mi predilecta *Berta*, á quien estoy seguro que no conocerá usted ya, pues está tan bien *culotada* como un etiope *pur sang*, y ya me disponia á llenarla del excelente *caporal* que usted me ha remitido dias pasados, cuando Cocañin, con aire de proteccion, y arrojando una mirada desdeñosa á la pipa, me alargó un puro diciéndome estas sacramentales palabras:

—Es un veguero de la Vuelta de Abajo, únicos que pueden fumarse cuando se saborea el legítimo Moka.

Iba á defender á mi pobre Berta que en verdad no merecia el ultraje que acababan de dirigirle; pero el estómago es muy agradecido, y él me obligó á perdonar á Cocañin esta ligereza.

Algun tiempo despues bajamos todos en direccion á la estacion de Carbayin para tomar el tren que debia llegar muy pronto desde Gijon con direccion á Langreo.

Sorprendiéndome alegremente este pintoresco valle tan parecido al de Olloniego y regado como él por el Nalon. A pocos pasos de la fábrica de Duro, que era la que íbamos á visitar, nos apeamos, dispuestos á recorrerla detenidamente.

Aunque el Sr. de Duro no estaba á la sazón en la fábrica, un pariente suyo, ilustrado ingeniero mecánico que entonces le reemplazaba, se encargó de enseñarnos todas las dependencias, lo que hizo con una amabilidad y finura exquisita.

Poco despues de haber entrado en el recinto de la fábrica comenzamos á sudar, como lo hará usted todas las noches en la redacción de LA IBERIA, no solo á causa de la elevada temperatura de la atmósfera, sino tambien por la que despiden los dos braseros invertidos que están colocados sobre su cabeza, y la de mis queridos compañeros de periodismo.

Figúrese usted todo en completa actividad, lo cual quiere decir en completa combustion. Largas hileras de hornos de coke de diferentes sistemas, que á cada momento despedían de su seno enormes pellas de carbon encendido, los altos hornos despidiendo densas columnas de humo por las elevadas chimeneas, mientras que por la boca, dos veces al dia, arrojaban gran cantidad de hierro fundido, que en diferentes moldes colocados en el pavimento se convertía en lingotes, que al enfriarse pasaban por todos los matices, desde el rojo blanco hasta el azulado metálico, y comprenderá si los mecheros de gas de la redacción de LA IBERIA, que tanto le intimidan, no son al lado de todo esto más que débiles focos de luz y de calor.

Después de haber visitado los hornos, pasamos á los extensos talleres de *pudelage*, en donde el hierro de los altos hornos se refina, se dulcifica y adapta, para poder servir á todas las necesidades y aquí ya varía la escena.

Grandes bolas de hierro candente pasan de los hornos á los enormes yunques que las aplasta como si fuera de cera, y después de varias operaciones pasan por los trenes de cilindros y se convierten en barras de todos tamaños, unas prismáticas, otras cilíndricas, según el objeto á que se destinan.

Al observar aquel movimiento, aquella actividad, aquella vida; al contemplar tan crecido número de obreros ocupados afanosamente en tan diversas tareas, me encontré en extremo complacido. El espectáculo era en alto grado consolador. ¿Qué podrá ser, amigo mío, nuestra querida provincia, desde el momento en que numerosos establecimientos de esta clase llevan la vida y la riqueza á aquellos pintorescos valles?

Después de haber terminado nuestra visita, salíamos de aquel templo de la industria, discurriendo sobre las muchas cosas dignas de notarse que habíamos visto, y de este modo llegamos á Sama, y sentamos nuestros reales en el café, en donde reparamos nuestras fuerzas.

Nada le hablo á usted de esta villa, porque la conoce todavía mucho mejor que yo, pero debo decirle que su situación me agrada en extremo, lo mismo que el trato fino y ameno de sus habitantes, que nos recibieron con la acostumbrada hospitalidad asturiana. Es cierto que Cocanín nos había servido de introductor, y ya sabe usted la popularidad de que goza en estos contornos.

Casi con pesar abandoné aquellos lugares para subir á un coche del tren de la tarde, pues en el poco tiempo que

estuve allí, disfruté las más variadas y gratas impresiones.

No sé si se me habrá olvidado contestar á algun punto principal de su carta; si es así, consuélase con la idea de que pronto nos veremos, y entonces podré satisfacerle en todo, y hacerle una completa relacion de todas las impresiones que he experimentado en este país, despues de ocho años de ausencia.

LLANA.

PÁGINAS DE LA VIDA DE UN JÓVEN.

I.

Cárlos había concluido la filosofía.

Después de meditar profundamente la carrera que debía seguir que fuese menos costosa á su anciana madre, decidióse por la de medicina, á la que por otra parte no le llamaba grande inclinacion. Así pues, hácia los últimos días de setiembre, preparó su viaje á Madrid, habiendo conseguido de antemano por medio del diputado de su distrito una plaza de practicante interno en el hospital general, lo que le proporcionaba una manutencion segura. A pesar de estas ventajas, Cárlos que había seguido con gran fuerza de voluntad sus primeros estudios emprendidos algo tarde, estaba triste y meditabundo y se le veía pasear solo á orillas del Nalon. Había especialmente ciertos sitios y ciertos árboles donde se paraba para examinarlos con un detenimiento pueril como si quisiera grabar sus menores detalles en la memoria para no olvidarlos nunca. No era extraño: Cárlos tenía 20 años y amaba.... Iba á separarse del objeto de su amor y lejos de él quería llevar todos sus recuerdos, como el avaro que al mudar de domicilio recoge hasta lo que no le sirve más que de un peso inútil.

¡Dejar á Lucía! Hé ahí un pensamiento que le atormentaba y que le hacía vacilar muchas veces entre empuñar el arado ó colocar entre los dos una laguna de siete años.

Decía para sí unas veces:

—¡Siete años! Siete años son un espacio de tiempo inmenso.... Yo no puedo soportar una ausencia de siete años... Es verdad que entonces podría ofrecerla una posición más ventajosa; ¿pero por ventura ambiciona ella otra cosa que mi amor? Cultivaremos nuestras tierras: haremos la vida modesta de esos campesinos, felices en medio de nosotros, sin más ambición que una buena cosecha... Sí, sí, seré labrador.

Y en seguida aceleraba el paso como el que se siente animado de una fuerte resolución. Pero á poco volvía á detenerse y á meditar.

—¡Siete años!—repetía.—¡Bah! siete años pasan como el vuelo de una golondrina. ¿Hay algo acaso que pase más veloz que el tiempo? ¿No era yo ayer un pobre muchacho que estudiaba latín y temía las disciplinas del dómine? Y hoy soy bachiller, un paso más y seré médico... médico de partido cuando menos, con una dotación anual de 10,000 rs. Lucía no estará tostada por el sol... sus manos adquirirán la suavidad del terciopelo... será mi *señora* en lugar de ser mi *mujer*. Está decidido, seré médico.

II.

Doña Teresa, que así se llamaba la madre de Carlos, preparaba cuidadosamente el baul de su hijo. El ajuar del estudiante era modesto pero completo, y ni el objeto más minucioso se había olvidado al celo de su

madre. Solo estas saben arreglar los equipajes con esa precision que Dios parece haber concedido á las mujeres: solo ellas saben colocar las camisas de modo que no las afee ni una arruga, que la ropa se mantenga lustrosa y planchada como si acabára de traerla el sastre y de colocaros las cosas de que podeis necesitar más á mano que las otras.

Ayudaba á doña Teresa, Lucía, cuyos ojos estaban medio empañados por las lágrimas. Inclinada aquella sobre el baul no la vió sacar de su seno un pañuelo que introdujo entre los pliegues de una camisa de las que la iba alargando á la madre de Cárlos. Lucía habia bordado en el fondo de aquel pañuelo con caractéres abultados un *no me olvidés*, que queria fuese á sorprender á su amante cuando él estuviera lejos de ella.

Al ver aquellas dos mujeres arrodilladas en el suelo sobre aquel baul revestido de cuero, con barras de madera de pino, sollozando una, llorando en silencio la otra, más bien que arreglando un equipaje, parecian ocupadas en depositar en una caja mortuoria los restos queridos de un hijo ó de un hermano.

¡Son tan tristes las despedidas! ¡Las acompaña siempre un presentimiento tan lúgubre!

¿Y cómo no han de serlo? ¿No habeis dicho nunca á un padre, á un hermano, á un amigo «hasta mañana» y aquella mañana, cuando creiais abrazarle de nuevo os encontrásteis con un cadáver? Pues si es verdad esto, ¿cómo no han de ser tristes las despedidas que nos separan por años de personas queridas? Cárlos entró; pero habia antes observado á su madre y á Lucía que lloraban; necesitó, pues, hacer un esfuerzo para entrar tarareando una canción del país.

La voz de Cárlos hizo que doña Teresa apagára sus sollozos y que Lucía enjugára sus lágrimas.

—Hace un dia soberbio,—dijo despues acercándose hácia las dos mujeres.—Nunca he visto el sol más puro y el azul del cielo más limpio. De buena gana cojeria mi escopeta y daria un buen paseo por el campo.

—¿Y por qué no lo haces?—se apresuró á decir doña Teresa.

—Porque quiero consagrar á usted las pocas horas que me restan antes de partir.

Doña Teresa y Lucía suspiraron.

—Tienes razon, hijo mio, es necesario que no te apartes un momento de mi lado.

Cárlos no oyó las palabras de su madre. Tenia sus ojos fijos en los de Lucía, que colocada á espaldas de doña Teresa, mantenía una conversacion de miradas con su amante. El semblante de esta niña nunca habia brillado con más hermosura que en estos momentos en que venian á animarle varios encontrados afectos. ¡Luego la melancolía *hace tanto favor* á los rostros hermosos! Sus ojos azules, como las ondas de un lago, su boca pequeña y bordada de unos lábios finos y transparentes en que parecia verse la sangre, sus mejillas pálidas y tersas, su barba graciosa como la de un niño, hacian de Lucía uno de esos tipos encantadores que logra despertar la admiracion hasta de los hombres más apáticos é indiferentes hácia la hermosa mitad del género humano.

Así es que Cárlos estaba estasiado ante aquella figura de ángel. ¡Hubiera querido tener allí á la sazón á sus amigos para enseñarles tanta belleza y decirles luego cuando la hubiesen admirado: «pues bien, esa mujer me ama, llora por mí, y obedeceria mi mandato como el esclavo el de un emperador!»

Los ojos de Cárlos brillaron de alegría cuando vió que su madre entraba en otra habitacion en busca de una

prenda de vestir. Su brazo estrechó precipitadamente la breve cintura de Lucía, que se abandonó en aquella caricia apasionada.

—¡Oh, bien mío! ¿Me olvidarás?

Los dos amantes pronunciaron á un tiempo estas palabras, y sus respuestas se confundieron tambien.

—Vas á ver tantas mujeres hermosas.....

—Ninguna como tú.

—Luego... tú eres tan bueno, tan.....

En esta reticencia Lucía le llamaba buen mozo.

—Desengáñate, querida mía, nada será capaz de borrar tu imágen de mi corazón. ¿Acaso mi amor es de ayer? ¿No hace siete años que te amo como ahora, día por día, minuto por minuto? A propósito, querida mía,—dijo Carlos enseñándola desde el balcón uno de los árboles del patio:—¿ves ese sáuce, cuyas delgadas cañas caen como un surtidor sobre el musgo? Su tronco está desarrollado y sus raíces se han extendido por la tierra. Pues bien: ese árbol ha sido plantado por mí el día en que los dos cambiamos nuestras primeras amorosas palabras. Desde entonces, á semejanza de mi amor, cada día que pasa se fortifica, y sus hojas se renuevan sin cesar... Ha crecido como nosotros, hoy es esbelto como tú, y sus ramas semejantes á tus cabellos.

Carlos se quedó pensativo, con la vista fija en el sáuce. Los recuerdos venían en montón á su mente. Lucía participaba del ensimismamiento de su amante, diciendo para sí:—¡Ese árbol será mi compañero durante su ausencia; le amaré como á él!

—Mira,—dijo despues tomando cariñosamente la mano de Carlos;—¿no observas tu sáuce que está triste como nosotros?

—Es verdad.

El amante de Lucía hizo un esfuerzo para no dejars abatir de nuevo.

En aquel momento entró doña Teresa.

—Querida madre, hoy he encontrado á esa buena mujer que tanto me quiere desde niño, y cuya salud empeora de dia en dia. Estaba como siempre sentada delante de la puerta de su casa rodeada de sus pequeñas hijas á quienes instruye cuidadosamente en las labores de su sexo.

—Felipa es toda una buena criatura,—dijo doña Teresa;—¡lleva con una resignacion sus dolencias!

—Yo pasaba distraido cuando oí su voz que me llamaba.

—¿Conque nos abandonas? — me dijo enjugando una lágrima.

—Sí, señora Felipa. Mi porvenir y el de mi madre, me obligan á marchar.

—Lo siento y me alegro,—me respondió.

—Ya lo comprendo.

—¡Ah! tu madre hace un sacrificio cruel en separarte de su lado, pero las madres lo sacrifican todo en beneficio de sus hijos. Mañana serás hombre, y gozarás una existencia independiente, como la de D. Lucas, nuestro médico. ¡Cuánta satisfaccion recibiria yo el dia en que tú volvieras..... pero estoy enferma, muy enferma, y no podré verte!

—Por Dios, señora Felipa, todavía es usted jóven, y no tiene usted una enfermedad incurable.

—¡Oh! pues si viviera para entonces, estoy segura de que sabrias curarme...

—Los padecimientos de usted no durarán tanto, señora Felipa, y no necesitará usted de mí.

Al separarme de ella apretó con efusion mi mano diciéndome:

—Ya sabes que despues de tu madre hay dos personas en el pueblo que te quieren como las niñas de sus ojos...

—¿Y quien era la otra?—preguntó doña Teresa con una sonrisa maliciosa.

Cárlos cambió una inteligente mirada con Lucía y despues contestó á su madre:

—En verdad, madre mia, que no lo sé. Afortunadamente todas nuestras vecinas me quieren bien y me sería difícil distinguir á esa cuyo cariño hácia mí sobrepuja á todos los de las demás.

—Eres un hipócrita y un embustero,—murmuró Lucía en voz baja al oido de Cárlos.

—Lucía me llama hipócrita y embustero, ¿le parece á usted que tiene razon, madre mia?

—Fallo en contra tuya: ya ves que soy imparcial.

—Espíquese usted.

—¡Cómo! llevas hasta ese descarado extremo tu...

En aquel momento penetraron en la habitacion algunos amigos de Cárlos cortándole tan agradable conversacion.

III.

El otoño es la más triste de las estaciones, pero es tambien la más hermosa y nos complacen tanto más sus dias cuanto detrás de ellos están los dias nebulosos de invierno, con su eterno dosel de nubes plumizas y con sus monótonas lluvias.

Amamos el otoño como el estudiante ama el último dia de vacaciones.

Sus brisas son las últimas brisas perfumadas, sus hojas son las últimas hojas.

El otoño tiene el encanto de lo que muere; es como el

postrer resplandor de una luz que en seguida os sepulta en las sombras.

La última noche que Cárlos pasó en su pueblo, era una noche deliciosa. La luna con su disco de plata iluminaba la vega que se extendía delante de su casa, y el murmullo de las corrientes del Nalon, producian un rumor agradable. No lejos de allí se destacaba la graciosa morada de Lucía, cuyas paredes blancas como el ampo de la nieve, asomaban por entre las ya descarnadas ramas de los manzanos.

Era media noche, y reinaba ese poético silencio que tanta majestad presta á la naturaleza. Solo de vez en cuando se oía el cántico prolongado de los jóvenes labradores que regresaban á sus moradas de sus escursiones amorosas.

Cárlos salió de su casa cerrando la puerta sin hacer ruido, dirijiéndose en seguida hácia la de Lucía.

Latíale el corazon con violencia; acudia por vez primera á una cita nocturna, y estaba loco de alegría y de tristeza á un tiempo.

¡Solo con ella, respirando su aliento, embriagándose con sus miradas! Este pensamiento le trastornaba de felicidad.

El amor es como las divinidades egipcias, que ocultan sus misterios á las miradas de los profanos.

La cita era en un pequeño huerto que circundaba la casa de Lucía.

La tapia era bastante baja, y Cárlos podia salvarla con facilidad.

Pero sus pasos que hacian crujir la hoja seca, despertaron los ladridos de un perro.

—¡Maldito contratiempo!—murmuró Cárlos.

A medida que avanzaba, los ladridos del mastin se redoblaban.

—Es el perro de Lucía,—pensó al ver que sonaban dentro del huerto de su amada;—ese animal me conoce y si no Lucía se encargará de tranquilizarle.

—¡Eh! *Capitan*,—dijo despues á media voz;—no ladres. El perro ladró con más rábia.

—¡Que no pueda dispararte un tiro á boca de jarro!

Sin embargo, una vez debajo de la tapia, empezó á subirse sobre ella, á pesar de los ladridos de *Capitan*, que entonces eran ya furiosos.

Pero apenas se destacó su figura encima de la pared, Carlos, merced á la luz de la luna, vió avanzar á Lucía.

Inmediatamente se arrojó dentro del huerto, á pique de ser mordido por el *Capitan*, que identificó al fin la persona.

—¡Imbécil!—dijo Lucía golpeando al mastin suavemente en el lomo;—¿no le conoces por ventura, que has gruñido y ladrado como un condenado, esponiéndome á que mi hermano se levantára?

—En verdad, querida Lucía, tu perro me ha pagado con muy poco agradecimiento las caricias que siempre le he prodigado.

El hijo de doña Teresa estaba tan turbado, tan lleno de felicidad con encontrarse solo en medio de una noche poética al lado de su amada, que apenas se atrevia á dar un paso. Cualquiera de las caricias que habia hecho á Lucía á la luz del sol y cuando quizá podian ser sorprendidas por un estraño, le parecian ahora una profanacion. Así fué que no se atrevió más que á estrechar la mano de la jóven, casi con respeto.

Los hombres triviales se rien de los amores platónicos. Esos hombres, á semejanza de los pródigos que desconocen el placer que experimenta el avaro en esconder el oro que llega á sus manos y en contar y recontar las mone-

das, ignoran que el hálito de la mujer amada que llega hasta el amante platónico, que el roce de sus vestidos, que solo un apretón de manos valen más que esas emociones que ellos desean con avidez, detrás de las cuales levanta su cabeza el hastío.

Si el autor de este libro se reputara elocuente, escribiría aquí una larga digresión en favor de los platónicos, tan maltratados por las lenguas frívolas de los graciosos, que como los del teatro lo sacrifican todo para arrancar una sonrisa. Lo cierto es que Carlos, que llevaba mil atrevidos proyectos en la cabeza, encontróse más atado y tímido que nunca y ¡cosa extraña! cuando él creía que ocuparía toda la noche en hablar de su amor, la pasó diciendo tonterías. Los pájaros que empezaban ya á revolotear vinieron á avisar á los dos amantes de que era necesario decirse la milésima edición de sus protestas para separarse... y se separaron.

No les quedaba más que una mirada, un saludo y después una ausencia de siete años.

Carlos se marchó de tan mal humor como si saliera de una casa de juego donde le hubieran llevado hasta el último maravedí.

—Soy el chico más estúpido del mundo: hubiera podido ser muy feliz, estrecharla en mis brazos, cruzar mis labios con sus labios, y sin embargo, he gastado el tiempo en hablar del *Capitan*, en hablar de la luna, en hablar del porvenir, idem del pasado... Si me quedara en Pravia otra noche... ¡Bah!—dijo al cabo de un momento;—me sucedería lo mismo que hoy y que siempre.—Y en seguida, por una de esas rápidas transiciones del pensamiento, se fué á fijar en los ladridos de *Capitan*.

—Cosa más inútil que los perros;—dijo.

Los perros se parecen á ciertos políticos, ladran cuando

no comen. Su dueño creerá perfectamente guardada su heredad, y un hueso descarnado bastaría para sobornar á ese fiel guardian.

En cambio vendrá un amigo á visitar á su dueño, y le morderá, porque como no viene á robar no trae con que entretenerle.

Y despues de pensar en el *Capitan* pensó á saltos en una porcion de cosas á cual más triviales y penetró en su casa convencido de que hay dias, y quizá aquellos que forman época en la vida, en que no se puede pensar en nada con fijeza, ni aun en aquellas mismas cosas en que acostumbramos á pensar ordinariamente.

IV.

Eran las ocho de la mañana, y la mayor parte de los vecinos de Pravia se encontraban á las puertas de sus casas. Acababa de pasar un caballo al trote largo, y no se oian otras voces que las de «adios, Cárlos, que tengas buena suerte.—Cárlos, hasta que vuelvas hecho todo un médico.» Cárlos saludaba á todos con la mano espoleando á su vez á su caballo, como queriendo salir pronto de aquella nube de saludos que le dirijian de todas partes. Cuando pasó por frente á las ventanas de la casa de Lucía, vió á ésta asomada á una de ellas, pero le seguía una turba de muchachos y le asediaban tantas miradas, que se despidió de ella como de una amiga simplemente.

Así fué, que apenas pasó, aplicó con tal fuerza las espuelas á los hijares de su caballo, que éste, á pesar de ser de alquiler, salió al galope. Cárlos maldijo á los vecinos, los llamó cócoras é imprudentes, y en cuanto á los muchachos, los desafió á que le siguiesen.

Doña Teresa se habia encerrado en casa, y una porcion de vecinas la consolaban de la partida de su hijo único, y en cuanto á Lucía, sufrió en todo aquel dia multitud de regaños de su madre, porque ni habia barrido, á pesar de ser las doce de la mañana, ni habia hecho las camas, ni desempeñado otras labores que la estaban encomendadas.

Respecto á Carlos, á medida que se alejaba de Pravia, se entristecia más y más. Tenia el corazon tan fuertemente atado á su madre y á Lucía, que á cada paso de su caballo le latia con más violencia y desesperacion.

Su vista no dejaba de ver paisajes y sitios conocidos; parecia que estaba condenado á sufrir el tormento de una despedida continúa de amigos silenciosos é inmóviles.

Cuando llegó á la ciudad de Alfonso el Casto, estaba tan abatido como si hubiera hecho un viaje largo y penoso. Por fortuna, no tardaron en rodearle sus amigos y de hacerle separar por un momento su pensamiento de las ideas que le preocupaban.

Como debia montar en la diligencia á las dos de la mañana, no se acostó, y para ahogar sus recuerdos y sus pesadumbres, necesitó poco menos que embriagarse.

Cuando le vinieron avisar para montar en el coche, tuvo que cojerse del brazo de sus amigos, para no caer. Inmediatamente que ocupó su asiento, colocó el brazo en uno de los tirantes del carruaje, inclinó la cabeza y cerró los ojos, sin reparar en su única compañera de viaje, que al verle en aquel estado, dijo á media voz:—Este jóven es una cuba de vino, y el mayoral se ha equivocado, puesto que coloca aquí una cosa que debiera ir con los equipajes en la vaca.

La voz del mayoral resonó poco despues, y el tiro salió al galope.

V.

Ha cambiado la decoracion.

Ya no son las frescas alamedas de Pravia las que se ofrecen á la vista de Cárlos, ni la brisa aromática de la vega la que llega á refrescar sus sienes en ondulantes giros, ni las alegres canciones de los jóvenes de su pueblo, las que amenizan su soledad. Ochenta y tantas leguas son, como si dijéramos, el telon de boca que le separa de aquel pintoresco paisaje, escenario de sus puros amores y de sus travesuras infantiles.

Ahora la macilenta luz de algunas lámparas suspendidas del techo, han sustituido á la argentada luz de la luna; unas paredes prolongadas, como las de un ataud inmenso, al horizonte diáfano sembrado de nubes de colores que distinguia desde la graciosa ventana del hogar doméstico; una atmósfera nauseabunda á las perfumadas brisas; la voz sorda y convulsiva del delirante y el ¡ay! del moribundo, á los cantares de los campesinos.

Cárlos está en una sala del hospital general.

No acostumbrado todavía á aquel espectáculo de dolientes quejidos, su corazon se contrae fuertemente cada vez que percibe un grito agudo y palidece como si él mismo se sintiera herido por un vehemente dolor fisico.

Instintivamente su imaginacion desecha sus pensamientos amorosos para sumirse en una meditacion de honda tristeza.

Cárlos no puede mirar con fijeza tantos rostros, pintados ya con las lívidas señales de la muerte y hace casi un supremo esfuerzo para no huir como un niño medroso.

—¿Podré yo, — se preguntaba á sí mismo, — acostumbrarme á ver con impassibilidad este cuadro desgarrador?

Y un alumno jóven , casi un niño , de ojos azules , de mirada apacible que pasó á su lado , tarareando por lo bajo un aire de zarzuela , parecia encargado de contestar á una pregunta que Cárlos se hubiera encontrado perplejo en contestársela á sí mismo categóricamente.

Observado esto por él no tardó en reflexionar.

—El hombre se acostumbra á todo,—se dijo.—El corazon humano es un pedazo de cera reblandecida que puede tomar indistintamente todas las formas. El verdugo cena agradablemente en medio de su familia el mismo dia que ha apretado el tornillo homicida , y el ladron se cree feliz cuando logra su presa aun á costa del asesinato.

Y pensando esto , no sé si por analogía , Cárlos vió levantarse distintamente dentro de su cerebro la figura del egoismo que le decia con una sonrisa irónica , apuntando con el dedo desdeñosamente á la humanidad:—*Ecce-homo.*

Y entonces como si el ángel de la filosofia escéptica quisiera cobijarle bajo sus descarnadas y glaciales alas , Cárlos fijó sus ojos en dos lechos cercanos á él. Ocupaba el uno un anciano cuyos ojos parecia que no tenian ya pupilas. La piel arrugada y amarilla de su rostro dibujaba horriblemente sus huesos. Este desgraciado se revolvía fatigosamente en su lecho de muerte : la intensidad de los dolores que sufría le arrancaban ayes y exclamaciones capaces de conmover aun á los familiarizados con estas escenas.

La cama inmediata la ocupaba un hombre jóven todavía , en cuyas mejillas empezaba á transparentarse la sangre : la naturaleza no queria inscribir aún su nombre en su libro de muerte y le iba devolviendo poco á poco las funciones que antes le habia pervertido.

A cada alarido que el anciano dejaba escapar, este hombre entreabría sus ojos para lanzar á su moribundo vecino una mirada colérica, exclamando con rabia:

—¿Maldito viejo, me dejarás dormir un solo cuarto de hora?

Estas palabras llegaron al oído de Cárlos y le estremecieron de indignacion, pues acababa de saltar á sus ojos el sello de un vaso que contenia para él la amarga hiel de la decepcion.

—Hé ahí,—pensó con amargura,—el más brutal de los egoismos. ¡Dios mío! ¿por qué has formado con un barro tan repugnante el corazon del hombre? Ese convaleciente... ese blasfemo, quizá atronaba ayer con sus gritos esta sala y hoy maldice al que tal vez esta misma noche vendrán á buscar para conducirlo al cementerio. ¡Luego, ni aun en la desgracia, cuando débiles y enfermos necesitamos del auxilio de todos, podemos sacudir el egoismo que nos devora! ¿Con que existe tambien aquí el antagonismo como allá fuera entre los ricos y los pobres, los sábios y los ignorantes?

Estas breves reflexiones, aunque vulgares, le impresionaron tan vivamente que no pudo resistir al deseo de marcharse de la sala.

Cárlos comprendia perfectamente que un transeunte maldijese, no una sino cien veces, á la elegante carretela cuyas ruedas le salpican de lodo la ropa y hasta la cara, pero en lo que no hubiera creído nunca, es en lo que acababa de presenciar.

Cuando penetró en la habitacion que le estaba destinada en el hospital, arrimó un desvencijado sillón á la mesa de escribir, se sentó, sacó un libro en que apenas estaban escritas algunas líneas y se quedó pensativo con la pluma en la mano. Al cabo de un momento trazó una fecha y escribió debajo:

«En este instante me reputo más rico que un mandarin chino, y más feliz que cualquiera. Estoy sano, tengo una constitucion robusta, y si pudiera asomar ahora á mi frente una ambicion, se apagaria á la sola idea de que los desgraciados, cuyos ayes lastimeros acabo de oir, si tuvieran á su lado los tesoros de Creso ó los más modernos de Rostchild, los empujarian con su mano vacilante sobre el que mitigara uno solo de sus dolores.»

VI.

Lucia á Cárlos.

Mi querido Cárlos: Apenas han trascurrido quince dias desde que has marchado de Pravia, y ya creo que hace un siglo que no te he visto. He renunciado á salir de casa, á ir á las romerías y á ver danzar á las muchachas del pueblo, porque donde quiera, encuentro recuerdos que me hacen daño.

¿No vendrás algun verano, adorado mio? Siete años de completa ausencia, serian insoportables. Prométeme que volverás antes de concluir la carrera, porque sin esa promesa, creo que caería en la desesperacion.

Ayer he estado á visitar tu madre. ¡Pobre señora! Ella me ama porque sabe que soy la única que comprendo su afliccion.

Cárlos, no me olvides, porque me volveria loca.—
Adios.

LUCIA.

VII.

Cárlos á Lucia.

Tú no comprendes, amada mia, el placer inmenso que me producen tus cartas, la fé y el amor al trabajo

que me inspiran. Si tú no me amaras, desfallecería como esas flores en las cuales nunca el sol imprime uno de sus rayos templados y vivificantes. Y es que todo lo ambicioso para tí. Estudio con ahinco, y tu imagen, lejos de distraerme en mis tareas, refresca mi imaginación prestándola nuevas fuerzas. ¿Para qué pronuncias la palabra *olvido*? Sobre la orilla del Nalon hay un álamo que tu conoces, porque hemos estado mil veces sentados junto á él; vé á verle y en su corteza encontrarás grabado un nombre: es el tuyo. Hace siete años que le esculpí. Pues ese nombre durará tanto como dure el tronco del árbol donde se encuentra: ¿crees tú que no durará el que tu mirada ha grabado en mi pecho mientras dure mi corazón?

Adios, amada mía; solo vive con el recuerdo de tu amor

CÁRLOS.

VIII.

EL VIZCONDE DE VILLAMAR.

Paseando un día Carlos por el Prado con un amigo suyo, de pronto se inflamaron sus ojos de cólera.

—¿Qué te pasa?—le preguntó su condiscípulo.

—¿Ves ese hombre?—le dijo Carlos señalándole un gineete que corría al galope.

—Sí, ¿y qué?

—Necesito matarle.

—¡Diablo! ¿pues qué te ha hecho?

—Vas á oirlo.

Una de esas tardes en que las frescas orillas del Nalon convidan á respirar la pura y embalsamada brisa que mece las trémulas cañas de los desmayos que bordan sus orillas, paseaba yo al lado de Lucía, de la mujer que

adoro; Lucía estaba hermosa como nunca, sus ojos azules brillaban con esa dulce mirada de la alegría, con esa mirada de felicidad que parece sonreír á todos los objetos.

Los pájaros cantaban á la sombra que proyectaban los arbustos y nunca el murmullo del río habia sonado tan agradablemente como en esa hora de la siesta en que todos los rumores parecen venir á arrullar la pereza, la laxitud que insensiblemente se apodera de nuestra organización.

Cansados de pasear nos sentamos á la ancha sombra de un castaño, entre cuyo verde ramaje apenas se agitaba la brisa.

La dulce plática amorosa que Lucía y yo manteníamos vino á ser interrumpida por un rumor de pasos cercanos.

Levanté la cabeza y ví al vizconde que se acercaba, apresurándome á dejar la postura de abandono en que me encontraba.

Villamar únicamente fijó su mirada en Lucía, cuya hermosura se hallaba realzada por un traje de día de fiesta y por la candorosa alegría que animaba su semblante.

Creí al principio que el vizconde pasaria de largo, pero me equivoqué. Cuando llegó hasta nosotros Villamar saludó familiarmente á Lucia, desentendiéndose de mí y se quedó clavado. En seguida quiso entablar conversacion, pero solamente con Lucía. Sin embargo, Lucía se mantuvo desdeñosa ante las flores del vizconde. Y eso que este la comparó á una pastora de la Arcadia.

Le ponderó sus ojos de *azul de cielo*, sus mejillas *sonrosadas como las de un ángel*. Su boca que *convidaba á los placeres*.

Cada una de estas frases caía como gota de plomo derretido sobre mi corazón. Ningun tormento era comparable

á los tormentos que él sentía. Pero Villamar fué más allá y se permitió una galantería obscena que la inocencia de Lucía no comprendió.

—¡Hola, hola!—esclamó su amigo.

—Finalmente, Villamar partió y yo sepulté en el fondo del alma mi rabia.

¿Qué había de hacer yo, pobre hijo del pueblo, con un *señor* de cuya voluntad pendía la subsistencia de muchos de los vecinos de Pravia? Era un niño y me juzgué impotente para vengar tales ultrages. Y no pudiendo vengarme de hecho le odio con toda la fuerza de mi alma.

Hé aquí por qué experimento una sensación de odio y de desprecio siempre que me encuentro con Villamar.

Al terminar Cárlos, el ginete volvió á aparecer en el mismo sitio en donde le habían visto por primera vez.

—¡Calle!—esclamó Ladislao Robles que era el amigo de Cárlos.—¡Qué veo!

—¿De qué te admiras?

—¡Singular coincidencia!

—¿Qué es ello?

—¿No es ese que atraviesa ahora el Prado por delante de nosotros el vizconde de Villamar?

—Sí, el mismo.

—Pues yo también tengo grandes motivos de resentimiento contra él.

—¡Cómo!

—Sí, chico.

—Pues mira, me alegro. Así serán comunes nuestras antipatías; pero explícate.

—Oye. Un día llevaba yo asida de mi brazo á Aurora. Aurora, para que comprendas todo lo ultrajante del caso, es una hermosísima modista que he conquistado después de afanes más grandes que los que le costó á Colon el des-

cubrimiento de las Américas.—Atravesábamos una calle y al mismo tiempo avanzó sobre nosotros un elegante carruaje, tirado por un solo caballo, dirigido por ese vizconde. En inminente peligro de ser atropellado me lancé al freno del caballo para sujetarle un instante para que Aurora se pusiera fuera de peligro. Pero ese vizconde me sacudió un fuerte latigazo en el rostro y caí desvanecido á un lado del carruaje. Cuando me levanté, lloré de rabia, porque el vehículo habia desaparecido y porque no podia vengarme de tal afrenta.—Cuando Aurora y yo llegamos á casa, «Enrique,—me dijo,—busca, aunque sea en las entrañas de la tierra, á ese aristócrata y mátales. Cuando un hombre pone la fusta sobre la cara de otro hombre, este solo se debe dar por satisfecho cuando le haya pisoteado á su sabor.» Y le he jurado que lo haria así.

—Pues organizaremos juntos nuestra venganza.

—Cabal. Yo me encargo de saber hoy mismo donde vive.

—Corriente. Lo demás lo trataremos despues:

IX.

Cárlos á Lucía.

No sé, ángel mio, qué voy á decirte. Las palabras me parecen cada vez más huecas y vacías para explicarte mis afectos. Un minuto de aquel silencio en que tú y yo nos contemplábamos, me parece más elocuente que todo ese papel lleno de frases tan pobres intérpretes de mis pensamientos.

En este momento me hallo poseido de una melancolia que enerva mi espíritu á pesar de mi voluntad.—¿Sabes por qué? Porque hoy es el aniversario de un dia en que tú y yo disfrutamos esos instantes tan fugitivos en la vida

como llenos de encanto y de felicidad. ¡Qué poesía tan triste la de los recuerdos! Me parece que estoy viendo la lancha de mi pobre amigo Antonio, blanca y airosa como una gabiota, que viniese á posarse en las orillas del Nalon.—¡Qué hermosa estabas tú con el pañuelo de tul que recogía tus rubios cabellos! Yo remaba en tanto que tú pronunciabas dulcísimas palabras á mi oído. Despues saltamos en la orilla, aquella orilla tan pintoresca cubierta de rosales silvestres que ya empezaban á retoñar. El día estaba espléndido. La *giraldilla* empezó luego: bailamos tú y yo... nuestra felicidad fué la envidia de todos, y cuando despues de merendar sobre el césped, despues de correr locamente por el campo, volvimos á sentarnos en los travesaños de nuestra lancha, entonces sí que el júbilo y la locura no tuvieron igual.—¿Te acuerdas de la barcarola que habia yo compuesto para aquel día?

Compañeros, remad, remad con brío,
Que vá en la barca
El bien que adoro, la mujer que ansío.

Pero ¿á qué traigo yo á la memoria tantos recuerdos de felicidad?

Es necesario que hablemos del porvenir; en el pasado está una felicidad que se ha desvanecido, y que á semejanza de los despojos de un sér á quien hayamos amado, solo puede recibir nuestras dulces y amargas lágrimas á la vez. En el porvenir está la felicidad que esperamos, la realizacion de los sueños que nos embelesan ahora. Adios, amada mia. Ansía verte

CARLOS.

X.

Lucía á Cárlos.

¡Qué dias tan tristes paso en tu ausencia! Bien dice aquel cantar

La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

El otro dia tuve una disputa con mi hermano. Me llama tonta porque te amo con locura y dice que cuando seas médico te casarás con una señorita. ¡Qué poco conocen tu corazon los que tan ligeramente te juzgan!

Adios, Cárlos, adios, ámame como te ama

LUCÍA.

XI.

Han pasado algunos meses.

Cárlos ha recibido una nueva fatal. Su madre, su pobre madre, ha muerto. A los pocos dias de recibir tan dolorosa noticia, escribió á su amada en estos términos:

«Madrid, Enero...

Observo, amada mia, que la correspondencia que sostenemos martiriza mi corazon y que no sé si tendria constancia para concluir mi carrera, porque cada vez que recibo carta tuya, siento un irresistible impulso de arrojar los libros y correr á tu lado. Además, cada vez que pongo la pluma sobre el papel, el recuerdo de mi anciana madre asalta mi alma, estremeciéndola de dolor. Voy, pues, á

proponerte un sacrificio, seguro de que tú no le has de dar una vulgar interpretacion. ¿Quieres que dejemos de escribirnos durante los dos años que me faltan para terminar mi carrera? Te hago esta proposicion porque tal vez de esta manera pase el tiempo con más velocidad y sin torturar nuestros corazones.

Contéstame, y si convienes conmigo emplearemos el sistema que te propono

CÁRLOS.

XII.

Lucía á Carlos.

«Querido Carlos: Si no tuviera una fé tan robusta en tu cariño, recelaria al leer tu carta que el olvido te habia dictado la proposicion que me haces. Pero te conozco, y la confianza que me inspiras es tan grande como el amor que te profeso.

Sea.—Que el sacrificio ha de ser costoso, muy costoso á mi alma no necesito decírtelo; pero ¿qué importa si así satisfago tu voluntad?

¿Será esta mi última carta? Tú lo dirás. Yo no quiero romper el silencio. Adios, adios, adios.

No te olvidará nunca

LUCIA.

XIII.

Ha trascurrido un año.

Carlos cumple su palabra: no escribe á Lucía, y en efecto parece haber logrado su objeto. No se halla tan preocupado: no trascurren para él tan perezosos los dias. Casi todos sus amigos han observado el cambio favorable

de su carácter. ¿Es que no ama á Lucía? Nó, la ama, pero sin aquellos transportes, sin aquellas emociones violentas, sin aquella preocupacion constante á que daba origen la correspondencia cambiada entre los dos amantes.

Cárlos, que antes paseaba poco, vá todos los domingos á la Fuente Castellana.

Una tarde, paseando por allí precisamente con Ladislao Robles, lanzó un grito de sorpresa.

—¿De qué te admiras?—le preguntó su amigo.

—De una cosa muy singular. ¿Ves esa jóven que vá muellemente recostada en esa carretela?

—Por cierto que es lindísima.

—Ya lo creo. Estoy seguro que no atravesará ninguna el paseo, tan distinguida como ella.

—Pero ¿qué es ello?

—Que esa mujer es tan parecida á Lucía, á la niña de quien me has oido hablar en tantas ocasiones, como una gota á otra gota.

—¡Hombre! Pues entonces, ya comprendo el inmenso amor que Lucía ha despertado en tu alma.

Cárlos siguió el carruaje en donde habia visto á la mujer que tanto se parecia á su amada, con avidez; pero bien pronto se confundió con la multitud de vehículos que cruzaban el paseo.

Sin embargo, la dama de la carretela tenia en concepto de Cárlos una frente ménos pura que la de Lucía, una mirada ménos inocente.

XIV.

Al fin, despues de tantos sacrificios, Cárlos habia llegado al fin apetecido.

Ya era médico, y su amor no se había entibiado lo más mínimo.

Una vez recibido de licenciado, no pensó en otra cosa que en correr á su pueblo y casarse con Lucía, porque la amaba con ese santo amor de la adolescencia.

XV.

¡Qué bello, qué poético le pareció su pueblo cuando penetraba en él, despues de una ausencia de siete años!

Las montañas, las praderas, los árboles que descubria, ¡cuántos recuerdos despertaban en su alma! En todas partes la veía á ella, saliendo de aquellas enramadas por donde tantas veces habian cruzado asidos de las manos.

Solo una memoria entristecia el corazon de Cárlos: la memoria de su madre querida, que ya no podia presenciar la realizacion de sus sueños de felicidad.

XVI.

Todas las ilusiones del jóven cayeron, sin embargo, á un solo golpe; como el castillo de naipes formado por un niño.

Lucía no estaba en Pravia. Estaba en Madrid, siendo la manceba del vizconde de Villamar.

Una puñalada no hubiera herido más violentamente el corazon del jóven, que aquella noticia que le dieron á su llegada, porque en Pravia era pública la historia de los galanteos de Villamar con Lucía.

XVII.

Cárlos pensó hasta en el suicidio, pero desechó esta idea. Despues concibió el pensamiento de matar al vizconde que le habia robado el tesoro de su vida. Mas la reflexion le hizo tambien apartarse de semejante propósito.

—Solo ella es la culpable,—se dijo,—y ella misma expiará la falta, el crimen de haber matado asesinemente las puras ilusiones que al calor de la pasion habian nacido en mi alma.

XVIII.

La atmósfera de Pravia le envenenaba,

Necesitó huir.

Volvió á la Córte, y para no dar vagar á su imaginacion se consagró al estudio.

A los pocos meses hizo oposicion á una cátedra de San Cárlos y se la concedieron.

La aplicacion le abria las puertas de un risueño y honroso porvenir.

XIX.

En cuanto á Lucía, habia sido abandonada por el vizconde, y despues de haber dado el primer paso en la carrera del vicio, recorría toda su horrorosa escala hasta rodar al fondo del abismo.

Cárlos dió gracias á Dios porque al fin Lucía habia asesinado su corazon, pero no habia mancillado su honor.

XX.

Han pasado algunos años despues de estas escenas.

Cárlos acaba de recibir una carta así concebida:

«Doctor: En la madrugada de mañana tengo un duelo á muerte y le necesito á Vd. para que asista como médico. Unirá este favor á los muchos que ha dispensado usted al

CONDE DE ROBLEDO.»

El conde de Robledo era amigo íntimo de Cárlos, y nada podia negarle. Asistió pues al sitio convenido.

Algun tiempo antes de llegar á Chamartin, paró el carruaje y se apearon los padrinos y el conde de Robledo.

Detrás de ellos venia otro coche. Cuando saltaron los que le ocupaban, Cárlos no pudo resistir un gesto de sorpresa.

—¿Es ese su adversario de Vd.?—dijo señalando al vizconde de Villamar.

—Sí,—contestó Robledo.

—Señor vizconde,—repuso Cárlos separándose y conduciendo aparte á Villamar;—¿me conoce Vd.?

El vizconde fijó su mirada en Cárlos.

—Recuerdo su fisonomía, pero en este momento...

—Pues bien,—repuso Cárlos con tono solemne.—Nada importa que Vd. me conozca. Usted ha pervertido á una pobre jóven. La ha infamado usted. Esa jóven tiene un hijo y Vd. es su padre. Los momentos son solemnes, y

ya que ha negado Vd. su nombre á esa criatura, es necesario que no le niegue Vd. el pan...

—Caballero, no comprendo...—contestó Villamar.

—Seré más claro. Antes de verificarse el duelo es necesario que escriba Vd. un donativo en favor de ese chico.

Villamar hizo un gesto impertinente.

—¿No acepta Vd.?—preguntó Cárlos con voz reposada.—En ese caso, despues del lance del conde de Robledo se batirá Vd. conmigo.

Villamar se quedó pensativo.

—No habrá necesidad,—repuso.—Presiento que moriré. Cedo, más que á su palabra de Vd., al grito de mi conciencia.

XXI.

Villamar entregó á Cárlos un papel que este leyó quedando satisfecho.

Un momento despues, los adversarios ocuparon sus puestos, se dió la señal y sonaron dos detonaciones.

Villamar cayó.

Los médicos se acercaron á él en el momento que espiraba.

Un balazo le habia partido el corazon.

XXII.

Un carruaje se detuvo una noche frente del número... de la calle de la Greda.

Salió de él Cárlos y preguntó en la portería:

—¿No vive en el cuarto segundo de esta casa doña Lucía N.?

—Cabalmente, caballero.

A los pocos instantes, Cárlos penetraba en una habitación decentemente decorada.

A los pocos momentos entró en ella una mujer hermosa, un tanto demacrada.

La lámpara colocada sobre un velador estendía una tenue luz en la estancia.

—¿Preguntaba Vd. por mí, caballero?

Cárlos quiso responder, pero la voz espiró en su garganta.

Al cabo de un rato, dijo:

—Sí, por Vd. preguntaba.

Al oír aquel timbre de voz, Lucía se estremeció.

—¿Viene Vd.,—dijo,—á complacerse en mi dolor?

—Señora,—contestó Cárlos con voz severa;—vengo á hacer á Vd. todo el bien que he podido, en cambio del mal que Vd. me ha hecho. Pero evitemos recriminaciones.

Dos gruesas lágrimas se deslizaron de los ojos de Lucía, y Cárlos pareció tambien conmovido.

—El vizconde de Villamar ha muerto, y al morir ha querido reparar, si no del todo, en parte al ménos, su falta.

Y Cárlos entregó el papel á Lucía.

—¿Reconoce á su hijo?—preguntó ésta con alucinamiento.

Y se puso á leerlo acercándole á la lámpara:

—¡Ah!—esclamó al fin;—le dona diez mil duros...

¡Oh! gracias, Cárlos: Vd. ha llevado su bondad hasta un punto increíble. Vd. me avergüenza... mi conducta.

—He corrido un velo sobre ella y nada quiero recordar.

XXIII.

Cárlos salió de casa de Lucía satisfecho.

—Ya estoy vengado,—esclamó al entrar en la suya.

XXIV.

En efecto, algunos dias despues, Cárlos recibió una carta así concebida:

«Cárlos: Ha sido Vd. muy cruel conmigo; con su ódio, con su desprecio, con su indiferencia yo hubiera podido vivir; pero con la última generosa accion de Vd. siento dentro de mí una amargura que vá carcomiendo lentamente mi existencia. Si algo ha podido purificarla, es el dolor, el arrepentimiento que siento en mis últimos dias.

Adios; se despide de Vd. para siempre,

LUCÍA.»

Cárlos al cabo de unos dias supo que Lucía habia muerto, y á pesar de todo, aún derramó una lágrima á su memoria; y es que cuando se ama con el primer fuego de la vida, quedá siempre entre las pavesas de ese amor una chispa que no se estingue mas que con la muerte.

CARTA-EPÍLOGO.

Á EVARISTO ESCALERA.

Querido amigo: Me pide Vd. que ponga la última palabra al libro que acaba de concluir, dedicado á pagar un tributo de amor á nuestro suelo natal, y voy á complacerle. No espere Vd. encontrar en estos pocos renglones un juicio crítico de su libro; le conozco demasiado, he leído las pruebas una á una, tanto que me he identificado con él hasta el punto de que me faltaria la suficiente tranquilidad de ánimo para juzgarle.

Y aunque pudiera hacerlo, ¿qué ganaria Vd. con un elogio mío, sabiendo todo el mundo las relaciones que nos unen? Es cierto, que jamás la amistad ha sido suficiente para hacerme faltar á lo que me dicta mi conciencia; ¿pero me hablaria en esta ocasion con entera imparcialidad? Acaso nó. Dejemos esta tarea á los lectores, es decir, á nuestros paisanos, que son los únicos que tienen interés en conocer su libro.

Por lo demás, ya sabe Vd. cuáles son mis principios acerca de la crítica y de los críticos. Creo que entre estos

señores, los preceptos que les sirven de regla, la época actual y las obras que hoy se escriben, média un abismo que acaso se llenará algún día; pero en la actualidad permanece aun abierto.

Con las preocupaciones de escuela, con las prescripciones de los preceptistas, con los dogmas de otros tiempos, se han formado patrones convencionales, á los que se quiere sujetar todo libro, declarando malo *a priori*, al que no esté conforme con ciertos preceptos, al que no sigue ciertas reglas y se sujeta á ciertas y determinadas conveniencias.

Creo esto un gran error. Es cierto que los principios eternos de la belleza son inmutables, que los dogmas de la estética son los mismos; pero quizás en un libro ¿no hay que examinar más que su fondo?

Aquellas obras que están escritas con el corazón, que se han inspirado en un sentimiento noble y patriótico, que tienen por principal objeto recordar las emociones que ha experimentado nuestro corazón al recuerdo de las impresiones de la niñez, no caben en los estrechos límites de la retórica, ni por su índole pueden sujetarse al rígido precepto de las unidades, como sucede con las comedias de Moratin, bello ideal de los sectarios de la escuela realista.

Líbrenos Dios de semejante pensamiento. El libro que está escrito para escitar un recuerdo, para evocar la imagen de la patria en todos los que la lloran ausente, no puede de ningún modo sujetarse á la crítica académica, que por grave y sesuda que sea, demuestra en su peluca blanca y en sus antiparras, que es demasiado añeja, y por lo tanto, que ha pasado el tiempo de su dominacion, mucho más en el día, en que todo se trasforma con tanta rapidez.

Ya sabe Vd. que tengo un título académico de los que

más se rozan con la crítica, y que á pesar de encontrarme separado de los círculos de escuela, no he perdido completamente los resabios que en ella se adquieren; pero al leer su libro, he encerrado los preceptos de la retórica bajo cien llaves y he leído con el corazón; con el alma.

Tengo abundantes motivos para regocijarme de mi determinacion. En las páginas de su libro he encontrado horas de solaz y divertimento. En más de una ocasion, he sentido latir mi pecho bajo el impulso de los recuerdos que Vd. evocaba en mi alma; y cuando al atravesar una época de tribulaciones que Vd. comprende demasiado, pues le han tocado tan de cerca como á mí; cuando el Destino me separaba de mi querida patria; cuando por circunstancias superiores á mi voluntad, por el cansancio y la apatía que siempre son compañeros inseparables de la pérdida de las ilusiones, de la falta de las esperanzas que hemos acariciado con tanto amor, leía algunas páginas de su libro, me creía trasportado á las bellas montañas de Astúrias, respiraba el embalsamado ambiente de sus pintorescos valles, oía, ya el apacible susurro de sus arroyos, ya el estrepitoso rumor de los torrentes, ya por fin, el estruendo solemne del mar de Astúrias, el más majestuoso é imponente de todos los mares.

Como Vd. ha escrito con el corazón, antes que con la cabeza, hacía Vd. palpitar el mio, y la misma variedad de los cuadros, ora patéticos y sentidos, ora risueños y encantadores, ora sencillos y graciosos, me presentaban una imágen fiel y exácta de la vida humana, donde todo está mezclado y confundido, donde la risa y el dolor, el gozo y el llanto, la melancolía tranquila y el insensato furor, no forman más que otras tantas notas de la armonía del conjunto.

Creo que su libro de Vd. será más leído fuera de Asturias que en su mismo suelo, y no es porque recuerde aquello de que nadie es profeta en su patria; sino porque ninguno aprende á amar á Asturias hasta que se vé privado de ella. Por esta razon, todos los que por los mil y un motivos de la vida se ven separados de los paternos lares, buscarán en su libro de Vd. el consuelo que todos hemos sentido al departir con un amigo de confianza, recordando la mujer amada, de la cual nos encontrábamos separados por uno de esos infinitos caprichos de la suerte ó del acaso.

Deseo y espero que su libro de Vd. no sea más que el prólogo de otros varios, dedicados tambien á Asturias, calumniada por los que no la conocen; pero fuente riquísima é inagotable de recuerdos, tradiciones históricas, religiosas, populares, de costumbres pacíficas y pintorescas, de usos sencillos y conmovedores; país que encierra cuanto se necesita para ser objeto de toda clase de escritos, lo mismo de aquellos que reconocen por fundamento el agrado y la sensibilidad, que los que se ocupan de más sérios asuntos.

No puedo menos de felicitarle cordialmente por haber dado cima á su trabajo, á pesar de la multitud de contrariedades por que se ven precisados á atravesar en este país los escritores, sobre todo cuando tienen que buscar su subsistencia en el papel cerebral, que casi no se cotiza ya en esta plaza. Pero ha aprendido Vd. como yo, en la escuela de la adversidad, á oponer á los obstáculos los esfuerzos de una voluntad persistente é incansable; y si es cierto que en algunos momentos sentimos que se desliza en nuestro pecho el desaliento, no tarda en operarse la reaccion, que nos impulsa de nuevo á seguir adelante.

Vd. sabe que yo tengo tambien un libro comenzado

hace ya bastante tiempo, libro que aunque de diversa índole, tiene su parentesco muy cercano con el de usted por el objeto á que se destina, pues tambien se dirige á evocar el recuerdo de algunos de los ilustres hijos de Astúrias que han dado dias de gloria al suelo que los vió nacer, conquistándose además un nombre imperecedero. Quizás no tarde mucho tiempo en terminar mi trabajo, del cual, como Vd. del suyo, no aspiro á sacar otro fruto que el que sean conocidas mis intenciones y los nobles y desinteresados fines que nos han hecho tomar la pluma.

Sí, amigo mio; es preciso dar á conocer á Astúrias en todos sus aspectos, para que deje de ser objeto de desden para los que no la han visitado, y en este camino acaba usted de dar un paso, tanto más notable, cuanto que no ha empleado la fria erudicion que apenas cuenta con lectores, sino la amenidad y el agrado, que popularizan los libros y los difunden por todas partes.

Quizá habria otras personas que con muchos más elementos que nosotros pudieran hacerlo; pero la mayor parte de las veces, los resultados no están en razon directa de los medios, sino de los esfuerzos de la voluntad y de la persistencia en las determinaciones. Todavía no he olvidado que sobre este asunto hemos concebido un plan que debia dar por fruto el cumplimiento de este patriótico designio. Es cierto que los acontecimientos se han burlado con frecuencia de nuestros desinteresados deseos; que los azares de la suerte han echado por tierra los planes que juzgábamos mejor combinados; pero á través de todo, el cimiento del edificio está construido y quién sabe si acaso conseguiremos llegar á la cúspide.

De todos modos, aunque creo innecesario mi consejo, no dejaré de insistir en la idea de que continúe Vd. por

la senda que ha emprendido. No importa que la halle llena de escollos y peligros. No se arredre ni intimide por ver con frecuencia sus intentos calumniados, sus deseos torcidamente interpretados, sus aspiraciones objeto de la maledicencia, porque al fin y al cabo, ante los hechos y las obras huirán la calumnia y la maledicencia, y la *razon concluirá por tener razon.*

M. G. LLANA.

Madrid 31 de octubre de 1866.

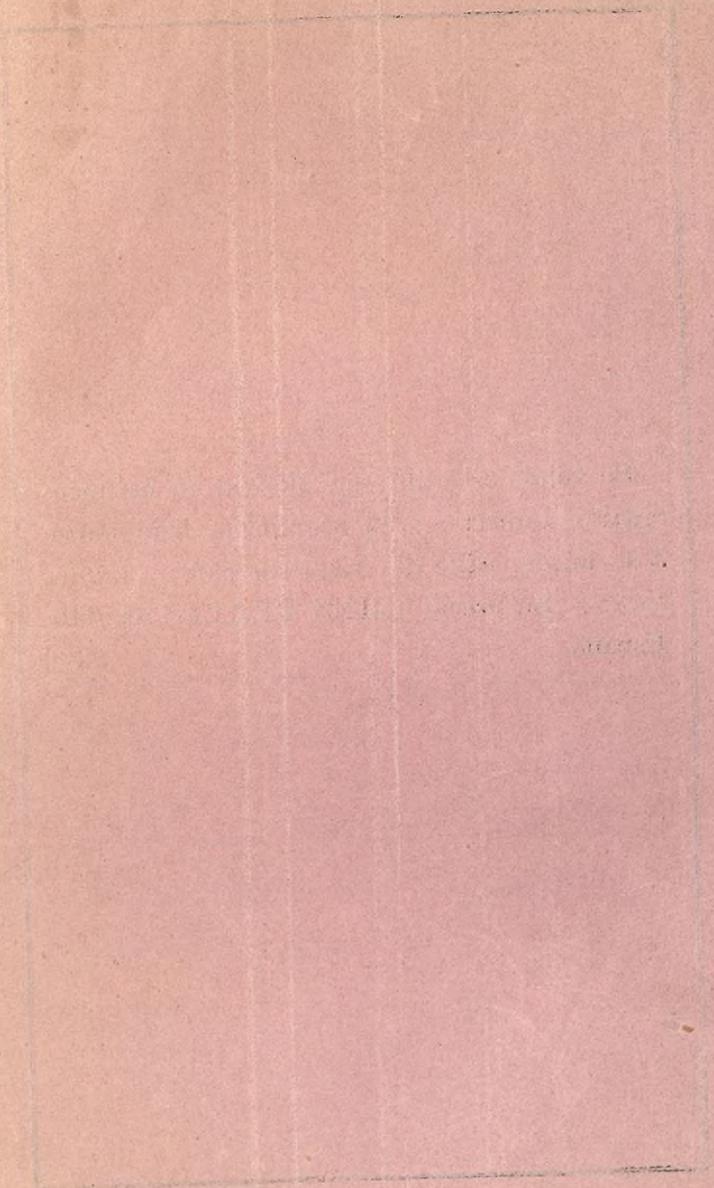
INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Glorias asturianas.	6
Una escursion al lago de Nol.	29
Unas vacaciones.	53
Gijon en la temporada de baños.	63
Sobre la playa.	71
Un fósil de los pasados siglos.	111
La emigracion á América.. . . .	119
Antonio Arango.	125
Impresiones de una correría.	142
Guanga (balada).	182
Noreña (recuerdos)..	186
Olloniego (varias cartas).	200
Páginas de la vida de un jóven.	218
Carta-epilogo.	248

INDICE

Índice

0	Clases de materias
24	Una comisión al Jefe de Xel
87	Una recepción
98	El fin en la tempestad de la noche
73	Sobre la guerra
111	El fin de los presidentes
110	La comisión y América
127	América y el mundo
113	Impresiones de una comedia
143	Clases de materias
160	Notas (continuación)
200	(Continúa) (ver las otras)
219	El fin de la vida de un hombre
219	Continúa



Se vende este libro en Madrid en las principales librerías, y en provincias dirigiéndose á su autor, calle del Espíritu Santo, número 38.—Su precio, DIEZ REALES en toda España.